



MARTIROLOGIO AMIGONIANO
AGRIPINO GONZÁLEZ, TC.

**MARTIROLOGIO
AMIGONIANO**

MARTIROLOGIO AMIGONIANO

VALENCIA
2001

© Terciarios Capuchinos

P. Postulador: Agripino González, T.C.

Depósito legal: V-2680-2001

Martín Impresores, S.L. • Pintor Jover, 1
46013 VALENCIA

Presentación.

El 11 de marzo del 2001 constituye una de las mayores efemérides para toda la Familia Amigoniense, una estupenda efemérides que, según la clásica expresión latina, debiera ser escrita en piedra blanca. Y, ¿por qué? Pues porque en dicha fecha, y en el marco incomparable de la Plaza de San Pedro de Roma, Su Santidad Juan Pablo II declaró solemnemente beatos, elevándolos al honor de los altares, a 19 terciarios capuchinos, 3 terciarias capuchinas, y 1 cooperadora parroquial seglar.

Indudablemente Su Santidad Juan Pablo II siempre ha manifestado una especial devoción a los mártires y un acentuado empeño por elaborar el martirologio cristiano del nuevo milenio. De hecho ha podido escribir en la Tertio Millenio Adveniente que “el martirologio de los primeros siglos constituyó la base del culto a los santos... que es preciso que las iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio recogiendo para ello la documentación necesaria... y que el Consistorio ha indicado elaborar el nuevo martirologio”.

En este sentido Su Santidad el 5 de marzo del pasado año 2000 realizó una magna beatificación

de mártires, y luego una gran jornada de los testigos de la fe, en el marco del Coliseo Romano, el 7 de mayo del mismo año. Fue la manera de celebrar el Santo Padre el jubileo de los testigos de la fe.

En este sentido, y siguiendo la trayectoria de Su Santidad Juan Pablo II, la Familia Amigoniana, por franciscana siempre obediente y reverente al señor Papa, ha recogido la documentación necesaria que ha desembocado en la ya dicha beatificación de 23 de sus hijas e hijos más ilustres. ¡Ah!, y ahora la elaboración del Martirologio Amigoniano para el presente siglo, martirologio que, según el catecismo de la Iglesia católica, es “el archivo de la verdad escrita con letras de sangre, pues el mártir es el que habla con sus obras. Su palabra es su vida; y su muerte, la opción suprema por la libertad”.

La verdad es -y ya lo decía asimismo Su Santidad- que el mayor homenaje que todas las Iglesias tributarán a Cristo en el umbral del tercer milenio será la demostración de la omnipotente presencia del Redentor mediante frutos de fe, esperanza y caridad en hombres y mujeres de tantas lenguas y razas, que han seguido a Cristo en las distintas formas de la vocación cristiana”. Y de nuestra humilde Familia Amigoniana 23 miembros han venido a testificar con la gracia

del martirio el seguimiento de Cristo. Y su testimonio, ofrecido a precio de sangre, no lo podemos silenciar; no en honrado silenciar.

Sería, por lo demás, ingrato el no reconocer que los mártires pusieron los cimientos de una paz duradera derramando su sangre con la valentía de su fe y en frontal oposición a unas ideologías que habían hecho del materialismo un dogma; y del rechazo a toda religión, su programa. E, indudablemente, quien paga con su vida la defensa de una verdad no puede engañar, y se hace siempre acreedor al mejor de los recuerdos y al mayor de los respetos.

Por otra parte, como hermanos en religión y pertenecientes a la misma familia religiosa, no podemos olvidar que estamos edificados sobre el cimiento de los mártires, que somos de estirpe de mártires, según el decir del Papa, y que hemos bebido el espíritu amigoniano en las mismas fuentes que frecuentaron la práctica totalidad de nuestros hermanos mártires.

Su Santidad, de diversos modos y en diversas ocasiones y últimamente en la Novo Millenio Ineunte, nos ha escrito que la herencia de los mártires “es una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir como perenne deber de gratitud y renovado propósito de imitación”. Y así nos lo ha vuelto también a recordar en el discurs-

so de beatificación: “En diversas ocasiones he recordado la necesidad de custodiar la memoria de los mártires. Su testimonio no debe de ser olvidado... Es preciso que las iglesias particulares hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio”.

Así, pues, siguiendo, las enseñanzas de Su Santidad al respecto, y tratando de cumplir sus deseos, nos disponemos a redactar el Martirologio Amigoniano. En su elaboración, y luego de la introducción, y tratando siempre de ilustrar la grandeza del martirio, he dado unas breves pinceladas sobre la teología, el sentido religioso, el sentido eclesial y la espiritualidad del martirio, para concluir con las enseñanzas que el sacrificio de nuestros hermanos en la fe y en la religión deben significar para el lector hermano.

Finalmente concluyo con una breve biografía de todos y de cada uno de los hermanos, su martirio y su semblanza, para terminar con una breve memoria de aquellos otros hermanos y hermanas de la Familia Amigoniana que, si bien los consideramos verdaderos mártires de la fe, sin embargo no ofrecían las suficientes garantías jurídicas de éxito para llevar adelante su proceso de beatificación.

Tan sólo me resta concluir con el pensamiento con el que finalizaba Su Santidad la audiencia

del día siguiente a la beatificación: “Su testimonio no se puede ni se debe olvidar. Ellos manifiestan la vitalidad de vuestras iglesias locales. Que su ejemplo haga de cada uno testigos vivos y creíbles de la Buena Nueva para los nuevos tiempos. Que su imitación conduzca a producir en la sociedad actual abundantes frutos de amor y de esperanza”.

Que así sea.

Fr. Agripino G.

SENTIDO TEOLÓGICO DEL MARTIRIO

Aunque el título de *mártir* sigue siendo todo un enigma hasta el día de hoy, sin embargo mártir, como término gramatical, posee una etimología bien clara y precisa. Deriva del griego *martys* y es uno de los vocablos de sentido más denso, claro y exigente de todo el vocabulario español. El término, acuñado ya en la primitiva Iglesia, y concretamente el año 155 con el martirio de san Policarpo, ha quedado reservado única y exclusivamente para designar a aquel cristiano que sacrifica la propia vida para confesar su fe en Dios, es decir, para aquel cristiano que ha dado testimonio del misterio de la religión con la efusión de su propia sangre.

Por lo tanto los elementos que concurren en el martirio cristiano son: el testimonio público y explícito por Cristo, y la muerte, voluntariamente sufrida y aceptada, como confirmación del mismo. El martirio se constituye así en el sello que presta mayor veracidad a la fe cristiana.

El martirio, armonía de gracia y libertad

De aquí fácilmente se deduce que, para el cristiano, el martirio es fruto de la armonía entre la gracia de Dios y la libertad humana. Es voca-

ción y es repuesta. Es dádiva y es libertad. El martirio refleja así un encuentro perfecto en que se conjugan admirablemente, por una parte, el amor de Dios y la respuesta generosa del hombre, por otra.

De ahí que se considere asimismo el martirio como la imitación cruenta del Cristo del Calvario y la perfección misma. De hecho el iter que sigue el mártir, en sus etapas esenciales, es el mismo camino o víacrucis que siguió Jesús, el Mártir del Calvario, en su pasión y muerte, es decir: el arresto, la cárcel, el proceso, la tortura y la ejecución.

El martirio como perfección

Decía Clemente de Alejandría: “Nosotros llamamos al martirio perfección, no porque el hombre haya llegado ya al final de la vida, como los otros, sino porque es la mejor prueba de una obra de amor perfecta”. Para los Santos Padres martirio significa perfección, el estado que mejor que ninguno otro une al fiel con el Señor. Y esto porque se le considera la máxima expresión de la caridad.

Humanamente el mártir se anula a sí mismo, se reduce a la nada en aquello que tiene, y que es, para ser totalmente de Dios. Y todo esto: la anulación de sí mismo, los sufrimientos más

atrocés, la muerte... son el testimonio más perfecto que el hombre puede ofrecer a Dios del gran amor que le profesa. Su máxima preocupación es actuar en conformidad con la voluntad de Dios, realizarla sin dejarse condicionar por las circunstancias ambientales.

Por lo demás, para que el testimonio alcance la máxima perfección se hace necesario el derramamiento de la propia sangre, es decir, la muerte, pues mientras el hombre permanece en su cuerpo mortal no puede considerarse perfecto, según aseguran varios Santos Padres, entre ellos san Cipriano.

El martirio como imitación

Entre los primeros cristianos estaba muy vivo el sentimiento de que la perfección tan sólo se alcanza mediante el fiel seguimiento de Cristo. Para el cristiano de la primera época Cristo, especialmente en su pasión y muerte, constituía el mejor modelo de martirio por amor. Cristo empezó a obrar y a enseñar lo que se debía de hacer. Él mismo, que nos exhorta a sufrir, fue el primero que sufrió por nosotros. Si Él dio su vida por nosotros, siguiendo su ejemplo nosotros obviamente debemos entregar la vida por los hermanos.

Y razonaba Orígenes: “Jesús dio su vida por nosotros, también nosotros debemos darla, pues, no diré por Él sino por nosotros mismos y, creo, también por aquellos que habrán de ser edificados por nuestro martirio”. ¡Eh aquí el valor correedor del martirio, no limitado únicamente al confesor de la fe, sino también a los restantes miembros de la Iglesia!

Efectivamente, la imitación, si bien debe de extenderse a la vida toda del cristiano, sin embargo halla su realización más completa, en tiempos de persecución, en la imitación del Cristo que sufre. De aquí que, durante los primeros siglos en los escritos apologéticos se presente al martirio como la imitación por excelencia de Cristo, y al mártir como al seguidor e imitador más perfecto del Señor.

El Cristo del prendimiento en el Huerto de los Olivos, el de la Calle de la Amargura, y el del Calvario se convierte en modelo y paradigma - archimártir se lo define- y el mártir, siguiendo exactamente las huellas de Jesús, se manifiesta ante los hermanos como la imagen más bella y perfecta del Crucificado.

En este sentido el martirio mismo del diácono y primer mártir de la fe, Esteban, y lo mismo se pudiera afirmar de los mártires posteriores, no son sino representaciones, imágenes, imitaciones

más o menos logradas de la pasión del Mártir del Calvario. El mártir se convierte así en el imitador más perfecto y en la imagen más nítida y fiel de Cristo, y Cristo Crucificado.

El martirio como comunión

El mártir, como imitador perfecto de Cristo, conduce directamente a la unión con el Señor. Tanto que el mártir explicita una comunión de vida con el Señor. Así lo han entendido los Santos Padres. San Cipriano escribe al respecto: “El Señor no es alguien que se limite a contemplar a sus hijos en la pelea, sino que Él mismo nos sostiene en la lucha; Él mismo toma parte en la batalla y, al término de nuestro combate, nos da la corona y al mismo tiempo Él es coronado”.

Y Orígenes. “Él conforta, guía, habla, combate, sufre con el discípulo y en el discípulo; es juzgado y condenado en él, habla por él y obra en él. Cristo se convierte, en sentido pleno, en vida del discípulo. Todo aquello que se hace a los santos de Cristo, tanto sea por los enemigos como por sus mismo amigos, lo recibe sobre sí mismo”.

Obviamente, la participación al sufrimiento de Cristo no es un fin en sí mismo, sino que halla su complemento en la participación a la resurrec-

ción y a la vida gloriosa en el Señor, al misterio pascual.

Tertuliano asegura que, juntamente con el mártir, entra en la cárcel el Espíritu Santo, pues escribe que la oscuridad de la cárcel es iluminada por el Espíritu. Por ello, para los primeros cristianos el martirio es el carisma por excelencia del Espíritu Santo, es un don suyo, fruto de una sobreabundante efusión de gracia y de amor. Para el mártir la efusión de sangre, máxima prueba del amor, se traduce en perfección, en imitación y en unión (más aún, en *comunión*) con el Crucificado.

Frutos individuales del martirio

El seguimiento, la imitación y, sobre todo, la unión y comunión con Cristo constituyen el núcleo del que brotan frutos abundantes, no ya sólo para el mártir, sino también para la comunidad cristiana, e incluso para los mismos paganos circundantes.

En su dimensión personal, y por lo que al mártir se refiere, su sacrificio es un verdadero sacrificio de expiación. Con Jesús sacerdote y víctima el mártir, unido a Él, ofrece y se ofrece sacerdote y víctima del propio sacrificio. El martirio se convierte así en el más perfecto sacrificio

de expiación por los propios pecados y por los del pueblo. Es éste un tema muy recurrente en los Libros de los Macabeos.

Por otra parte el sacrificio del mártir se debería contemplar a la luz de la doctrina de la unión mística con Cristo, es decir, como sacrificio de comunión. El sacrificio del mártir, en virtud de su profunda unión con Cristo, se llega a convertir en el sacrificio de Cristo, ya que es el mismo Cristo quien sufre y muere en él. En este sentido, y bajo este peculiar aspecto, la sangre del mártir llega a ser la sangre misma de Cristo, prolongándose así en el tiempo y en el espacio su sacrificio redentor y colaborando de este modo a completar lo que falta al sacrificio redentor del Maestro, según el decir de san Pablo a los colosenses. Es el sacrificio de comunión del cuerpo místico, integrado por la cabeza, Cristo, y por sus miembros, los mártires.

Ahora bien, los frutos del martirio no se agotan, no se pueden agotar en la sola persona del mártir, sino que redundan asimismo en beneficio e toda la comunidad de la que el mártir es miembro, y miembro altamente cualificado.

Frutos eclesiales del martirio

Razonaba Orígenes: “El apóstol decía gastarse e inmolarse por aquellos a los que escribía. Y la

víctima, cuando se inmola, por esto se inmola, para que sean borrados los pecados de aquellos para los cuales se sacrifica”. Y añadía, refiriéndose al martirio: “Probablemente, así como nosotros hemos sido rescatados con la preciosísima sangre de Jesús, que ha recibido un nombre sobre todo nombre, así algunos serán rescatados con la preciosísima sangre de los mártires”.

En este mismo plano de sacrificio de expiación por los pecados de los hermanos vienen contempladas las cartas que los mártires otorgaban a quienes cumplían una penitencia pública. Los *libelli pacis*, o cartas de petición de perdón a la fraternidad y al obispo, eran otorgadas a los pecadores por quienes iban camino del martirio, para que pudiesen ser absueltos y reintegrados de nuevo a la Iglesia.

Por otro lado el martirio como testimonio -y es éste otro de sus frutos- goza de una finalidad apologética. La coherencia de los mártires hasta el sacrificio supremo fortifica a los hermanos en la fe fortaleciendo a los inseguros y confirmando a los fuertes. Es ésta una apreciación común que se halla con relativa frecuencia en la literatura sobre el martirio. Sencillamente, encierra el valor apologético del martirio.

En este sentido, y refiriéndose a la primitiva Iglesia, escribía Orígenes: “Los catecúmenos eran

catequizados en medio de los mártires y de la muerte de los fieles que confesaban la verdad hasta la muerte, sin intimidarse o turbarse gracias a su fe en el Dios viviente”.

Frutos del martirio en los paganos

Si grande es el valor apologético del martirio entre los primeros cristianos, mayor aún parece que fue entre los mismos paganos, pues los mayores apologistas y apologetas del cristianismo -léase Orígenes, Tertuliano, San Justino- provenían precisamente del paganismo, convertidos ante la firmeza y fortaleza de los mártires. Y éste es el mejor testimonio.

Tertuliano, a mediados del siglo III, ya se preguntaba: “¿Quién, pues, ante el espectáculo ofrecido por los mártires no se siente conmovido e inducido a buscar lo que se esconde detrás de este misterio? Y en la búsqueda del misterio, y atraído por el testimonio de los mártires, el joven cartaginés se convierte al cristianismo y, posteriormente, en uno de sus mayores apologistas.

El mismo camino llevó Justino, también en el siglo III, quien, contemplando la fortaleza de los mártires ante la muerte, comprendió perfectamente que era imposible que engañaran, pues, quienes así mueren, es imposible que vivan en el

vicio y en el amor a los placeres. La intrepidez de los mártires lo lleva, primero a la conversión, y luego lo transforma en uno de los mayores defensores de los cristianos.

E Hipólito cuenta que “viendo todos tales prodigios, se llenaron de admiración y, atraídos por los mártires de la fe, se convirtieron en gran número en mártires de Dios”. Ciertamente los mártires de los primeros siglos obtuvieron un efecto catequético y misionero tal para sus espectadores que el mismo Tertuliano pudo acuñar la tan conocida frase: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”.

Por otro lado ante los paganos la apologética del martirio disponía de una doble dirección: la confesión pública de la fe y la actitud coherente de quien la confesaba aun a riesgo de la propia vida. Obviamente, de lo dicho con facilidad se comprende que no existe teología más bella que la teología del martirio, pues ciertamente es la teología de la fe, de la esperanza y del amor cristiano. Yo diría que es la teología, la única teología, que da sentido al dolor, y especialmente al dolor de los inocentes e indefensos, como sufrimiento y reparación vicaria.

SENTIDO RELIGIOSO DEL MARTIRIO

En la sociedad actual, tan avanzada tecnológicamente, tan desarrollada en el campo económico y tan permisiva en las costumbres, da la impresión de que no tiene puesto el ideal del martirio. Y sin embargo yo creo y estoy convencido, como he dicho antes, de que no existe teología más bella que la teología del martirio, por cuanto es la teología de la fe, de la esperanza y del amor cristiano. Yo diría que es la teología, la única teología, que imprime un sentido profundo al dolor, y especialmente al dolor de los inocentes, como sufrimiento y reparación vicaria.

Por otra parte posiblemente sea el martirio la mejor explicación, o por lo menos la explicación más convincente, de la fraternidad universal, y hasta de la necesaria cooperación humana a hacer accesibles a los hombres -incluso a la creación entera- los frutos de la redención. El martirio es sin duda el modo más completo y seguro de cooperar humanamente a cuanto falta a la pasión de Cristo. Es decir, el sufrimiento vicario y redentor es el mejor modo de cooperar a llevar la cruz del cuerpo místico de Cristo, que es su iglesia, y que es la humanidad doliente y dolorida.

En la Roma Imperial

En antiguas culturas resulta relativamente frecuente encontrar casos en que el primogénito de la familia era sacrificado como primicia a la divinidad y sepultado luego como piedra angular de la casa solariega y patriarcal. En la antigüedad romana, y sobre todo entre las gentes de una cierta alcurnia, los patricios, era costumbre enterrar a sus difuntos en los cimientos de sus villas residenciales. Los difuntos seguían formando parte de la familia y constituían un poco como la base y piedra angular sobre la que el lar familiar recibía solidez y fortaleza, y sobre la que la familia patriarcal ahincaba sus más profundas raíces. Testigo de esto las villas romanas edificadas a lo largo de las vías consulares. La más famosa de todas ellas fue la vía Apia. En ella se encuentran los sepulcros de los Escipiones, el de Casal Rotondo o el de Rómulo, la tumba de Cecilia Metela o las tan famosas catacumbas de san Calixto y de san Sebastián.

Con el tiempo en la Ciudad de las Siete Colinas, y concretamente entre las del Palatino, del Capitolio y las últimas laderas del Quirinal y del Viminal, fueron surgiendo los diversos foros. Y en ellos vinieron a ocupar un lugar preeminente los arcos de triunfo. Era una forma peculiar, por parte de la Roma imperial, de rendir homenaje a

aquellos de sus hijos que volvían como triunfadores a la capital del imperio. Los otros, los perdedores, ya se sabe que no volvían, bien porque perdieron su vida en el fragor de la batalla, bien para no correr riesgos innecesarios, o bien por elemental decoro y prudencia.

Con la venida del Cristianismo, y como consecuencia de las continuas persecuciones, sufrieron el martirio numerosos cristianos que, para los seguidores de Jesús, fueron unos estupendos testigos de fe, fidelidad y fortaleza cristianas. ¡Las tres eses del triunfo! Se habían hecho acreedores por su heroísmo a los mayores honores. Eran dignos de que también a ellos se les levantase un arco de triunfo, sino en los foros, al menos en las catacumbas. Y en las catacumbas, a los mártires cristianos se les reconoce porque sobre su sepulcro se levanta un arcosolio. Eran los héroes de la fe. Eran dignos del máximo respeto. Y, fuera en honor a ellos tributado o fuera por lo más espacioso del lugar, lo cierto es que sobre las tumbas de los primeros mártires del cristianismo se comenzó a celebrar el Ágape o Eucaristía.

En la primitiva Iglesia

Los mártires pasaron así a ser los héroes más representativos y estupendos del cristianismo,

sobre sus tumbas se celebraban los sagrados misterios, se les tributaba un culto especial y fueron los primeros elevados al honor de los altares, y nunca mejor dicho. Tanto es así que, el ahora llamado Santoral, desde los comienzos y hasta el día de hoy se le designa con el nombre de Martirologio.

Los romanos en los foros y junto a los arcos de triunfo de sus héroes, en el lugar denominado *ad rostra*, en los momentos de especial dificultad para el Imperio o la República se juramentaban, es decir, juraban permanecer firmes en la fe, fidelidad y fortaleza ante el enemigo. Y, en caso de un previsible desastre, era el lugar que nunca abandonaban hasta derramar totalmente y todos la propia sangre. Eran los mártires del Imperio o de la República.

Por su parte los cristianos según iba avanzando el cristianismo, y sobre todo a partir de la paz constantiniana del año 313, fueron sepultados en catacumbas. Frecuentemente en los mismos cementerios de algún ilustre patricio romano convertido a la fe. Es el caso de las catacumbas romanas de san Calixto o de san Sebastián... Y torno a los restos mortales del mártir, tanto en las celebraciones de aniversario como en las de Ágape o Eucaristía, robustecían su fe en torno al sepulcro del mártir.

A partir de la paz constantiniana del año 313 se comenzaron a levantar las llamadas basílicas romanas -cuyo nombre les viene de la sala en que impartía justicia el rey- erigidas frecuentemente sobre el sepulcro de alguno de los primeros y más ilustres mártires del cristianismo. Las diversas basílicas romanas surgidas siempre sobre los restos de algún mártir, bien de un apóstol, de un diácono o papa, o bien de las primeras vírgenes cristianas, son una buena prueba de ello. Sobre el ara de los mártires se vivió la fe, se avivó la fidelidad y se activó la fortaleza.

En la Edad Media

Durante los siglos posteriores, y con la extensión del cristianismo, se fueron edificando o conquistando numerosas ciudades que nacieron torno al sepulcro de algún mártir. Y en las conquistas cristianas durante los siglos medievales el primer acto público, a continuación de la conquista, era la celebración de la santa misa sobre el altar de las reliquias del mártir y la edificación de la iglesia catedral que, como su nombre indica, era el lugar propio de la cátedra del obispo, como señal de solidez y fortaleza.

Tanto es así que el día de la consagración de la iglesia catedral ha tenido, y tiene todavía el

día de hoy, un peculiar relieve litúrgico. La catedral, frecuentemente levantada sobre el lugar que bañó la sangre de un mártir, es lugar de fe, fidelidad y fortaleza, que ahonda sus raíces más profundas sobre los restos mortales de algún héroe del cristianismo, viniéndose así a constituir en la piedra angular y altar mayor de la ciudad.

Si es cierto que muchas ciudades de la vieja Europa han surgido en torno a un castillo o a un monasterio, lo que es seguro es que un gran número de ellas se han desarrollado en torno al sepulcro de algún mártir, que le ha servido de piedra angular y altar mayor.

En el siglo XX

“Los hechos históricos ligados a la figura de Constantino el Grande -nos dice Su Santidad Juan Pablo II- nunca habrían podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio, si no hubiera sido por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas. Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires”. Y no cabe duda de que una de las iglesias mayormente sacrificadas ha sido la iglesia española.

Durante la persecución de 1936-1939 fueron también numerosos los cristianos de toda edad, sexo y condición que sellaron con su sangre la fe que profesaban. A pesar de ello aún hoy hay cierta resistencia a hablar de tan sublime grandeza. Y esto a pesar de que el mismo Pablo de Tarso nos dice: “¿Quién podrá apartarnos del amor que Cristo nos tiene? Y responde: “Estoy convencido de que... nada podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro”. Y la prueba de su amor fue sacrificarse por los hombres hasta el martirio.

Su Santidad Juan Pablo II nos dice: “Es preciso que las iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación necesaria. Esto ha de tener un sentido y una elocuencia ecuménicos. El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente”. Y el mismo Juan Pablo II nos ha recordado a los cristianos que “somos de estirpe de mártires”.

El Gran Jubileo del Año 2000

Por ello Su Santidad Juan Pablo II en la preparación del gran jubileo del año 2000, y siguiendo esta tradición eclesial desde el principio, nos

ha dicho: “El pueblo cristiano no puede y no quiere olvidar el don que le han hecho estos miembros suyos elegidos: constituyen un patrimonio común de todos los creyentes”.

Y continúa: “El testimonio de los mártires y de los santos es una invitación a la plena comunión entre todos los discípulos de Cristo”.

De tal manera se manifiesta Su Santidad que llega a escribir: “*El martyrologium* de los primeros siglos constituyó la base del culto de los santos. Proclamando y venerando la santidad de sus hijos e hijas, la Iglesia rendía máximo honor a Dios mismo; en los mártires veneraba a Cristo, que estaba en el origen de su martirio y de su santidad.”

Hemos de reconocer ciertamente que en las diversas latitudes, al final de nuestro siglo XX, ha habido abundante siembra de mártires. Y de los mártires de nuestra guerra civil dijo ya que “el heroísmo de muchos de los detenidos alcanzó grados elevadísimos, comparables tan sólo al de los mártires gloriosos de los primeros siglos del cristianismo. La iglesia vivió la época de las catacumbas”.

Actualidad de los mártires

Los mártires siempre han sido los modelos más genuinos de la Iglesia de Dios, tanto en la

primitiva comunidad eclesial, como durante la Edad Media o en el siglo XX. Han constituido los modelos de identidad cristiana más representativos en orden al gran jubileo del año 2000. Son de nuestra misma estirpe. Son poderosos intercesores y los más valiosos representantes.

¡Ah!, y su martirio posiblemente sea la explicación más creíble y veraz, o al menos la más lógica y natural, a los grandes misterios del dolor humano, de la reparación vicaria y de la solidaridad universal; y la expresión más clara y evidente de la santidad de la Iglesia.

SENTIDO ECLESIAL DEL MARTIRIO

El martirio como gracia

La liturgia cristiana, en la memoria de los santos mártires Cosme y Damián, se dirige al Señor con estas solemnes palabras: “Señor, al celebrar la preciosa muerte de tus santos, os ofrecemos este sacrificio que es fuente y origen de todo martirio”. Y así es ciertamente pues Cristo, el Mártir del Calvario, no sólo es la fuente y origen de todo martirio, sino también el arquetipo y modelo, la piedra angular, el altar mayor de la Iglesia y quien confiere al martirio su dimensión eclesial.

La primitiva Iglesia consideraba el arresto, a causa de la fe, de alguno de sus hijos como un don, una gracia y una prueba otorgada a toda la comunidad. Por una parte se consideraba al elegido para el martirio como un privilegiado, un preferido, por poder imitar y seguir de este modo con la mayor fidelidad posible las huellas del Mártir del Calvario. Y por otra parte la Iglesia misma, cuerpo místico de Cristo, era consciente de participar, a través del sufrimiento de sus hijos más insignes, al sacrificio redentor de Cristo. Por eso san Cipriano podía exclamar: “¡Oh, feliz nuestra Iglesia! que la divina bondad hace

resplandecer de luz. La gloriosa sangre de los mártires la glorifica en este nuestro tiempo”.

De tal manera se compenetró la primitiva Iglesia con la muerte de sus hijos mártires que la comunidad de fieles se reunía anualmente en el lugar de la sepultura para recordar festivamente con una comida de aniversario su *dies natalis* y poder celebrar la Eucaristía sobre la tumba del mártir. Los mismos *graffiti* que se conservan en las tumbas de los mártires en las diversas catacumbas romanas, como las de San Calixto y San Sebastián, son la mejor prueba de lo dicho. Incluso el acontecimiento se notificaba a otras iglesias locales, ya que el sacrificio de un miembro de la comunidad local constituía un título de honor para la Iglesia universal. Y lo mismo ocurría con los hermanos condenados a las minas o a gale-ras, hecho desgraciadamente demasiado frecuente en aquella época en la primitiva Iglesia.

Memorial de la Pasión

Hasta tal punto se llegó a tener esa conciencia eclesial que en el hermano elegido para el martirio toda la Iglesia se consideraba visitada por Dios. Y el primer deber que advierten los fieles es el de dar gracias al Señor por el don que les ha sido reservado, orar por la fidelidad y perseve-

rancia del elegido, y ofrecer ayunos y sacrificios por él. Por su parte el elegido por Dios para el martirio, y respecto de la Iglesia local, tenía una clara conciencia de que había de ser un testigo fiel que no podía en modo alguno defraudar. La Iglesia reza a Dios por el confesor y éste, mediante su pasión y muerte, hace méritos para la Iglesia en general y para los creyentes, especialmente para los catecúmenos, en particular. El mártir tenía una clara conciencia de su deber de ser fiel al seguimiento e imitación del Mártir del Calvario y de que, como Aquel, también él había sido elegido para eso: para ser mártir, testigo fiel.

San Cipriano, camino ya del suplicio y con una clara conciencia eclesial, escribía: “Con continuas oraciones suplico hacer mi confesión por mí y por vosotros en medio de vosotros; y donde he sufrido, partir de allí para el Señor”. Y concluía: “Esto ansío y esto debo desear por todos vosotros”.

Desde luego donde mejor se aprecia el sentido eclesial del martirio es en que la Iglesia, ya desde tiempos inmemoriales, viene realizando el Memorial de la Pasión de su Señor sobre el ara del altar, que representa al Mártir del Calvario. Y asimismo lo ha venido celebrando sobre el llamado sepulcro de las reliquias, que lo eran de sus hijos más ilustres, los mártires. Se realizaba el

Memorial con las palabras del llamado canon romano, hoy plegaria eucarística primera, toda ella articulada sobre la idea de martirio o Memorial de la Pasión. De hecho comienza por hacer memoria de Cristo, el Mártir del Calvario, de su bendita madre, la Reina de los Mártires, para seguir luego con la enumeración de los apóstoles, de los primeros discípulos, de los primeros papas, de las vírgenes y mártires... todos ellos testigos cualificados de la fe mediante el derramamiento de su propia sangre. Y no es casual que al libro de honor de la Iglesia se le haya denominado, hasta el día de hoy, con el nombre de *El Martirologio*.

En el contexto de la primitiva Iglesia el martirio asume el significado de una acción eclesial, de un momento culminante, y especialmente solemne y bello, de la Iglesia santa de Dios.

Martirio y evangelización

Decía san Cipriano, en una de sus cartas, como hemos visto: “¡Oh, feliz nuestra Iglesia! que la divina bondad hace resplandecer de luz. La gloriosa sangre de los mártires la glorifica en este nuestro tiempo”. Pero añadía a continuación: “en los primeros tiempos la Iglesia refulgía de blanco en la caridad activa de los hermanos;

ahora se ha cambiado en roja por la sangre de los mártires”. Y concluía: “cada cual trate de recibir blancas coronas por sus obras o coronas rojas por su martirio”.

No cabe duda de que esta doble dimensión de la caridad, en forma de fraternidad y de sacrificio, fue la mejor catequesis esgrimida para la evangelización. Ya Orígenes aseguraba que los catecúmenos, es decir, quienes se preparaban a recibir el bautismo, eran catequizados en medio de los mártires y de la muerte de los fieles que confesaban la verdad hasta derramar su sangre.

Su Santidad Juan Pablo II, en su discurso a los obispos con ocasión de los veinte años del Concilio, les dijo: “La evangelización se hace con testigos; y el testigo, por otra parte, no da un testimonio solamente de palabra, sino también de vida. No podemos olvidar que testigo, en griego, se dice mártir. Y así debe ser, pues en toda evangelización lo primero que se requiere es la coherencia de vida y la honradez del catequista.

Y en el corazón de la *Tertio Millennio Adveniente*, reconoce Su Santidad: “que la Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires: *Sanguis martyrum, semen christianorum* (Tertuliano, Apol., 50, 13). Los hechos históricos ligados a la figura de Constantino el Grande nunca hubieran podido garantizar un desarrollo

de la Iglesia como el verificado en el primer milenio si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas. Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires”.

El mensaje o kerigma de la primitiva Iglesia era la muerte y resurrección del Señor Jesús, el Maestro, y en la Iglesia actual posiblemente el mensaje mejor, o al menos el más convincente, quizás sea la manifestación de unos testigos actuales que rubricaron su ministerio con la efusión de su sangre. Su mensaje así presentado, si no es el más elocuente, al menos es sin duda el más convincente o por lo menos el mayormente creíble.

Valor catequético del martirio

Alguien ha afirmado que nuestro mundo actual tiene necesidad no tanto de apologistas o de teólogos, cuanto de testigos. Y así es. La profesión de fe, más que con discursos persuasivos de ática elocuencia, se hace más patente con un solo testigo fiel, por cuanto el mejor catequista tal vez no sea quien llame a las puertas por vía de la razón, sino quien, a más de presentar una doctrina a la mente, la rubrica con la efusión de la pro-

pia sangre, que es la fuerza más eficaz, por cuanto llama a la mente, y realiza su ingreso por las vías del sentimiento y del corazón.

Decía san Cipriano, como hemos dicho: “con continuas oraciones suplico hacer mi confesión por mí y por vosotros, en medio de vosotros; y donde he sufrido, partir de allí para el Señor. Esto ansío y esto debo desear por vosotros”. San Cipriano, como pastor de su grey, anhelaba sufrir el martirio ante su grey, entregando su vida por sus ovejas a ejemplo del Maestro. Ésta deseaba que fuera su catequesis mistagógica. Y, el testimonio de firmeza y de fidelidad su mejor catequesis de evangelización para su grey.

Si la lectura de las *Actas del Martirio* constituía un acicate para la fe de los catecúmenos de la primitiva comunidad cristiana, ¿cuánto mayor fuerza catequética, persuasiva y de ejemplaridad en orden a la evangelización no tendría el sacrificio del propio pastor, la efusión de su sangre, ante una grey atemorizada? He ahí el valor ejemplar y catequético del martirio para la evangelización.

Martirio y ecumenismo

El 16 de octubre de 1978 el cardenal Carol Wojtyla fue elegido Papa. Cuando el entonces también cardenal Vilot le pregunta: “¿aceptas?”

él respondió: “En obediencia de fe a Cristo, mi Señor, confiando en la Madre de Cristo y de la Iglesia, no obstante las graves dificultades, acepto”. Y cuando de nuevo le vuelve a interrogar: “¿Y que nombre deseas elegir para el pontificado? Él contesta: *Juan Pablo*. En ese momento solemne ya da a entender bien a las claras que desea unir en su ministerio pastoral el acendrado amor del apóstol Juan con el servicio a una Iglesia católica, ecuménica y misionera del Apóstol de las Gentes Pablo. Y sus ya casi centenar de viajes, en visita a más de 180 naciones, es la prueba más evidente de todo lo dicho.

Por esto no puede extrañar su espíritu universalista, ecuménico y misionero, que ahínca su raíz en el mejor testimonio de los mártires hasta hacerle exclamar: “El testimonio viviente de tantos mártires de nuestro siglo, también de aquellos que pertenecen a otras Iglesias o Comunidades eclesiales que no están en comunión plena con la Iglesia católica, comunica nuevo vigor a la llamada conciliar (a la unidad de los cristianos) y pone ante nuestros ojos la obligación de hacer nuestra y de poner en práctica su exhortación. Estas hermanas y hermanos nuestros, unidos en el ofrecimiento generoso de sus vidas por el Reino de Dios, constituyen la prueba más significativa de que cualquier elemento

de división puede ser superado en el don total de sí a la causa del Evangelio”.

Y de tal manera llama a las puertas de su espíritu la vocación al ecumenismo, que ha venido trabajando, durante el Jubileo del año 2.000 ya felizmente concluido, para poder acudir en peregrinación al Sinaí, a Ur de Caldea, y a Jerusalén, como tres signos o hitos que invitan a la solidaridad de todos los hombres, a la hermandad de los cristianos y a la unidad de los católicos, profesando una misma ley, una misma fe y un solo y mismo Señor Jesús. Su deseo no ha podido ser totalmente satisfecho, pero posteriormente ha realizado su peregrinación por tierras de Atenas, Damasco y Malta, siguiendo las huellas del apóstol Pablo, y en una peregrinación de carácter ecuménico, católico, universal.

¿Dónde, pues, el sentido ecuménico de los mártires? El mismo Juan Pablo II nos lo indica con estas precisas palabras: “El ecumenismo de los santos, de los mártires, es tal vez el más convincente. La *communio sanctorum* habla con una voz más fuerte que los elementos de división. Es preciso que las iglesias locales hagan todo lo posible por no perder el recuerdo de quienes han sufrido el martirio recogiendo para ello la documentación necesaria. Esto ha de tener un sentido y una elocuencia ecuménica”.

El martirio y su fuerza de unión

Y en su mensaje, en memoria y recuerdo de los siete monjes trapenses asesinados en Argelia el 27 de mayo de 1996, escribe: “no lo dudéis; la sangre de los mártires es en la Iglesia fuerza de renovación y de unidad”. Y de tal manera es así que el Santo Padre, en el calendario de actos desarrollados durante el Gran Jubileo del año 2.000, el día cinco de marzo ha elevado al honor de los altares a los protomártires del Brasil. Y el día siete de mayo ha acudido en peregrinación al Coliseo romano, junto con representantes de diversas iglesias y comunidades eclesiales, para conmemorar a los *Testigos de la fe del siglo XX* en una ceremonia de carácter ecuménico y de comunión sin precedentes.

Los romanos, recordémoslo, levantaban la casa solariega sobre las tumbas de sus difuntos. Era un intento por dotar a la familia patriarcal de la necesaria solidez y fortaleza. Las Iglesias locales han ido levantando sus templos, y particularmente sus mismas catedrales, sobre la tumba de algunos de sus hijos más ilustres: los mártires. En un intento por conferir a la iglesia local la solidez y unidad necesarias. Edificados sobre Cristo, la piedra angular, y sobre el cimiento de los apóstoles y de los mártires, son ellos quienes otorgan a la Iglesia su mayor cohesión y fortaleza.

El sacrificio de Cristo en el Calvario, fuente y origen de todo martirio, recoge el amor de todo un Dios para con su pueblo. Y los mártires constituyen el grupo más perfecto de seguidores e imitadores del Crucificado. Su sacrificio, completo y total, nos habla con el lenguaje convincente de los hechos, del sentido católico, ecuménico y eclesial del martirio.

ESPIRITUALIDAD DEL MARTIRIO

Desde luego la espiritualidad del martirio fue recogida admirablemente durante siglos en el llamado *Canon Romano*, hoy *Plegaria Eucarística Primera*, basado todo él sobre Cristo, el primer mártir y la piedra angular de la Iglesia, los apóstoles mártires todos ellos, los primeros papas mártires, las primeras vírgenes y mártires. Y es que en el *Canon Romano*, sobre la idea de banquete, prevalecía su valor propiciatorio como Memorial de la Pasión del Señor.

El concepto de martirio lleva en sí mismo unas connotaciones y exigencias tales de espiritualidad que ya desde los primeros siglos los Santos Padres se ven en la necesidad de ir alargando el concepto mismo de martirio. Y, al respecto, nos hablan y asimilan el martirio con el bautismo, con la ascesis cristiana, con la vida consagrada, con la virginidad e, incluso, con el mismo ministerio sacerdotal y episcopal.

Por otra parte los Santos Padres, en su búsqueda de la espiritualidad del martirio, asimilan martirio y sacrificio eucarístico especialmente, claro está, en la Carta a los Romanos de San Ignacio de Antioquía. E incluso nos presentan al mártir como signo de la comunión de los santos.

Veamos brevemente a continuación la espiritualidad del martirio en cada uno de estos epígrafes.

Bautismo de agua y de sangre

Los Santos Padres, especialmente de los siglos segundo y de tercero, son concordes y unánimes en definir el martirio como un segundo bautismo. Dice al respecto Tertuliano. “Ambos dos lavados, el del agua y el de la sangre, tienen su origen en el costado abierto de Cristo en la cruz, del que brotó sangre y agua (Jn. 19.24), pues ambos bautismos, el del agua y el de la sangre, reciben su eficacia de la pasión y muerte del Señor, otorgando la salvación a quienes así lo creen”.

Por otro lado, a partir ya del siglo tercero, era firme la creencia de que incluso era superior el bautismo de sangre sobre el de agua por cuanto, recibido el primero, el cristiano es introducido directamente a la contemplación de Dios, mientras que, luego de recibir el segundo, el hombre aún continúa con la posibilidad de pecar.

Por su parte san Cipriano sostiene que la eficacia del bautismo de sangre no se limita sólo a los bautizados, pues “la Iglesia -dice- desde sus orígenes, ha considerado un verdadero bautismo la muerte de los creyentes que por amor de Dios

han sido martirizados antes de haber recibido el bautismo de agua”.

Martirio y ascética cristiana

El martirio es una de esas realidades que no se pueden improvisar. La efusión de la sangre no es sino el colofón, lógico y natural, a toda una vida de amor y de renuncia sacrificada. En este sentido, y sentido lato, se puede contemplar el martirio en su dimensión ascética.

“La vida del hombre sobre la tierra, decía ya Job, es milicia”. La vida es ascesis. Y así es. Pero la ascesis no puede ser una forma alternativa o simplemente sustitutiva del martirio cruento, sino más bien una extensión a toda la vida cristiana de los ideales que se hallan siempre a la raíz del testimonio cruento. Brota de una espiritualidad pascual o bautismal, centrada sobre el amor y el seguimiento de un Cristo doliente y glorioso.

En este sentido el paso del ideal del martirio real al de la vida ascética, entendida toda ella como una vida dedicada a la preparación al martirio y además como un martirio cotidiano *-mía máxima poenitentia vita communis-* es explicable. También los Santos Padres han querido demostrar que la vida cristiana como tal es un

martirio. En este sentido la vida cristiana es contemplada como un sacrificio incruento, hecha de oración, de amor, de lucha continua contra las pasiones, de inmolación interior y de servicio a los hermanos. Alma de esta santidad, o consagración diaria, es siempre el amor, como lo es del martirio cruento o de cualquier otra forma de ascética realizada por Cristo.

Sobre todo será san Cipriano, siempre tan atento a mantener vivo en los fieles el ideal del martirio, a desarrollar una espiritualidad de la vida ordinaria centrada en el seguimiento e imitación del Cristo que sufre, en la lucha contra el pecado y en la realización y práctica de las virtudes cristianas.

Desde tiempos antiguos se han buscado sustituciones al martirio; éstas se articularon en torno a estados o formas de vida capaces de manifestar el sacrificio de uno mismo y la caridad perfecta requeridas al discípulo de Cristo, vistas como preparación al martirio o en relación con él.

Martirio y vida consagrada

Pero la asimilación no paró aquí, sino que se extendió a la vida consagrada de la época, es decir, al ascetismo solitario y al monaquismo, por cuanto en el mismo abandono del mundo, en

la vida penitente y solitaria, el cristiano intenta seguir del modo más perfecto las huellas de Jesús. Tanto es así que a la canonización de mártires, de vírgenes y mártires, luego siguió asimismo la de confesores, particularmente pertenecientes a órdenes religiosas.

Aún más, especialmente en el Occidente, junto al monje y a las vírgenes, el mártir es asimilado al apóstol plenamente dedicado al bien espiritual del propio rebaño. Numerosos son los obispos, verdaderos pastores de su grey, que fueron canonizados.

En este sentido el asceta, la virgen, el monje y el pastor son considerados como los sucesores de los mártires, si no por la efusión de su propia sangre, sí por la oblación total de sus vidas en el fiel seguimiento de Cristo en alguna de sus múltiples facetas. Y la vida ascética y monástica, vivida en fidelidad, fue siempre considerada como un verdadero martirio. Por esto pudo decir cierto pontífice: “Dadme un religioso que haya cumplido fielmente sus reglas y constituciones y yo lo canonizaré”.

Martirio y virginidad

La virginidad, y también la vida monástica, han sido considerados constantemente como los

dos caminos de perfección más cercanos al del martirio. Las vírgenes y los monjes, que ya existían al tiempo de las persecuciones, a los ojos de todos eran como los continuadores privilegiados de los mártires.

Dijimos anteriormente que el martirio es gracia. Y es verdad. A algunas personas el Señor les pide, les exige, el martirio verdadero con la efusión de sangre. Pero a otras -y seguramente sean las más- el Señor les pide vivir el misterio de la cruz en el anonimato y en la oscuridad de la vida ordinaria o en el ejercicio de la caridad.

En los tres primeros siglos de vida cristiana se manifiestan motivaciones e imágenes ya usadas para el martirio cruento. Es el caso de la virginidad, para la que los Santos Padres de los primeros siglos reservan un puesto de privilegio, inmediatamente luego del martirio. Baste recordar para su confirmación que, a continuación de Cristo, los apóstoles y primeros mártires de la era cristiana, el *Canon Romano* enumera a las siete primeras vírgenes y mártires de la fe.

Por otra parte san Metodio de Olimpo alarga todavía más el concepto de martirio, asegurando que las vírgenes fueron mártires en cuanto a que sostuvieron la molestia del cuerpo no por un solo y breve período, sino que lo soportaron durante

toda la vida, sin rechazar combatir en la olímpica lucha de la castidad.

De aquí brotó la idea del triple martirio: el rojo, padecido con la efusión de la sangre; el blanco, soportado por medio de la ascética y de la virginidad; y el verde, sufrido con la penitencia o con el exilio, con el fin de testimoniar el cristianismo en otra nación, es decir, en territorio de misión.

Martirio y sacerdocio

El mártir -ya se ha dicho al hablar de la teología del martirio- concede a la comunidad la reconciliación de los penitentes, intercede por los vivos y aleja las fuerzas del mal. Por esto asimilan el martirio al ministerio presbiteral, si bien el mártir no haya recibido ordenación sacerdotal alguna.

Por su parte Orígenes escribe: “También sabemos que, como el sumo sacerdote Jesucristo se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio, así también los sacerdotes, de quienes él es el Sumo Sacerdote, se ofrecen a sí mismos en sacrificio; por eso se les ve junto al altar como en su lugar propio”. Y, refiriéndose a los mártires, se pregunta: “¿Quién es el sacerdote inmaculado que ofrece una víctima inmaculada sino aquel que ha estado firme en la

confesión de la fe y cumple todas las condiciones que la naturaleza del martirio exige?”

Si el sacerdote es quien obra en lugar de Cristo, seguramente que el sacerdote más fiel es quien obra en su lugar como la mejor imagen del amor y sacrificio del crucificado, a saber, el sacerdote mártir.

Martirio y ministerio pastoral

En Occidente, juntamente con el monje y la virgen, es asimilado al mártir el apóstol totalmente entregado al bien espiritual de su pueblo. Es precisamente san Martín de Tours -obispo y monje- el primer confesor canonizado y, precisamente, lo fue por su eximia caridad y espíritu apostólico en la patria de los Galos.

“No habiendo tenido la posibilidad de conseguir el martirio cruento -según Sulpicio Severo- ha conseguido la perfección del martirio por medio de su compasión caritativa con los sufrimientos de los demás, la paciencia y las tribulaciones espirituales y temporales”.

Siguiendo la estela de San Martín de Tours, han sido luego muchos los obispos a quienes la Iglesia ha otorgado los honores de la canonización, por su intensa vida pastoral a la cabeza de los diversas iglesias particulares.

Martirio y Eucaristía

La espiritualidad del martirio, en relación con el sacerdocio y con el ministerio pastoral, lleva como de la mano a hablar de la relación del mártir con el sacrificio eucarístico. Y quien mejor ha descrito esta relación posiblemente haya sido San Ignacio de Antioquía, pues es el testimonio excepcional de quien fue a la vez sacerdote y mártir. Él no se limitó solamente a comer y beber la eucaristía, sino que quiso también convertirse él mismo en eucaristía para permanecer unido a Cristo en un acto supremo de amor.

De Siria a Roma, camino del martirio, suplicaba a los fieles de la Ciudad Eterna: “Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios. Trigo de Dios soy, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. Halagad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo. Con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie”.

Por su parte la plegaria de Policarpo, momentos antes de sufrir el martirio, constituye la mejor expresión de la actitud eucarística que anima su espíritu: “Padre del Hijo amado y bendito Jesucristo -dice- yo te bendigo porque me has juzgado digno de formar parte del número de los mártires, en el cáliz de tu Cristo, para la resu-

rección de la vida eterna del cuerpo y de la sangre en la incorruptibilidad del Espíritu Santo”.

El martirio material y formal

En el martirio propiamente dicho -ya lo hemos dicho también- concurren dos elementos esenciales, a saber, la muerte violenta, voluntariamente aceptada, y la efusión de la propia sangre por la fe, elementos ambos en los que se sintetiza el martirio material y el martirio formal.

El martirio material hace referencia directamente a la muerte del mártir, es decir, al hecho de una verdadera persecución religiosa, a que el Siervo de Dios no se entregó directamente, pero tampoco huyó, al lugar, modo y circunstancias de su prisión y muerte, y a la localización de sus restos mortales.

Por lo que al martirio formal se refiere es preciso demostrar si se dio un odio a la fe y a la religión, si el presunto mártir rechazó las posibles tentaciones, si murió confiado y tranquilo, así como también si murió perdonando a los mismos asesinos. Es todo un cuadro que manifiesta el seguimiento e imitación del Maestro hasta la entrega por Él de lo más querido, como es la propia voluntad y la propia vida material.

Desde luego la espiritualidad del martirio -y no podía ser diversamente- brota del fiel seguimiento, imitación y comunión con Cristo, el Mártir del Calvario, y halla su mejor vía de expresión en la celebración eucarística por su infinito valor propiciatorio como Memorial que es de la Pasión del Señor.

ENSEÑANZAS DE LOS MÁRTIRES

La grandeza de los mártires -y la palabra misma ya lo indica- está precisamente en su carácter testimonial. Se calcula que en la persecución religiosa española de 1936 al menos un 13% de los sacerdotes seculares y un 23 % de los religiosos sufrieron martirio, es decir, testificaron su fe con el derramamiento de su propia sangre. Y de ni uno sólo de ellos se sabe que apostatase. No fue menor el tributo de sangre pagado por la pequeña congregación de terciarios capuchinos. A pesar de estar ya extendida por Italia, Colombia y Argentina, todavía fueron sacrificados de forma violenta el 18 % de sus hijos, y de sus hijos más ilustres.

No seré yo quien exija que se le pida perdón por lo acaecido a una congregación totalmente dedicada a obras de misericordia, es decir, *a enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, dar buen consejo a quien lo ha menester...*, pero sí digo lo que Su Santidad Juan Pablo II con tanto empeño ha encargado a los fieles: “que en la medida de lo posible no deben perderse en la Iglesia sus testimonios..., que es preciso que las Iglesias locales hagan todo lo posible por no olvidar el recuerdo de quienes han sufrido el martirio, recogiendo para ello la documentación

necesaria..., que la Iglesia, en todas las partes de la tierra, debe permanecer firme en su testimonio y defender celosamente su memoria..., que el pueblo cristiano, fortalecido en su fe por el ejemplo de estos auténticos paladines cruce con confianza el umbral del tercer milenio..., y que la admiración de su martirio esté acompañada, en el corazón de los fieles, por el deseo de seguir su ejemplo”.

El mismo Santo Padre, en la audiencia a los peregrinos que acudimos a la beatificación en Roma, nos recordó entusiasmado: “Estos mártires, a los que hoy nos referimos con gratitud y veneración, son como un gran cuadro del Evangelio de las Bienaventuranzas, un hermoso abanico de la variedad de la única y universal vocación cristiana a la santidad. Proclamando ayer la santidad de este numeroso grupo de mártires, la Iglesia da gloria a Dios”.

El testimonio de los mártires y de los santos es una invitación a la santidad y a la plena comunión entre los discípulos de Cristo. ¿Cómo y de qué manera?

Teología del martirio

La teología del martirio es la teología de la fe, de la esperanza y del amor cristiano que con

mayor evidencia manifiesta el sentido al dolor y habla de la solidaridad como reparación vicaria. Estos hermanos nuestros, los Mártires de la Familia Amigoniana, pertenecen al mismo cuerpo místico de Cristo que nosotros, los bautizados. Han ansiado la imitación, el seguimiento y la perfección cristiana en el seguimiento e imitación del martirio de Cristo y en la comunión de los elegidos.

Los Mártires de la Familia Amigoniana, como en la primitiva fraternidad cristiana, nos han transmitido el testimonio de su amor y la catequesis de su ejemplo. Y, así como nosotros hemos sido rescatados con la preciosísima sangre de Jesús, así -en el ministerio de la reforma de la juventud extraviada- algunos jóvenes, sin duda, habrán sido rescatados con la preciosísima sangre de Jesús y la amable intercesión de nuestros mártires. La gran eclosión de vocaciones de la Familia Amigoniana luego de la persecución, ¿no nos recuerda la veracidad de la frase de Tertuliano: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”?

Por otro lado la coherencia vital de los mártires hasta el sacrificio supremo de la propia vida, hasta la efusión de su propia sangre, deberá ser un acicate en el servicio de la misión apostólica. Como la apologética del martirio disponía a los

paganos en una doble dirección: confesión pública de la fe y actitud coherente de los mártires; asimismo para los miembros de la Familia Amigoniana el testimonio de sus hermanos beatificados deberá impulsar a seguir su marchamo en la dedicación a la reforma de la juventud extraviada y en una coherencia plena de vida, como la más convincente y la mejor de las catequesis.

Sentido religioso del martirio

Si en las familias romanas de los tiempos imperiales el paterfamilias era sepultado en los cimientos mismos de su casa solariega, en la creencia de que comunicaba a la edificación solidez y fortaleza, no cabe duda de que los mártires de la Familia Amigoniana -desde las hermanas mártires de los tiempos fundacionales de 1885 en Massamagrell, pasando por los mártires de 1936, y en las misiones del Ecuador, hasta hoy- comunican solidez y fortaleza a la familia.

En la primitiva Iglesia los mártires fueron los héroes más representativos. Se les erigía en las catacumbas los arcos de triunfo, arcosolios, y sobre sus cenizas se tenía el sacrificio eucarístico que transmitía unidad y solidez en la edificación de la fraternidad. Asimismo sobre las reliquias de nuestros mártires se podrán levantar nuevas

instituciones amigonianas que nos traigan a la memoria el testimonio de nuestros hermanos tanto en la vivencia del espíritu amigoniano, como en la entrega a la misión específica. Ellos vivieron las parábolas de la misericordia con el talante gozoso de las bienaventuranzas en la recuperación de la juventud extraviada.

Los mártires siempre fueron los modelos más genuinos de identidad en la Iglesia de Dios. Nuestros mártires del siglo XX, continuando la trayectoria martirial en la Iglesia, constituyen los modelos más representativos de identidad cristiana para nosotros como cristianos y como amigonianos. Posiblemente sean los mártires la explicación más creíble y evidente de la santidad de la Iglesia, así como también del tronco franciscano amigoniano, de la que provienen. La santidad de nuestros mártires pregonan a su vez la del Venerable Luis Amigó, de cuyo tronco espiritual nacieron, cuya espiritualidad bebieron y cuyo ministerio específico vivieron.

Sentido eclesial del martirio

La santidad de nuestros mártires tan sólo encuentra explicación lógica y natural como miembros vivos de una Iglesia en la que recibieron las aguas bautismales, de la que recibieron

los gérmenes de la vida teologal, y cuya fe sellaron con la efusión de su sangre como modelos de imitación y seguimiento de Cristo, el Mártir del Calvario.

Los mártires de la Familia Amigoniana, siguiendo el sentir de los Santos Padres, son un don, una gracia y un privilegio otorgados por el Señor a la Iglesia universal, a nuestra Iglesia particular de Valencia y a la Familia Amigoniana. Y como la Iglesia de las catacumbas celebraba gozosamente el *dies natalis*, es decir, el aniversario de su muerte, asimismo hemos de celebrar el aniversario de nuestros mártires que tanto significan para los admiradores y seguidores del Venerable Luis Amigó. No podemos, no debemos olvidar que somos de estirpe de mártires. Ellos constituyen nuestros mejores modelos de identidad, por su espíritu ecuménico y universal, por su santidad de vida y porque pertenecieron y pertenecen a nuestra común familia religiosa, en la que nos precedieron en el ministerio apostólico de vivir las parábolas de la misericordia como servicio a una juventud desviada del camino de la verdad y del bien.

Decía Su Santidad Juan Pablo II: “La evangelización se hace con testigos; y el testigo, por otra parte, no da un testimonio solamente de palabra, sino también de vida”. He aquí nues-

tros mártires, he aquí nuestros testigos, he aquí nuestros catequistas y evangelizadores más coherentes y creíbles en orden a la catequesis con nuestros muchachos. Ellos instruyeron con su palabra, enseñaron con su vida y testificaron con su muerte. Lo mejor que tuvieron lo sacrificaron en servicio a la juventud extraviada. Hasta el último momento estuvieron al servicio de sus jóvenes. Y asimismo fueron los últimos en abandonar la institución y la fraternidad a que pertenecían al iniciarse la persecución.

¿Que nuestros mártires puedan ser un obstáculo a la convivencia nacional? ¿Que el martirio de nuestros hermanos tan sólo habla a los españoles? No es posible, ni puede tampoco serlo. El mártir es reconocido como tal por la Iglesia y para la Iglesia. Por otra parte no hay mirada tan penetrante y tan limpia como la de un santo para calibrar los hechos a la luz de la transcendencia. Es el hombre con mayor libertad de espíritu y a la vez con espíritu más universal, ya que se entrega por amor y quien ama puede hacer lo que quiera, que todo ello será en servicio de la convivencia y de la fraternidad.

Como asegura Su Santidad Juan Pablo II: “No lo dudéis. La sangre de los mártires es en la Iglesia fuerza de renovación y de unidad”. Y los már-

tires de la Familia Amigoniana, por mártires y por franciscanos, no pueden defraudar.

Espiritualidad del martirio

Nuestros mártires son portadores de un mensaje especial para la Familia Amigoniana. Ellos vivieron la espiritualidad del bautismo dentro de una ascética franciscana del seguimiento y de la imitación de un Cristo Redentor y Buen Pastor. Vivieron el testamento del Venerable Luis Amigó: “Vosotros, zagales de su rebaño, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor”.

Verdaderos zagales, vivieron las parábolas de la misericordia en la recuperación de la juventud extraviada hasta entregar su vida por su grey. El P. Vicente Cabanes es el último en abandonar el Reformatorio del Salvador de Amurrio (Álava); el P. Bienvenido M^a de Dos Hermanas es el postrero en salir de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid; el P. Valentín M^a de Torrent es asimismo el último en dejar la casa noviciado de Godela, fraternidad de la que serían sacrificados ocho de sus miembros, y centro de formación de la mayoría de ellos. Las Hermanas Rosario de Soano y Serafina de Ochovi asimismo son las postreras en abandonar el casa religiosa de Massamagrell...

Los mártires fueron modelos de vida consagrada, siguiendo el ideal amigoniano en la vivencia de la espiritualidad y de la misión otorgadas por el Venerable P. Luis Amigó. Renunciaron al amor de la propia familia natural para, en la familia religiosa, entregarse sin desvelos a favor de “aquellos jóvenes con carencias afectivas, familiares y sociales; con insuficiencias y disminuciones materiales y morales; con alteraciones de conducta y perturbaciones de personalidad”.

De los mártires amigonianos sacerdotes hemos de confesar con enorme satisfacción que todos ellos sellaron con su sangre la entrega generosa al ministerio sacerdotal: ministerio de presidir la eucaristía, administrar los sacramentos, exhortar a los hermanos y ser directores espirituales de la fraternidad.

Del P. Ambrosio M^a de Torrent consta que nunca aceptó ser superior, y dedicó su vida al servicio de la palabra, en el confesionario, en la presidencia de la eucaristía hasta el último momento de su vida en que asimismo exhorta a sus hermanos a la fidelidad ante el inminente martirio. Y les imparte su bendición.

Al P. Valentín M^a de Torrent le sorprende la guerra en su ministerio de ayudar a los hermanos en el servicio de las confesiones y misas dominicales. Y se siente feliz por haber podido

impedir la profanación de las especies sacramentales, lo mismo que el P. Timoteo Valero.

El P. León se enardecía en la predicación apostólica y se transformaba en la adoración a la Eucaristía. Y el P. Domingo M^a de Alboraya conmovía con sus pláticas y derramaba abundantes lágrimas en la celebración eucarística.

Evidentemente todos ellos sufrieron persecución religiosa, murieron tranquilos y confiando en que quienes mueren piadosamente les está reservada otra vida mejor, y murieron perdonando. Todos ellos ofrendaron sus vida como oblación, impregnados de una profunda espiritualidad franciscana y como servicio a la misión misericordiosa y corredentora que el Venerable P. Luis Amigó les confiara. Esta es su grandeza, éste su testimonio y éste también su magnífico ejemplo.

Desde entonces nuestros hermanos se nos descubren como modelos de identidad religiosa, y las casas de Torrent, Godella, Fundación Caldeiro, Príncipe de Asturias, Santa Rita, Amurrio y Massamagrell se nos ofrecen como mansiones de mártires que no se pueden olvidar.





1. P. VICENTE CABANES BADENAS (1908-1936).

Biografía

Torrent es un delicioso pueblo de la Huerta de Valencia. En dicho pueblo, cuna de tantos religiosos amigonianos, el 25 de febrero de 1908 nace Vicente Cabanes Badenas. Y el 1 de marzo del mismo año es bautizado por D. Pascual Ricart en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de dicho pueblo con el nombre de Vicente Matías. Luego de su hermana Carmen, es el mayor de los tres hermanos varones.

Son sus padres, sencillos jornaleros, los encargados del huerto de Trénor. Viven enfrente mismo del conventito alcantarino de Monte Sión, desde 1889 morada de los religiosos terciarios capuchinos. La inmediatez al convento hace que Vicente, ya desde sus primeros años, vea en la familia amigoniana como una prolongación de su propia familia.

Poco después de recibir la primera comunión en la iglesia de *los frailes*, el 24 de julio de 1915, Vicente se inscribe en la Real Pía Unión de San Antonio de Padua, fundada en Monte Sión de Torrent por los religiosos amigonianos. Posteriormente ingresa en la escuela seráfica que funciona en el mismo convento.

Concluidos con el mayor aprovechamiento los estudios de latín y humanidades, viste en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), el santo hábito el 15 de septiembre de 1923, festividad de la Virgen de los Dolores.

Durante los días de su noviciado fallece su buen padre. Para poder continuar en la finca, los señores de Trénor exigen que Vicente quede al frente de la misma. Su madre, luego de larga y dolorosa entrevista con Vicente, se decide a vivir en la mayor pobreza y necesidad antes que quitar la firme vocación a su hijo.

Superada la prueba, fray Vicente emite los primeros votos el 15 de septiembre de 1925 y pasa a cursar filosofía en la fraternidad de San Hermenegildo de Dos Hermanas, Sevilla. Ya entonces da pruebas de sus grandes dotes de educador amigoniano.

Durante el verano de 1928 es destinado a la fraternidad del Reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid, donde inicia los estudios teológicos y alterna los actos de piedad con los libros, los alumnos y el gabinete de psicopedagogía. ¡Ah! y colabora asimismo, desde la fundación, en la revista amigoniana *Adolescens Surge*, de la que algún día llegará a ser director, y en la que escribirá algunos de sus artículos pedagógicos más significativos.

Su interés científico le lleva a visitar diversos centros de carácter reeducativo de Bélgica, manifestando una especial predilección por los laboratorios de psicopedagogía. Visita la Escuela de Observación de Moll, donde admiran sus cualidades de gran pedagogo, tanto Monsieur Rouvroy, director del centro, como la directora de Saint Servais.

El 15 de septiembre de 1931 emite sus votos perpetuos en Madrid, y al año siguiente, el 12 de marzo de 1932, recibe la ordenación sacerdotal de manos del su buen P. Fundador, el ya Venera-

ble Luis Amigó y Ferrer. A continuación inicia sus estudios en la Universidad de Valencia y en el Instituto de Estudios Penales.

El 1º de octubre de 1934 pasa a formar parte de la comunidad de la casa de El Salvador de Amurrio, Alava, donde dirige el gabinete psicopedagógico del centro. En dicha fraternidad le sorprenderá la guerra.

En julio de 1936 el ambiente político religioso que había en España era ya de clara persecución religiosa. En el vecino pueblo de Saracho, situado entre Amurrio y Orduña, incendiaron la iglesia. En otras poblaciones dieron muerte a los sacerdotes, religiosos y personas católicas. “Yo estuve preso durante quince días -asegura un testigo- por haber intentado defender que continuase el crucifijo en las escuelas. Desapareció el crucifijo de las mismas, así como también la enseñanza religiosa”.

Martirio

Antes de mediar el mes de agosto de 1936, encargados y niños del Reformatorio del Salvador de Amurrio fueron evacuados. Hallaron cómodo alojamiento en la finca del Marqués de Urquijo de Llodio, Álava. El P. Vicente Cabanes quedó al frente de la Casa del Salvador, ya desalojada,

excepción hecha de un reducido grupo de alumnos y servidores, entre los que se contaba el vaquero de la casa. El P. Vicente de día atendía el centro. La noche la pasaba, por precaución, en casa de don Felipe Ugarte, coadjutor del pueblo.

El frente nacional se encontraba a un kilómetro escaso de la Casa del Salvador. Uno de los días el vaquero, que lo era Matías Charterina Echevarría, a quien apodaban el Cartujo por su escasa facilidad de palabra, arreó las vacas hacia el monte y se pasó a los nacionales:

- “Quedaos con las vacas, les dijo, pero yo quiero ir con vosotros”. Y de este modo consiguió llegar a su pueblo natal de Ciánuriz.

A raíz de este hecho parece ser que los milicianos quisieron dar un escarmiento al pueblo en la persona del P. Vicente Cabanes, asesinándolo cerca del frente. Pues *El Liberal*, del 30 de agosto de 1936 y bajo el epígrafe **cuando intentaba escaparse**, escribe: “Este sujeto se hallaba domiciliado en el Reformatorio de Amurrio y parece que fue sorprendido y tiroteado cuando intentaba pasar a la zona ocupada por los fascistas”. No obstante los sucesos ocurrieron de manera bien diferente.

Al caer la tarde del 27 de agosto de 1936, como de costumbre, el padre se traslada a casa

del señor vicario para pernoctar. La noche era calurosa, como suelen serlo todas en el mes de agosto. Había anochecido ya. El padre Vicente y don Felipe, apenas cenados, toman la fresca. Golpean a la puerta.

- ¿Quién es?, pregunta el señor vicario.

- ¿Está el padre Vicente? Deseamos rinda unas declaraciones.

El Padre Vicente no se hizo de rogar. Se despidió de los de casa. Y, con una amplia sonrisa, éstas fueron sus últimas palabras:

- “ ¡Sea lo que Dios quiera! ¡Bendito sea Dios!”
Y descendió la escalera.

Al salir de la casa, dos o tres milicianos lo están esperando. Le ordenan subir al coche. El padre Vicente obedece sin resistencia alguna. El coche y sus ocupantes toman la dirección de Orduña, Vizcaya. Llegados al pueblo los milicianos le dan una vuelta por la plaza y nuevamente emprenden la dirección de Amurrio en viaje de regreso. La razón del improviso cambio de intenciones y de ruta se ignora. Pero lo cierto es que al llegar al prado de San Bartolomé, en la recta de la carretera, le hacen descender. Al borde de la misma, entre el prado y la choquera, le desjarretan cuatro tiros, dejándole por muerto.

Como puede, y taponándose las heridas con la mano, el padre Vicente retrocede a Orduña. Llama en las dos o tres primeras casas. Pero no lo socorren por miedo a comprometerse. Finalmente encuentra su samaritano en la persona de D. Epifanio Elejalde, quien en esos momentos estaba dirigiendo el rosario en familia. De lo alto de la escala pregunta D. Epifanio:

- ¿Quién es? Y, el padre Vicente:

- “Soy un hombre herido. Pido un médico y un sacerdote para morir con él”.

Alfonso, hijo de don Epifanio, hace ademán de bajar. Pero, Patrocinio y lo mismo Dolores, sus hermanas, intentan disuadirle:

- No bajes, Alfonso, que en una añagaza. Vienen a por vosotros, le dicen.

No obstante, sin hacer caso de nada, baja inmediatamente, a saltos, y abre la puerta que, por precaución, al atardecer cerraban con llave. Al abrir el portoncillo, sobre el que estaba apoyado el padre Vicente, se desplomó sobre él, quizá quemando sus últimas reservas físicas. Estaba totalmente ensangrentado. Su sangre empapando la camisa azul de su buen samaritano, que durante años conservó sin lavar como reliquia.

- ¿Quién es usted? -le pregunta Alfonso-

-”Soy el padre Vicente, del reformatorio de Amurrio. Soy valenciano”.

-¿Y por qué no ha dicho antes que era sacerdote?

-”Tenía miedo, porque he llamado a otras puertas y no me han hecho caso”.

-¿Qué le ha pasado? -insiste Alfonso-.

- “Me han sacado de la casa de un sacerdote de Amurrio. Me han traído hasta aquí. Me han devuelto a las afueras y, al bajarme del coche, me han querido hacer apostatar. Al negarme me han dado una carretada de tiros, dejándome por muerto”.

La familia Elejalde inmediatamente lo traslada al Santo Hospital de Orduña, donde llega todavía con el crucifijo, con el que se opuso a los milicianos, entre sus manos. Pide Penitencia y Extremaunción, que le administra D. Rafael de la Torre, capellán del centro hospitalario.

Del hospital de Orduña es trasladado al de Basurto, en Bilbao, donde llega pasadas ya las 2’30 de la noche del 28 de agosto. El P. Vicente aún llega consciente. Y al amanecer de aquel día llega Fray Juan Bautista Segarra, para atender al padre Vicente. Para entonces el padre había recobrado ya totalmente el conocimiento.

- ¿Quiénes han sido? Le pregunta Fray Juan Bautista. Y, el padre Vicente:

- “No me hable de esas cosas; hábleme tan sólo de Dios. Dígame jaculatorias”.

Al caer el día acude también al hospital su superior, padre Tomás Serer. El padre Vicente no teme la muerte. Pero la noche del mismo 29 de agosto será larga, muy larga. A veces, devoradas sus entrañas por la fiebre que le produce el plomo, exclama:

- “¡Esto es horrible, padre Tomás!”

En un determinado momento se vuelve a su superior y le dice: - “Padre, hágame la preparación de la muerte”.

Arrodillado junto al lecho de dolor el P. Tomás cumple con el deseo del moribundo. Al final éste le pregunta:

-”Padre, ¿me perdona si en algo le he podido ofender?”

-A lo que responde, sí. Y, el padre Tomás:

-¿Me perdona usted a mí, así como a todos los que le hayan ofendido?

-”Sí”, responde éste a su vez.

Y, conociendo la enorme calidad moral y gran caridad del P. Vicente, se atreve todavía a decirle:

- ¿Y perdona también a los que le han herido?

- “También les perdono de todo corazón”, contesta con voz clara.

A las nueve de la mañana el padre Tomás se retira del lecho del moribundo para ir a celebrar la santa misa. Antes de partir, el padre Vicente aún le dice:

- “Quiero, si es posible, me amortajen con el santo hábito ya que no tengo la dicha de morir con él”.

Momentos antes de morir lo localizan los asesinos en el hospital. Convencidos de que el padre está ya expirando los milicianos no le molestan ya, pero se retiran profiriendo estas brutales palabras:

- ¡Muere, canalla, como un perro!

Efectivamente poco después, de las 4’15 a las 4’30 del domingo 30 de agosto de 1936, moría el padre Vicente Cabanes en el hospital de Basurto, Bilbao. Fray Juan Bautista le llevó el santo hábito. Con él por mortaja fue enterrado en el cementerio de Derio, a eso de la hora de vísperas. Sólo algunos arriesgados amigos le pudieron acompañar. Una vez más fray Juan Bautista, exponiendo su vida, pudo volver aquella tarde al pueblo de Amurrio.

Por estas mismas fechas era apresado en Madrid su otro hermano José María quien, según

el decir del tercer hermano, Fernando, fue introducido con otros detenidos en un tren y de cuyo paradero nadie jamás supo nada. La muerte trágica de los dos hermanos supuso un gran dolor y una pérdida irreparable para la madre viuda.

Semblanza

Carmen, hermana del Siervo de Dios, reconoce que sus padres eran cristianos practicantes, pues recuerda muy bien que asistían a misa los domingos y días de precepto. Y, que su madre asistía diariamente a la misa del convento. Como cosa natural Vicente a su debido tiempo hizo la Primera Comunión en la iglesia de Monte Sión. La Confirmación, en cambio, la recibió en la iglesia parroquial, si bien a la recepción de ambos sacramentos lo prepararon los amigonianos, concretamente los padres Ignacio y Antonio.

A partir de la Primera Comunión Vicente incrementó su asistencia a los actos de piedad. Todos los días asistía a la santa misa y con asiduidad recibía el sacramento de la penitencia. Con los *Antonianos* participaba en los actos de culto: misa, rosario y procesiones, así como también en actividades recreativas, entre las que no podían faltar las amenas funciones de teatro.

Estaba más en el convento que en casa, según su hermana.

En esta etapa Vicente era ya espigado y alto, de carácter ponderado y afable, de profunda fe y muy caritativo, lo que, también según su hermana Carmen, le inclinó por la vida religiosa para dedicarse a predicar el evangelio y a educar a la juventud.

Realizó los estudios propios de la carrera sacerdotal de forma brillante, completando su formación con estudios de pedagogía y medicina. Quienes mejor le conocieron, tratando de describir su carácter, aseguran que era más bien delgado, de aspecto normal, de carácter dulce y extremadamente amable. Era, dicen, muy piadoso y ejemplar.

“Durante las horas de estudio -asegura un compañero suyo- se le veía constantemente concentrado en el mismo o escribiendo activamente en la realización de las tareas correspondientes. Si le sobraba tiempo, se sumergía en la lectura de libros formativos o de literatura o se ocupaba en componer poesías. Si bien en todas las materias destacaba por su aplicación, creo que mostraba especial predilección por la que entonces llamábamos *Retórica y Poética* y manifestaba especial habilidad para el arte métrica latina. Tenía algunos cuadernos con ensayos literarios

compuestos por él; algunos en prosa, la mayor parte en verso, de toda suerte de rimas, incluso de arte mayor. La mayoría eran en honor de la Santísima Virgen, los demás, preferentemente cantos a la naturaleza. Sé esto porque en más de una ocasión, y a petición mía, me los prestó. Su poeta predilecto era Gabriel y Galán, del que se sabía de memoria varias poesías”.

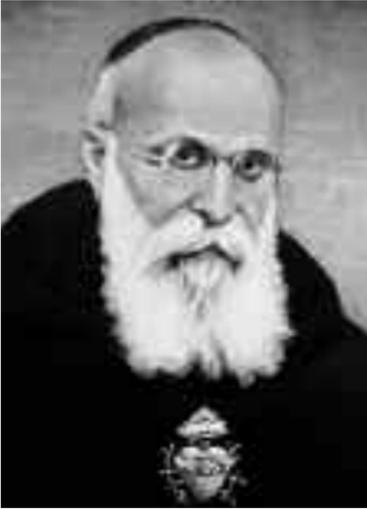
Y quienes intentan más bien delinear su semblanza espiritual resaltan en él su humildad, amabilidad y servicio a los demás. Religioso, dicen, cumplidor de sus obligaciones personales y entrega completa a sus obligaciones con los demás. Y todo ello realizado con cariño y entrega verdaderamente singular. Profesó tierna devoción a la Virgen de los Dolores, bajo cuyo patrocinio agrupó a los auxiliares y maestros durante el tiempo que residió en Madrid. Vivió totalmente entregado a su misión específica de la reforma de la juventud extraviada. Tan sacrificada fue su entrega que llegó, incluso, a enfermar.

Por su parte quienes lo recibieron en sus últimos momentos, ya mortalmente herido, es decir, la familia Elejalde, declaran al respecto que el Siervo de Dios era “majo”, de estatura mediana, la carita delgada y de carácter muy apacible, a pesar de las circunstancias en que se encontraba. Les dio la impresión de que era un buen religio-

so, dispuesto a perdonar a los que habían intentado darle muerte.

Y, concretamente, don Alfonso Elejalde hace constar “que su comportamiento fue el de un santo. No tuvo ni una sola palabra de condena para los asesinos. Estaba sumamente tranquilo. Manifestó que quisieron hacerle apostatar, pero él se negó completamente. Quiero insistir, dice, que perdonó a sus asesinos”.

Éste fue el P. Vicente Cabanes Badenas. Ésta su vida, ésta su muerte, ésta también su semblanza.



2. P. AMBROSIO MARÍA DE TORRENT (1866-1936)

Biografía

También Salvador Chuliá Ferrandis nació en Torrent (Valencia) el 16 de abril de 1866. De familia profundamente cristiana, ya desde niño siente la llamada de Dios a la vida sacerdotal. Con el tiempo será un verdadero apóstol del confesionario.

En su pueblo natal de Torrent realiza los estudios secundarios. Finalizados éstos manifiesta deseos de cursar la carrera eclesiástica en

el seminario conciliar de Valencia. Las escasas posibilidades económicas de su familia no le permiten vivir como alumno interno. Y cada mañana, acompañado de otros dos buenos amigos, uno de ellos Felipe Miquel, tendrá que recorrer los varios kilómetros que separan su casa paterna del seminario para desandarlos al atardecer.

Ya diácono se planteó el tema de su ingreso en religión. Lo llevará a feliz término ingresando en la naciente congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Antes le habían precedido ya Felipe Miquel, que recibió en nombre de Ignacio María de Torrente, y D. José Méndez, que lo hizo con el de José María de Sedaví. El 17 de mayo de 1891 ingresa al noviciado en el que fuera convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión de su pueblo natal. Cambiará su nombre de pila por el de fray Ambrosio María de Torrent, como en lo sucesivo se le conocerá en religión.

Al año siguiente, el 4 de abril de 1892, es ordenado de presbítero por Mons. Francisco de Asís Aguilar. Canta su primera misa al día siguiente con otros tres compañeros más. Eran los cuatro primeros sacerdotes terciarios capuchinos, y a cuya misa asistió su Fundador, el hoy Venerable Padre Luis Amigó y Ferrer.

En junio del mismo año emite su primera profesión religiosa en Torrent, en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, tres años después renueva sus votos trienales también en Monte Sión y, el 5 de junio de 1898, profesa perpetuamente en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Carabanchel Bajo, Madrid.

Hombre de amplia cultura, especialmente en la lengua latina, pero de carácter débil y de escasa autoridad con los alumnos, no pudo estar directamente en la misión específica de la reforma de la juventud extraviada. Por otra parte su formación, propia del clero secular, no fue la más adecuada para el desarrollo del ministerio específico amigoniano, por lo que la actividad del padre Ambrosio se vio limitada y él siempre se mostró más proclive al ejercicio de la obediencia que no al de la autoridad.

No obstante estas limitaciones, todavía pudo cumplir el ministerio pastoral del sacerdote amigoniano como consejero y director espiritual de la fraternidad, confesiones a religiosos y alumnos y visita a éstos en su etapa de reflexión los primeros días de su ingreso en la Escuela de Reforma.

Durante su dilatada vida, pues, desempeñará los cargos de maestro de novicios, vicesuperior y consiliario, siendo este último cargo el que mayormente de adaptaba a su modo de ser. Pues

era tal su humildad que nunca se consideró digno de estar al frente de una fraternidad, rechazando con ruegos y súplicas las proposiciones que en diversas circunstancias le hicieron los superiores mayores en este sentido.

Su vida transcurrió en las fraternidades de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, de 1896 a 1903; del Real Monasterio de Yuste, de 1903 al 1906 y de 1908 a 1911; en la Fundación Caldeiro, también en Madrid, de 1911 al 1914 y el bienio de 1924 a 1925. En la casa noviciado de San José, en Godella (Valencia) transcurrió los años 1914-1915 y 1922-1924 como consejero y confesor de la amplia comunidad de la casa noviciado. Finalmente de 1932 hasta su muerte ejerció su ministerio en la que fuera su primera casa noviciado, es decir, el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent, dejando en todas ellas un grato recuerdo por los ejemplos de su virtud. En dicha fraternidad le cogería la guerra civil.

El padre Ambrosio era, según aseguran sus biógrafos, una *florequilla franciscana*, apóstol del confesionario y un competente director de almas.

Martirio

El sábado, 18 de julio de 1936, tuvo lugar el llamado Alzamiento Nacional. Y, a primeras

horas del domingo, los pistoleros ocuparon los patios interiores del convento de Nuestra Señora de Monte Si3n, de Torrent (Valencia). Poco despu3s toda la fraternidad era conducida a las dependencias del Ayuntamiento del pueblo.

Los del Comit3 les ordenan: “Los frailes que tienen familia cerca, que se vayan a sus casas; y los de lejos que les tiren debajo del puente”.

A lo que replic3 el padre Valent3n: “Yo tengo casa para ellos”.

Y los religiosos de Torrent se refugiaron en sus casas paternas, y los dem3s en casas de amigos y conocidos, no sin antes declarar su lugar de refugio. Al d3a siguiente, 21 de julio, los milicianos incendiaron el convento de Monte Si3n, que derruyeron hasta casi sus cimientos.

En d3as sucesivos el Comit3, con el pretexto de interrogarlos, fue deteniendo en sus refugios a los religiosos y los fue confinando en la prisi3n llamada *La Torre*, es decir, en la 3nica c3rcel del pueblo. Dispon3a 3sta de diversas celdas, una de las cuales fue ocupada exclusivamente por religiosos y sacerdotes. En apartamentos contiguos hab3a otras personas particulares. El Siervo de Dios fue confinado en *La Torre* el 21-08-1936.

En la c3rcel los religiosos amigonianos llevaban pr3cticamente vida de comunidad. Un testi-

go ocular de los hechos asegura: “Lo religiosos, durante el tiempo que estuvieron presos, se comportaron como cuando estaban en el convento, realizando los actos de piedad. El día quince de septiembre, festividad de los Dolores de la Santísima Virgen, cantaron Los Dolores; y el 17, las Llagas de san Francisco”.

Y las hermanas del P. Valentín María de Torrent:

- “Después del mediodía nos avisan: “¿Queréis oír cantar Las Llagas al P. Valentín? Se le oye perfectamente en toda la plaza.”

“Mi hermano tenía una voz fuerte, estentórea, por lo que no nos extrañó el aviso. Nos encaminamos enseguida a la plaza y pudimos oírlo perfectamente. Hacía en la cárcel el ejercicio de Las Llagas con los compañeros convirtiendo la oscura cárcel en iglesia del convento.” Esa misma noche les sacaron de la prisión para el martirio.

Por cierto que esa misma noche se desencadenó una gran tormenta, por cuyo motivo se comentaba en el pueblo que con tiempo tan infernal no sucedería nada. No obstante tiempo tan inclemente, sacaron a ocho sacerdotes y religiosos, les condujeron camino de Monserrat en cuyo término, en la partida de *La Mantellina*, también denominada *Puchà d'Alt*, serían martirizados.

Durante el trayecto el P. Ambrosio continúa animando a los religiosos al martirio. Iban atados. Llegados al lugar del sacrificio el P. Ambrosio pide que lo desaten.

- “Para qué?” – le pregunta uno de los verdugos.

- “Para bendeciros y perdonaros”.

Y con las manos atadas impartió la bendición y perdonó a los asesinos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, actitud tanto más de admirar por el carácter tímido que tenía el P. Ambrosio, según afirma un testigo.

Pasadas las doce de la noche los cuatro coches, cargados con los asesinos y los presuntos mártires, llegaron al lugar indicado. Hicieron bajar a los presuntos mártires. Les colocan frente a la cuneta. Les alumbran con los faros de los coches. Y diez o doce milicianos disparan sobre las víctimas. A continuación, consumado ya el hecho, retornan a Torrent. Uno de los milicianos iba tirando por la ventanilla las estampas que seguramente había cogido a los cadáveres.

En dicho momento fueron martirizados cinco religiosos amigonianos: el P. Ambrosio, el P. Valentín, Fray Recaredo, Fray Modesto y Fray Francisco, así como también tres sacerdotes seculares: D. Tomás Martínez, D. Manuel Simó y D.

Francisco Garrigues, todos ellos hijos de la ciudad de Torrent (Valencia).

Por lo demás es claro que el P. Ambrosio M^a de Torrent, así como la totalidad de estos Siervos de Dios, hubo de ser martirizado exclusivamente por su condición de religioso dada su avanzada edad, que era de una familia pobrísima, y dedicado únicamente al ministerio pastoral del confesionario.

Semblanza

Al intentar delinear la silueta espiritual del P. Ambrosio María de Torrent, los diversos biógrafos coinciden en afirmar que fue una auténtica florecilla franciscana: sencillo, humilde, conciliador, pobre, obediente, silencioso, parco en palabras, que no hablaba mal de nadie y que todo lo echaba a buena parte. Es decir, uno de esos buenos religiosos de los tiempos fundacionales, de la primera época, cimiento y sostén de la congregación amigoniana.

Un discípulo suyo lo definía como un hombre de Dios, un tanto apocado de ánimo, muy obediente, religioso ejemplar en toda su conducta, que ejerció una gran labor espiritual desde el confesionario. Su buen Padre Fundador, el Venerable Luis amigó, al escuchar su nombre, movía

admirado la cabeza y exclamaba: “¡Ah, el Padre Ambrosio... Si tuviera muchos religiosos sencillos y humildes como él!...”

Su espíritu de pobreza le llevaba a recoger del suelo los objetos más insignificantes y que juzgaba pudieran en alguna ocasión ser de utilidad al convento. Era proverbial su actitud de quien, siguiendo las enseñanzas del Apóstol, no piensa mal, sino que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

En cierta ocasión en que volvía del paseo vespéral con algunos otros jóvenes religiosos, se toparon con un hombre beodo. Uno de los jóvenes le dijo: “Miré, padre Ambrosio, un hombre borracho”. A lo que el padre replicó: “No. Seguramente es que tiene flojera de piernas”.

Otro de sus discípulos describe su silueta espiritual poniendo de relieve su profunda piedad: “El P. Ambrosio manifestó su fe con una vida de intensa oración; yo le vi largos ratos de rodillas en el coro, fuera de los actos de piedad que los religiosos tenían prescritos. Sus conversaciones eran siempre de Dios y de cosas sobrenaturales. Yo, por ser del grupo de cantores, subía con frecuencia al coro y allí me admiraba su actitud recogida y reverente, de rodillas, durante mucho tiempo. Tenía una gran caridad y celo espiritual. Yo recuerdo que

confesaba a muchos jóvenes y a mí me hizo un gran bien”.

¡Ah!, pero no se crea que el P. Ambrosio careciera de nervio, no. Pues otro de sus alumnos asegura que era bajo de estatura y robusto. Iracundo, pero con un gran dominio de sí mismo. Era profesor de religión y en una ocasión que le vi -diseñarse llevar de su carácter violento, nos atemorizó, pero al salir al recreo ya intentó disculparse. Era muy piadoso y muy devoto de la Eucaristía, pasando largos ratos ante el Sagrario”.

El mismo testigo asegura que el P. Ambrosio era muy prudente en el confesionario y en sus conversaciones, muy parco en sus palabras y llevaba una vida muy retirada, prescindía de reuniones inútiles. Resplandeció por su fortaleza en el período en que estuvo encarcelado en donde exhortaba, no sólo a los religiosos sino también a los seglares, al martirio.

Por lo demás, y quienes lo conocieron ya en el último recodo de la vida, nos lo describen como un santo, como un religioso de una espiritualidad intensa y muy delicada, es decir, “un santito de avanzada edad, que tenía mucha paciencia con nosotros”.

“¡Cómo se puede matar al P. Ambrosio, que era un santo!...”, exclama otro de los testigos.



3. P. VALENTÍN MARÍA DE TORRENT (1896-1936)

Biografía

El Siervo de Dios padre Valentín, en el siglo Vicente Jaunzarás Gómez, también nació en Torrent, Valencia, España el día 6 de marzo de 1896. Y fue bautizado por D. Vicente Serrador en 8 de marzo del mismo año en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de su pueblo natal. Fueron sus padres Vicente Jaunzarás Tronch y Francisca Gómez Baixauli, ambos torrentinos.

De familia notablemente cristiana -profundamente cristiana, dice un testigo- recibió las aguas bautismales en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Torrent diócesis y provincia de Valencia, de manos de D. Vicente Serrador Alejos, cura coadjutor de la misma.

De inteligencia despierta, muy pronto descolló entre sus compañeros de escuela; tanto es así que el señor maestro, don Victoriano Andrés, hubo de reconocer que el niño no tenía ya nada que aprender de él. Dado que manifestaba inclinación hacia el sacerdocio, su madre *Clarica* pensó en llevarlo al seminario diocesano, pero, dada la corta edad del muchacho, decide dejarlo algún tiempo en Monte Sión para que estudie los primeros latines en la escuela seráfica o seminario menor de los Religiosos Terciarios Capuchinos.

Fue el tiempo suficiente para que Vicente no quisiera ya salir del convento, si no era a costa de su salvación según respondió repetidamente a los requerimientos de su madre. Ante tal reacción doña Francisca cede, llorando, a los deseos de su hijo, en los que ve la voluntad de Dios. En este tiempo, concretamente a los nueve años, hizo la primera comunión en la iglesia del convento de Nuestra de Monte Sión, de Torrent.

El 15 de octubre de 1911 ingresa en el noviciado y dos años más tarde, el 15 de octubre de

1913, hace su primera profesión religiosa tomando en religión el nombre de fray Valentín M^a de Torrent con que se le conocerá en lo sucesivo. Sus votos perpetuos los emitirá otro 15 de octubre, pero de 1919, y en la casa Fundación Caldeiro, del Madrid moderno.

Realiza sus estudios filosóficos en San Nicolás de Bari, Teruel. Y los teológicos, en Madrid, donde es ordenado de presbítero en la primera mitad del año 1920. El trienio 1922-1925 desempeña su ministerio pastoral en la Escuela de Reforma de San Vicente Ferrer, en Burjassot (Valencia), de la que es su primer director.

Durante el curso 1925-1926 nuevamente vuelve a la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid, donde ejerce el ministerio de profesor de psicología experimental y de psiquiatría de los estudiantes teólogos, a la vez que se ejercita en el ministerio específico de la congregación con los jóvenes con problemas de conducta.

Desde 1926 hasta 1929 forma parte de la fraternidad de Caldeiro, Madrid, donde desempeña asimismo el cargo de superior. Participa en el VI^o Capítulo General de la Congregación. Trasladado a la comunidad de Zaragoza, precisamente el día en que es presentado a la fraternidad parte con destino al Asilo de San Antonio de Santafé de Bogotá, Colombia, sin avisar siquiera a sus her-

manas ni a su madre, quien moriría sin volver a verlo más. Durante esta etapa, asimismo de tres años, imprime un gran prestigio científico al centro, lo que reconocen abiertamente y agradecen las más altas autoridades de la nación colombiana.

La voluntad de Dios, y la insistencia de sus hermanas, que no se resignaban a tenerlo tan lejos de sí, llevó a los superiores a traerlo nuevamente a la patria. Los años de 1932 a 1935 desempeña su ministerio como superior del seminario seráfico de San Antonio de Padua de Pamplona (Navarra) España. Y desde 1935, de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), en cuyo cargo de superior le cogió la guerra en 1936.

Martirio

El sábado, 18 de julio de 1936, dio comienzo la guerra. El Siervo de Dios padre Valentín, como cada fin de semana, se había trasladado a su pueblo natal para ayudar a los hermanos en las confesiones y numerosas funciones litúrgicas del convento. Y, precisamente en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, le cogieron las primeras algaradas y tumultos callejeros.

A primeras horas del domingo, 19 de julio, los milicianos irrumpen en Monte Sión. El padre

Valentín se ve obligado a acompañarles por las diversas dependencias del convento. Se encuentran con su hermana Francisca. El Siervo de Dios le dice:

- “Tráeme agua para sumir las hostias consagradas, que hay en el sagrario, cuando bajemos a la iglesia”.

Llegados a ésta el padre hace sentar a los pistoleros en los bancos y se dispone, con enorme sangre fría, a sumir los varios capones del Sagrario.

- “Esperemos a que termine el fraile de desayunar”, dicen los milicianos rojos.

Al término de la visita el padre Valentín, y con él toda la fraternidad, fue detenido y llevado al Ayuntamiento, sede del Comité. Luego de declarar el lugar del cobijo, de todos y de dada uno de los religiosos, éstos quedan en libertad. El Siervo de Dios recogió en su casa paterna a trece religiosos y chicos que no tenían familia en Torrent. Al llegar a casa le dice a su hermana Francisca:

- “Toma la llave del sagrario de Monte Sión. Me siento orgulloso de haber podido salvar las sagradas formas y evitado así un sacrilegio”.

El día 22 en un coche, cuatro pistoleros y dos guardias civiles, se lo llevaron consigo a la casa noviciado San José de Godella. El P. Valentín,

superior de la casa, haciendo alarde de buen humor y de amable trato intentó congraciarse con los milicianos. Creyendo haberlo conseguido salió vestido de hábito y con el breviario en la mano para rezar el Oficio paseando por el corredor de la comunidad. Inmediatamente los milicianos le arrebatan el libro y medio le arrancan el hábito, llevándoselo a otra parte.

El 25 de julio de 1936, día de Santiago apóstol, los religiosos de la casa noviciado se dispersan. Los seminaristas habían sido ya enviados a sus casas o cobijados en familias de la población. El P. Valentín, con algunos religiosos más, se trasladan a Torrent en busca de seguro refugio. En su pueblo natal el Siervo de Dios, cual zagal del Buen Pastor a quien en día de tormenta se le dispersa el rebaño, fue recogiendo una por una las ovejas tratando de cobijarlas en lugar seguro. Por fortuna, a quienes cambió de lugar sin avisar al Comité, se salvaron de la tormenta.

El 28 ó 29 de agosto de 1936 el Siervo de Dios padre Valentín es detenido y, con los religiosos que con él estaban en la casa paterna, recluido en la cárcel conocida como La Torre, en Torrent. El 17 de septiembre, fiesta de la impresión de las llagas del padre san Francisco, después del mediodía avisan a sus hermanas:

- “¿Queréis oír cantar las llagas al padre Valentín? Se le oye perfectamente en toda la plaza”

Las hermanas enseguida se encaminan a la plaza donde pueden oírle perfectamente. En la cárcel hacían el ejercicio de Las Llagas con los sacerdotes y religiosos compañeros. Habían convertido la oscura cárcel en iglesia del convento. El padre Valentín se había convertido en cabeza de los encarcelados y, sobre todo, de los hermanos en religión que con él estaban presos.

Aquella misma noche, en que se desató una gran tormenta como no se ha conocido otra, les bajaron de la cárcel. Los tres sacerdotes seculares y cinco religiosos terciarios capuchinos iban maniatados de dos en dos, como se ha dicho en el martirio del padre Ambrosio M^a de Torrent. Fueron ejecutados en el lugar denominado Fuente de la Mantellina, en terreno de Monserrat, y sepultados en fosa común en el cementerio del pueblo.

A la vuelta a Torrent, según el testimonio de uno de los choferes, alguno de los milicianos venía tirando por la ventanilla del coche las estampas que había arrebatado a los mártires momentos después de su ejecución.

Semblanza

El Siervo de Dios era más bien bajito, pero robusto, y de una recia personalidad. De temperamento ardiente, vivía como en continua lucha por ser bueno y hacer el bien. Era alegre, dicharachero, optimista y estaba siempre contento.

Como sacerdote estimaba su vocación y la estimulaba en los demás. Entusiasta, fuerte, animoso, no le gustaban las cosas a medias. Era un buen elemento para la Congregación.

A pesar de su aspecto un tanto adusto, sin embargo su predicación era sencilla y atrayente, y en sus reflexiones a la comunidad y alumnos se manifestaba simpático y ameno. Las fiestas más solemnes eran precedidas siempre del canto de vísperas. Y el día de la fiesta la misa era cantada y con sermón.

Siempre manifestó un gran interés por la Congregación, a la que amaba con ternura de hijo, por lo que quería que las fiestas de Nuestra Madre de los Dolores y de Nuestro Padre San Francisco se celebraran con mucho interés por parte de todos. Eran, decía, nuestros Patronos y Titulares.

El 2 de septiembre de 1925 fue nombrado oficialmente profesor de psicología experimental y psiquiatría por los superiores mayores. Estimula-

do por este docto cometido, emprende una esmerada preparación personal, teórica y cultural, en psicopedagogía, psicotécnica y oratoria sagrada, que le lleva, de inmediato, a dictar sabias lecciones, a pronunciar brillantes conferencias y a predicar elocuentes pláticas y sermones. “Piedad, pláticas y fervorines asimismo brillan tanto en su oratoria como otras actividades docentes y culturales”.

Identificado plenamente con la actitud redentora y misericordiosa del Buen Pastor, que va en busca de la oveja perdida, devuelve al recto camino la extraviada, venda a la herida y ama con mayor intensidad a la que mayormente lo necesita, solía repetir que, para un terciario capuchino, no debe existir el muchacho difícil.

Durante su vida se manifestó muy devoto de la celebración eucarística, a la que procuraba dar la mayor solemnidad y esplendor posibles. Profesó un profundo amor filial a la Virgen de los Dolores y fue muy exacto, durante toda su vida en la práctica del examen de conciencia; tanto es así que consta que lo hizo incluso el mismo día de su muerte.

El padre Valentín era celosísimo por la gloria de Dios y por su amor a la Iglesia. Tenía una vocación acendrada y admirable. Estando preso en la cárcel de Torrent cantaba en compañía de

los demás religiosos los Dolores de la Virgen y Las Llagas del Seráfico Padre San Francisco, a quien, como buen franciscano, también profesó una gran devoción.

Nota destacada de la silueta espiritual del Siervo de Dios, según un connovicio suyo y el testimonio de sus hermanas, era su gran coraje para superar las dificultades. *Era molt valent* (era muy valiente), según ellas.

Por lo demás siempre se mostró religioso humilde y sencillo. Y, aun siendo superior, nunca le importó arrodillarse delante de un religioso para pedirle perdón cuando consideraba que en algo le había ofendido.

Como síntesis de su silueta espiritual pudiéramos afirmar que el Siervo de Dios se manifiesta como uno de los religiosos terciarios capuchinos más cercanos al ideal del Venerable Luis Amigó, tanto por su espiritualidad centrada en la trilogía amigoniana de Cristo Buen Pastor, Seráfico Padre San Francisco y Virgen de los Dolores, como por su entusiasmo en el ejercicio gozoso de la misión específica de “ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor”



4. FRAY RECAREDO MARÍA DE TORRENT (1874-1936)

Biografía

El Siervo de Dios fray Recaredo, en el siglo José María Llópez Mora, nace en Torrent, diócesis y provincia de Valencia -España-, el 22 de agosto de 1874. Y al día siguiente recibe las aguas bautismales en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de su pueblo natal de manos de don Vicente Giner, cura coadjutor de la misma. Son sus padres Luis Llópez Barberá y Constantina Mora Ricart, asimismo hijos del pueblo.

Realizó sus primeros estudios en la escuela del pueblo y, junto a don José Méndez Perpiñá, coadjutor de la parroquia, hizo sus primeras armas en el apostolado, actuando en distintas obras fundadas por aquél.

Cuando, en el mes de mayo de 1889, don José Méndez decide ir a la cartuja del Puig (Valencia) y vestir el hábito del terciario capuchino, el Siervo de Dios José María Llópez es uno de los cuarenta jóvenes que se presentan en la cartuja con el fin de convencer a su querido coadjutor para que regrese a Torrent. Vuelto al pueblo sin conseguir su propósito, José María descubre bien pronto que también a él le llama el Señor.

A los pocos días volvió a la cartuja de nuevo, pero esta vez para quedarse definitivamente con los nuevos religiosos terciarios capuchinos que la habitaban. El 21 de junio de 1889 hace su ingreso al noviciado trocando su nombre de pila por el de fray Recaredo M^a de Torrent, con el que se le conocerá en lo sucesivo.

El día de la Inmaculada del siguiente año, el 8 de diciembre de 1890, hace su primera profesión en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión de su pueblo natal. El 8 de diciembre de 1893 renueva sus votos trienales y el 8 de diciembre de 1896 profesa perpetuamente en la Escuela de

Reforma de Santa Rita, en Carabanchel Bajo, Madrid.

De 1896 a 1903 desarrolla su apostolado en la Escuela de Reforma de Santa Rita entre jóvenes díscolos, hasta que es trasladado a la Colonia de San Hermenegildo, en Dos Hermanas (Sevilla), el 23 de junio de 1903.

También en la Escuela de Reforma de Dos Hermanas desarrolla su actividad apostólica durante un trienio, 1903-1906, siendo su estancia más prolongada en la casa Reformatorio del Salvador, de Amurrio -Álava-, donde reside de 1920 a 1932.

Durante los años en que ejerce su apostolado misericordioso y redentor con los jóvenes extraviados acogidos en las diversas escuelas de reforma demuestra poseer dotes naturales para la educación de la juventud desadaptada. Con su cordialidad y entusiasmo se ganaba el afecto de sus educandos, primer paso para ganar también sus almas para el Señor.

Los cuatro últimos años de su vida los pasó en el Convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de su pueblo natal, dedicado incansablemente a su ministerio de impartir el catecismo a los niños, fundar escuelitas nocturnas gratuitas para ellos y a obras de caridad. Su figura

pequeña, viejecito pero ágil, rodeado siempre de niños, visitando a los enfermos y encarcelados y llevando alimentos a escuelas pobres y humildes, hacían su figura sumamente atractiva.

Expulsado, juntamente con toda la fraternidad del Convent el 20 de julio de 1936, consigue piadoso refugio en casa de su sobrina María Llopez Alejos. En casa de su sobrina al atardecer se rezaba el Santo Rosario, que él desgranaba despacio. Y, cuando sentía que habían matado a alguno, decía:

- “¡Ay, qué suerte! Mueren por Dios. Yo no tendré esa suerte”.

El día 4 de agosto del mismo año se presentaron dos milicianos en su casa y le dijeron, sin dar más importancia a la cosa:

- “Vamos, que te van a hacer unas preguntas”.

Y fue conducido a la cárcel del pueblo, conocida como La Torre, en la que la prisión, el martirio y la inhumación de sus restos mortales todo fue en común con los terciarios capuchinos en ella recluidos y arriba mencionados.

Semblanza

Quienes mejor conocieron al Siervo de Dios nos lo describen como hombre sencillo, cordial,

amable y muy franciscano, que estaba dotado de un gran espíritu de minoridad y que era observante al máximo. Y aseguran que Fray Recaredo era sencillo, humilde y muy buen religioso, que brilló por su humildad y caridad. Era un gran trabajador en su apostolado con los jóvenes.

Fray Recaredo vivió en sus fuentes el espíritu fundacional recibido con intensidad del Venerable P. Fundador. En esto se caracterizaron todos los primeros religiosos. Tenían un gran espíritu de minoridad y eran observantes al máximo. Eran piadosos y muy rezadores, en el mejor sentido de la palabra.

“Cuando recordamos a este religioso -asegura un torrentino-, nos parece aún verle por las calles de la población con su figura pequeña, viejo, pero ágil, rodeado siempre de niños, al igual que el Divino Maestro, visitando a los enfermos, a los encarcelados y llevando a los hogares pobres y humildes no solamente los medios para mantener su vida, sino también los consejos espirituales de la religión, que la mayoría de las veces son más necesarios que el dinero o el pan para que haya paz entre las familias”.

Doña Concepción Silla, asimismo hija de Torrent, asegura que el Siervo de Dios fray Recaredo vivía entregado a la formación, especialmente religiosa, de la juventud y empleaba todos

los medios a su alcance para atraerla, así como también para formarla en una vida auténticamente religiosa.

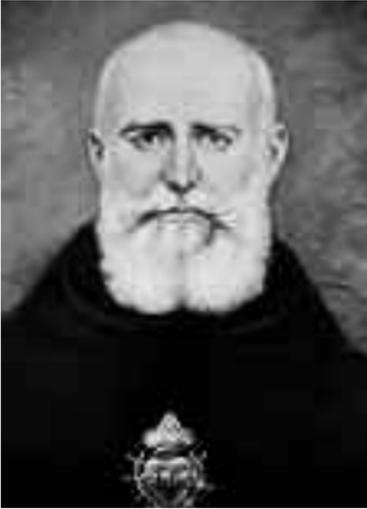
Otro hijo de Torrent afirma que fray Recaredo fue notable por su apostolado en el Convento de Nuestra Señora de Monte Sión, especialmente al frente de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua. Sobresalió como educador. Era maestro de escuela, incansable en el hacer el bien a los jóvenes. Recurría a toda clase de personas a favor de ellos. Era muy estimado, entre otros, por el Sr. Arzobispo de Valencia, Cardenal Guisasola, para quien siempre tuvo abiertas las puertas de palacio y las de su tesoro para sostenimiento de la obra del Siervo de Dios.

Recurría a toda clase de personas, pidiendo incluso limosna a sus mismos parientes, con tal de atender a sus muchachos. Para ellos funda escuelitas nocturnas, impulsa el perfeccionamiento del teatro de aficionados y dedica especial atención a la organización del llamado “pan de los pobres”. Sigfrido Blasco, hijo del novelista Vicente Blasco Ibáñez, le pagaba la pensión de diez niños, para que pudiesen asistir al centro. También el señor Castells, director del periódico El Mercantil, le pagaba otras pensiones para los niños pobres y le daba limosnas para el convento. Téngase en cuenta que estos señores no eran

nada clericales. Y fray Recaredo les visitaba asiduamente.

Entre quienes, sin duda, mejor conocieron a fray Recaredo se cuentan sus hermanos de hábito. Pues bien, uno de ellos asegura que fray Recaredo M^a de Torrent era bajo, muy atractivo y simpático, atraía mucho a los jóvenes que acudían gustosos a escuchar sus lecciones de catecismo y las funciones de teatro. Les daba rosquilletas y chocolate para atraerles, organizaba funciones de teatro, siendo muy numeroso el grupo de jóvenes que se beneficiaba de su trabajo al que estaba dedicado. Eran célebres las representaciones navideñas del Belén y otros autos sacramentales que tenían mucho éxito.

Fray Recaredo tenía un carisma especial con la juventud y consiguió reunir a muchos jóvenes en la Pía Unión de San Antonio de Padua. La gran fe que él tenía la transmitía a los jóvenes. Por su espiritualidad franciscana, fray Recaredo M^a de Torrent sobresalió en su amor y preocupación por los niños y por la juventud.



5. FRAY MODESTO MARÍA DE TORRENT (1885-1936)

Biografía

También el Siervo de Dios fray Modesto, en el siglo Vicente Gay Zarzo, nace en Torrent, diócesis y provincia de Valencia, España. Es el 19 de enero de 1885. Sus padres, al día siguiente, lo presentan al coadjutor de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, don José Méndez Perpiñá, quien le regenera con las aguas bautismales.

Concha Gay Zarzo, hermana del Siervo de Dios describe así su familia: “Mis padres eran

muy buenas personas, demasiado buenas, según creo yo. Católicos piadosos, cumplidores a la antigua. Pertenecieron a la Venerable Orden Tercera del Padre San Francisco. Mi padre era miembro de la Adoración Nocturna. Se llamaban mis padres Vicente Gay Ruergen y Dolores Zarzo Sanchis. Él nativo de Torrent, y ella, de Benaguasil. Formaron una familia cristiana, donde se rezaba el rosario todos los días, y no corto como ahora”.

“Desde pequeño —es siempre su hermana Concha quien habla— Vicente fue a la escuela del convento de Monte Sión y perteneció a la Pía Unión de San Antonio. Cuando tuvo catorce años fue a trabajar al campo, como mi padre, durante el día. Y, a la vuelta del trabajo, acudía a las escuelas nocturnas del convento, que tenía la Pía Unión. En horas libres completó sus estudios recibiendo clases de solfeo en el Patronato Obrero del Círculo Católico de Torrent”.

De este asiduo contacto con los terciarios capuchinos nació en Vicente Gay su vocación religiosa, si bien su padre se oponía a la misma, razón por la que se lo impidió al principio. Vicente, siempre dócil, aceptó la voluntad de su padre.

Luego de larga insistencia y conseguir doblegar la voluntad de su padre, finalmente pudo comenzar su postulante en el Convento de

Monte Si3n, a mediados de 1902, y el 6 d enero de 1903 hace su ingreso al noviciado recibiendo el nombre de fray Modesto Mar3a de Torrent, con el que se le conocer3 en lo sucesivo. Y, justamente dos a3os m3s tarde, el 6 de enero de 1905, emite sus primeros votos temporales en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid.

Seis a3os despu3s, y posiblemente en id3ntica fecha, emitir3 sus votos perpetuos, si bien no se conserva documento alguno acreditativo del hecho.

Los diez primeros a3os de su vida religiosa los pasa preferentemente en centros de la llamada misi3n espec3fica -escuelas de reforma y similares- donde compagina sus trabajos de alba3iler3a con la atenci3n a los j3venes postulantes.

Religioso de una gran fuerza de voluntad insistentemente pide a sus superiores mayores que le permitan acceder a los estudios eclesi3sticos, y otras tantas veces le es denegado. La 3ltima de ellas el a3o 1916. A partir de entonces el Siervo de Dios no pens3 m3s sino en ser un religioso obediente y mortificado.

Los 3ltimos veinte a3os de su vida, 1916-1936, los pasa en el convento de Nuestra Se3ora de Monte Si3n, de Torrent, donde compagina a la perfecci3n la ense3anza de las primeras letras a

los alumnos del colegio con el servicio de la administración de la casa. En dicha fraternidad le cogerá la guerra. El día 20 de julio de 1936 es disuelta la fraternidad y fray Modesto recibe piadosa acogida en casa de su hermana Concha, en la calle Cervantes 18, de su pueblo natal.

Durante los días que duró su refugio, en casa iba siempre con el santo hábito puesto y cumplía con todos los rezos del convento. Esto era una cosa sagrada para él. El día que quemaron la iglesia parroquial el Siervo de Dios estuvo mucho tiempo arrodillado rezando.

Finalmente, hacia el día ocho o diez de septiembre, viernes, lo detuvieron en casa y lo recluyeron en la cárcel del pueblo llamada La Torre. Con los demás religiosos amigonianos seguiría haciendo en la cárcel vida conventual hasta la noche del martirio. Con ellos sufriría el martirio y también con ellos serían inhumados sus restos mortales en fosa común en el cementerio de Montserrat, Valencia.

Semblanza

El ambiente familiar del Siervo de Dios -sus padres miembros de la Venerable Orden Tercera de Penitencia, de la Adoración Nocturna y muy ligados al convento alcantarino de Nuestra Señora-

ra de Monte Sión- sin duda era el ambiente apto para la formación del hermano franciscano más popular y sencillo del mundo. Y así fue en el caso de fray Modesto M^a de Torrent, quien no desmintió la formación de sus orígenes.

Quienes bien conocieron al Siervo de Dios nos delinear su perfil religioso moral diciendo que se caracterizó fundamentalmente por su carácter muy recto y por su profundo espíritu franciscano, amante de la sencillez y humildad, y muy delicado en la guarda del voto de obediencia, junto a una exquisita pobreza. Y, ciertamente, la virtud característica de fray Modesto fue la obediencia franciscana, acompañada de la laboriosidad y del interés por superarse personalmente y ser útil a la Congregación.

Su sobrino José Gay, tratando de esbozar la silueta religioso moral de su tío, lo hace con estos tres trazos o virtudes esenciales: “Era obediente, trabajador y sencillo, entre otras muchas virtudes que poseyó”. Tal es así que salía a pedir limosna por las calles de la población todos los sábados, a pesar de ejercer como maestro de la escuelita del convento.

Y su sobrina María del Carmen Veguer, tratando asimismo de perfilar aún más el esbozo físico y moral de su tío, lo hace con las siguientes palabras: “El Siervo de Dios fray Modesto era de

una estatura normal, un poco llenito, con la cara redonda, moreno. Carácter bondadoso, pero al mismo tiempo enérgico y exigente para el cumplimiento de su deber y de aquellos que le estaban encomendados. Tenía una singular devoción a la Virgen de los Dolores, a la que invocaba como a su primera madre en la tierra y en el cielo; y su madre carnal era la primera, sólo en la tierra”.

Los padres del Siervo de Dios -cosa muy natural en todos los padres- siempre desearon que su hijo accediese al sacerdocio. Y fray Modesto, por su cuenta, se fue preparando en latín y humanidades para iniciar la carrera eclesiástica. Pero una y otra vez recibía respuesta negativa por parte de los superiores mayores. Finalmente en 1916 regresa a Torrent, donde le recibe cariñosamente el superior general quien le hace ver que todo es una tentación y que si desea verse libre de ella debe acudir a la Santísima Virgen. Lo promete de rodillas fray Modesto, y desde entonces asume alegre e ilusionado su vocación laical dentro de la Congregación. En la decisión de sus superiores supo leer fray Modesto la voluntad de Dios, arrojándose gozosamente en brazos de la santa obediencia y en ella abandonó todos sus cuidados.

La conformidad con la voluntad de Dios se echó bien de ver en los momentos de zozobra refugiado en casa de su hermana. Varias veces le insistieron en que debía huir refugiándose en un sitio seguro, pero él respondía: “Si Dios ha muerto por nosotros, yo no haré nada de más si muero por Él”. Y, pudiendo huir, no huyó.

La vida de fray Modesto, especialmente los últimos veinte años en la fraternidad de Monte Sión, de Torrent, transcurrió como la de un verdadero hermano menor: fue el fraile obediente, trabajador y sencillo; gozoso, de gran bondad y preparación pedagógica; preocupado por enseñar las primeras letras y los rudimentos de religión a los chicos del barrio; siempre rodeado de niños, sumamente espiritual, piadoso y rezador. ¡Ah!, y siempre también vistiendo la inconfundible estameña franciscana. Era la imagen viva del Hermano Menor del convento alcantarino de Monte Sión.



6. FRAY FRANCISCO MARIA DE TORRENT (1886-1936)

Biografía

El Siervo de Dios fray Francisco M^a de Torrent, en el siglo Justo Lerma Martínez, nació en Torrent, diócesis y provincia de Valencia, el día 12 de noviembre de 1886. Y fueron sus padres Ramón Lerma Fabiá y Micaela Martínez Rubio, ambos asimismo naturales de la ciudad de Torrent.

Como era costumbre en las familias de la época de raigambre católica -los padres pertene-

cían a la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís- al día siguiente recibe el santo bautismo. Se lo administra don José Méndez Perpiñá, cura coadjutor de la única parroquia del pueblo y, andando el tiempo, también religioso terciario capuchino.

Su hermano Vicente nos ha transmitido los siguientes rasgos de los años juveniles del Siervo de Dios: “Éste, de pequeño, frecuentó las clases del convento local Nuestra Señora de Monte Sión y la catequesis y también perteneció a la Pía Unión de San Antonio de Padua. Era un muchacho entre tantos que acudían al convento. Piadoso, se aficionó a los religiosos, a los cuales quiso pertenecer. Era encargado de la catequesis fray Rafael María de Onteniente”.

Pronto, al contacto con los terciarios capuchinos del convento -a quienes asiduamente visitaba en el de Monte Sión de Torrent- va limando su carácter. Y tanto es así que al frisar ya en sus diecinueve años de edad, el 14 de abril de 1905, viste el hábito de terciario capuchino en su pueblo natal, tomando el nombre de fray Ibo M^a de Torrent. Algún tiempo después volverá a cambiar este nombre por el de Francisco M^a de Torrent, con el que se le conocerá en lo sucesivo.

Dos años más tarde, el 14 de abril de 1907, hace su primera profesión religiosa en el conven-

to de Monte Si3n de Torrent y, antes de finalizar el a3o, pasa de comunidad al Real Monasterio de Yuste, en C3ceres, donde se repone de una neumon3a.

El dato de la profesi3n perpetua, hasta el presente, no ha sido posible encontrarlo por cuanto en 1936 fue destruido el archivo general de la Congregaci3n de Terciarios Capuchinos, as3 como los de las casas en que desarroll3 su ministerio apost3lico fray Francisco. El Siervo de Dios nunca manifest3 deseos de acceder al sacerdocio.

En el Real Monasterio de Yuste transcurren los cinco primeros a3os de su vida religiosa - 1907-1912- dedicado a su cargo de socio del maestro de novicios y a los m3ltiples quehaceres propios de todo monasterio. Dedic3se asimismo a su propia formaci3n adquiriendo por su cuenta los rudimentos de cultura general. Y, ya en la escuelita del monasterio, tiene ocasi3n de mostrar sus dotes naturales de pedagogo.

El 9 de octubre de 1912 es destinado al colegio Fundaci3n Caldeiro, Madrid, donde transcurrir3 el resto de sus d3as hasta mediados de julio de 1936 en que es desalojado el centro y convertido en checa.

Fue tan acertada su labor -seg3n todos sus bi3grafos- que no pocas veces llegaron al colegio

Fundación Caldeiro comisiones de catedráticos con el exclusivo fin de felicitar al religioso que tan bien preparaba a sus alumnos.

Desalojado el centro y dispersos los religiosos, el Siervo de Dios primeramente halla piadoso cobijo en casa de una familia amiga de la calle del Arenal, de Madrid, donde permaneció unos seis o siete días, y luego se traslada a su pueblo natal y a su casa paterna. Detenido por orden del comité local y llevado a la cárcel del pueblo, la vida en la misma, el martirio, así como también la sepultura de sus restos mortales, todo es común con los cuatro religiosos precedentes.

Semblanza

Fray Francisco M^a de Torrent fue otra de esas florecillas franciscanas de los primeros tiempos de la Congregación. Nació de padres pertenecientes a la tercera orden franciscana, creció a la sombra del convento franciscano de Nuestra Señora de Monte Sión, aprendió las primeras letras y recibió las primeras catequesis en el convento franciscano, en él vestiría la estameña franciscana, en él haría sus años de noviciado y en él emitiría sus primeros votos religiosos. En una palabra, que recibió una formación literaria y religiosa según todos los cánones de la estricta observancia franciscana de los religiosos amigonianos de primera época.

De los años juveniles del Siervo de Dios en Torrent disponemos del siguiente perfil religioso moral, realizado por su hermano Vicente: “Era un muchachito moreno, vivaracho y juguetón, muy amante de la bulla y poco del estudio y del trabajo. Esta su manera de ser estaba respaldada por un temperamento enérgico que le impulsaba a vivir en una constante inquietud e inestabilidad”.

Con el tiempo se hizo un joven reflexivo, trabajador y metódico. Y, sobre todo, un gran pedagogo. Su hermano, tratando de perfilar aún más la silueta religioso moral del Siervo de Dios nos dice que era una buena persona y que era delicado por demás. Un hombre metódico. Parco en palabras, más bien serio. Constante. Trabajador. Hábil como maestro de escuela, la que era todo su campo de acción y como su hábitat natural. De temperamento era flemático.

De su larga estancia de más de veinticinco años el colegio Fundación Caldeiro, de Madrid, un religioso que con él compartió la vida de fraternidad en aquellos años, nos dice que le pareció un religioso que sabía el porqué de su ingreso en la Congregación. Era un religioso fervoroso, entregado a la formación de los alumnos que le había asignado la obediencia, amante de prepararse con tiempo las clases de cultura y de formación religiosa.

Gran pedagogo, buscaba fórmulas para hacer agradables y comprensibles las materias de cualquier asignatura en cada una de las clases. Obtenía muy buenos resultados. Era admirado por lo bien que preparaba a los alumnos para los exámenes.

El mismo religioso lo define como un religioso de profunda oración, trabajador incansable, atento siempre con todos, sencillo y humilde, que pasó haciendo el bien con la mayor naturalidad, sin que supiera una mano lo que hacía la otra. Jamás se mostró descompuesto. Gozaba de una gran paz interior.

Durante veinticinco años seguidos, año tras año, desempeñó la misión de enseñar al que no sabe, a los niños más necesitados. ¡Hermosa lección para toda la juventud amigoniana de ir en pos de la oveja descarriada, necesitada, como buen zagal para devolverla al redil del Buen Pastor!

Y, refiriéndose ya a la estancia en la casa paterna, los días precedentes a su detención y encarcelamiento, asegura su mismo hermano que cumplía con sus rezos y devociones como si estuviese en el convento. Era un religioso piadoso y de conciencia delicada. Cumplidor de su deber bajo cualquier aspecto. Por lo demás, habíamos recibido en nuestra niñez y juventud las ense-

ñanzas y buenos ejemplos de nuestros padres. Éstos cumplían con todos sus deberes religiosos y frecuentaban los santos sacramentos de la confesión y comunión. También pertenecían a la Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís. Éramos una familia católica, como eran tantas en Torrent”.

En un deseo, pues, de sintetizar hemos de decir que Fray Francisco descolló por su bondad, sencillez, laboriosidad, inalterable paciencia con los niños y fiel observancia religiosa. Ésta es su vida, éste su retrato, ésta su semblanza.



7. P. LAUREANO MARÍA DE BURRIANA (1872-1936)

Biografía

Burriana es una ciudad de la Plana Baja de Castellón, de cuya capital dista apenas 10 kilómetros. En dicha ciudad nace Salvador Ferrer Cardet, que éste era su verdadero nombre de pila, el día 13 de octubre de 1884. Sus cristianos padres, que lo eran Manuel Ferrer y María Teresa Cardet, enseguida lo presentan en la iglesia parroquial del pueblo para que reciba las aguas bautismales.

Aprende las primeras letras en su pueblo natal y a los once años, siguiendo la vocación de su hermano mayor Juan Manuel -en la congregación Fray Benito María de Burriana-, que ya había profesado como hermano coadjutor, ingresa en la escuela seráfica que los terciarios capuchinos tienen en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, Valencia. Es uno de los primeros religiosos que inician estudios humanísticos en la Congregación.

Cuatro años más tarde, el 8 de diciembre de 1899, viste el hábito religioso y el día de la Inmaculada del año siguiente, 1900, emite sus primeros votos religiosos en manos del Padre Fundador, Venerable Luis Amigó y Ferrer también en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, Valencia.

De 1902 a 1907 realiza sus estudios teológicos en la Escuela de Reforma de Santa Rita en Carabanchel Bajo, Madrid. El 12 de abril de 1907, si bien perteneciendo a la fraternidad de Santa Rita, profesa perpetuamente en el convento de Monte Sión, de Torrent. Y en las tómporas de septiembre del mismo año es ordenado de presbítero en la Ciudad del Turia, Valencia.

El 3 de noviembre de 1907 es nombrado consiliario de la fraternidad del Real Monasterio de Yuste, Cáceres, donde prolonga su estancia hasta

primeros de abril de 1913 en que nuevamente vuelve a la Escuela de Reforma de Santa Rita en Madrid. En Yuste desempeña sucesivamente los cargos de consiliario, vicemaestro de novicios y superior de la fraternidad.

Los años que van de 1913 a 1919, en que pasa a desarrollar su ministerio a la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), los transcurre en dicha Escuela de Reforma desempeñando los cargos de vicesuperior y administrador de la misma.

De 1920 a 1934 desempeña su ministerio, generalmente por trienios, en las fraternidades de Santa Rita (Madrid), San Nicolás de Bari (Teruel), San José de Godella, Valencia, y San Hermenegildo de Dos hermanas (Sevilla), en cuyas fraternidades generalmente desempeña el ministerio de superior, cargo que simultanea con el de consejero y secretario general.

En enero de 1934 pasa a formar parte de la fraternidad de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), en cuya casa le coge la guerra de 1936. Al iniciarse la contienda, el P. Laureano -que había sido designado para trasladarse con los novicios a Francia, a una finca cercana a Cambó (Les Bans)- desempeñaba el ministerio de vicesuperior. En la casa noviciado, en que le toca hacer frente a las hordas en funciones de superior, por ausencia de éste, perma-

necerá hasta el 25 de julio en que es disuelta la fraternidad.

El 25 de julio de 1936 el Siervo de Dios halla piadoso refugio en casa de doña Trinidad Navarro, en Torrent (Valencia). Y el 14 de septiembre, juntamente con los siervos de Dios fray Benito M^a de Burriana y fray Pablo M^a de Andújar, será arrebatado de su refugio y llevado a la cárcel del pueblo, llamada La Torre, de donde días después, en las primeras horas del 16 de septiembre partirá para el martirio. Éste se consumará a catorce kilómetros de Torrent, en el pinar de la masía de Calabarra, en término de Turís (Valencia).

Martirio

La casa noviciado San José, de Godella (Valencia), fue ocupada por los milicianos al amanecer del viernes 25 de julio de 1936. La numerosa fraternidad fue recluida en el pabellón del noviciado, mientras los milicianos se hacían cargo de los seminaristas seráficos.

“Desde el principio –asegura un novicio- quisieron fusilar a los religiosos sin miramiento alguno. En consecuencia, pronto nos pusieron frente a la pared. Esperábamos la orden de disparar contra nosotros. Teníamos la vista nublada

ante la inminente muerte. El P. Francisco de Ayelo, maestro de novicios, nos dijo:

- Hagan el acto de contrición.

Y nos dio la absolución.

Pero los milicianos del Comité de Godella vinieron corriendo a la casa noviciado San José y llegaron justo para impedir que nos fusilasen”.

Luego de unos días de constantes vejaciones, en que incluso llegaron a simular en repetidas ocasiones el fusilamiento de algunos religiosos, éstos fueron expulsados de la casa noviciado. El P. Laureano M^a de Burriana llegó a decirles:

- “Denos un documento de apropiación de la casa”.

El jefe arrancó una hoja de papel de un block y redactó el recibo de la casa. Pero volviendo el jefe sobre sus pasos le arrebató la hoja diciendo:

- Sigán. Al que mire hacia atrás le dais un tiro.

El P. Laureano, junto con el P. Valentín y otros religiosos, se trasladaron a Torrent (Valencia) alojándose en casa de doña Trinidad Moreno, no sin antes pasar por el ayuntamiento y poner en conocimiento de las autoridades civiles el lugar de su refugio.

“En los cincuenta días, poco más o menos, que tuve en casa al padre Laureano –escribe doña

Trinidad- no mostró disgusto de ningún estilo, ni menos ofender de palabra a nadie. Antes al contrario, era tal la alegría que el padre Laureano respiraba que, al verle así le decían:

- “Padre, de usted no se acuerdan los rojos”.

Y él contestaba:

- “Descuida, que no es llegada la hora, y estoy preparándome leyendo el Libro de Job”.

La víspera de ser apresado -13 de septiembre de 1936- se pasó toda la tarde sin hablar palabra como con cierto presentimiento de lo que iba a pasar horas después. Al día siguiente, a las mismas horas, ya estaba en poder de la fiera roja”.

Momentos antes de su detención “se entrevistó con su hermano, que estaba con él, y, previniendo la proximidad del martirio ambos hermanos -Laureano y Benito- se confesaron y se dieron el abrazo de despedida”.

Al día siguiente, 15 de septiembre, en la cárcel torrentina denominada La Torre, aún cantó con los otros hermanos los dolores de la Virgen, según es tradicional en la Congregación. Desde la plaza se les oía cantar perfectamente. Y en la noche del 15 al 16 de septiembre, según testimonio de los choferes que les condujeron al lugar del martirio, el P. Laureano M^a de Burriana, su hermano carnal y de hábito fray Benito M^a de Burriana, y fray

Bernardino M^a de Andújar, fueron bajados de la cárcel, no iban atados, y conducidos por la carretera que conduce a Monserrat, a la altura de la Puchá d'Alt, tomaron la de Godelleta, y luego hacia Turís, y fueron fusilados junto a la misma en la pinada de la masía de Calabarra.

Los cadáveres fueron trasladados al cementerio de Monserrat donde fueron inhumados, en fosa común, hasta su traslado a la cripta de la iglesia arciprestal de Torrent, Valencia, los días 4 y 5 de noviembre de 1939.

Semblanza

El P. Laureano, físicamente, era de mediana estatura, calvo desde temprana edad y llevaba poca barba y rala. Picado de viruela. Su bondad superaba todo. Recuerdo, dice un religioso súbdito suyo, el cariño que ponía el P. Laureano en la celebración de la fiesta de Navidad con los *beles*. ¡Cómo animaba y obsequiaba en lo posible a los chicos!

Su carácter apacible hacía todavía más normal la cosa. El P. Laureano sufría achaques de estómago con dolores terribles. Pasaba de ven en cuando temporadas muy malas. Era bueno y tenía buen carácter y, además, era muy caritativo. Personalmente el P. Laureano, por lo demás,

era ameno en su conversación, se expresaba bien, y en sus relaciones era amable. Escribía bien y con buena caligrafía, cosa entonces muy estimada. Era quizás más un hombre de seguida, que de empeño.

Otro religioso asegura que era muy alegre y su presencia amable animaba la vida de la comunidad.

Doña Trinidad Navarro, quien lo acogió en su casa durante los dos meses que precedieron al martirio, escribió que “la caridad era la divisa del padre Laureano, y bien se lo ha pagado Nuestro Señor al darle la corona del martirio”. Y así fue, pues un seminarista discípulo suyo hace de él esta semblanza: “El padre Laureano de Burriana era bajo de estatura. De carácter complaciente y afable. Jamás le vi airado o irritado. Muy caritativo. Se preocupaba mucho de los enfermos y demás necesidades de los miembros de la comunidad”.

Y, efectivamente, la caridad hacia los más pobres, enfermos y necesitados fue el móvil de su ministerio pastoral. Baste a confirmarlo la anécdota que de él se cuenta. Al ser disuelta en España la Compañía de Jesús, durante la segunda república, el padre Laureano se dirigió a la casa profesa de los Padre Jesuitas de Valencia y le dijo al rector:

- “Padre, vengo a llevarme a uno de los religiosos ancianos de la comunidad. Nosotros cuidaremos de él”.

Y así lo hizo con el P. Falomir, S.I.

Asimismo el Siervo de Dios prestó cuidados amorosos a su Venerable Padre Fundador durante la larga enfermedad de que se vio aquejado en 1926, así como también al entonces superior general, padre Francisco Javier M^a de Valencia, quien fallecería en el desempeño de su cargo en 1927. Y también consiguió que sus últimos días los pasase en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), donde personalmente se desvivió por atenderlo a toda hora y procuró que fuese asistido como padre queridísimo, administrándole cuidados cuasi maternos.

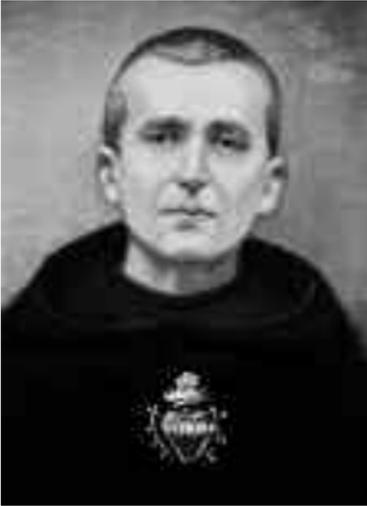
Precisamente en la declaración que el P. Fernando M^a de Benaguacil, ya en su ancianidad, hace referente a los días en que el Siervo de Dios lo recibe como seminarista seráfico, declara: “El padre Laureano M^a de Burriana fue como mi padre y en él vi una solicitud casi maternal hacia todos los que tenía bajo su cuidado”.

El padre Laureano, según el sentir de sus mejores biógrafos, fue un religioso ejemplar y prudente, que, desde los diversos puestos de responsabilidad que ocupó a lo largo de su vida reli-

giosa, contribuyó poderosamente al afianzamiento de la Congregación. Preocupado por la expansión del Instituto, fomentó con acierto el movimiento de vocaciones que tantos religiosos atrajo a la Congregación. Fue notable la delicadeza y pulcritud del padre Laureano en el desempeño de su cargo de administrador.

Como religioso se distinguió por la fiel observancia de las reglas y constituciones, las que guardó, con las distribuciones horarias de la vida en comunidad, incluso durante los días de la persecución precursores de su gloriosa muerte. Espíritu muy franciscano, fue especialmente devoto del Seráfico Padre y de la Santísima Virgen, bajo la advocación de sus Dolores. Sufrió con inalterable paciencia y serenidad de ánimo, durante los últimos años de su vida, las molestias que le ocasionaba su dolencia crónica de estómago, a la que se sobreponía animosamente.

Por más que lo intentó no pudo dominar el miedo a hablar en público y predicar. Suplía con sus buenas palabras, y el testimonio de su caridad, su solicitud para con todos.



8. FRAY BENITO MARÍA DE BURRIANA (1872-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Fray Benito M^a de Burriana, en el siglo José Manuel Ferrer Jordá, nace en Burriana (Castellón de la Plana) España, el 26 de noviembre de 1872. Son sus padres Manuel y Vicenta, quienes enseguida presentan a su hijo a la iglesia para que reciba el sacramento del bautismo.

Contaba pocos años de edad cuando la tragedia visita su vida. Su madre, joven aún, marcha

inesperadamente al encuentro del Señor. Su padre contrae nuevas nupcias y, de este nuevo matrimonio, nacería su hermano Salvador, conocido en la congregación de terciarios capuchinos como el Siervo de Dios P. Laureano M^a de Burriana, con quien recibirá la palma del martirio.

En su pueblo natal aprende las primeras letras, participa en asociaciones parroquiales y pocas cosas más. A principios de 1890, siendo llamado por el Señor a la vida religiosa, se encamina al convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, Valencia, del que había oído hablar a un paisano suyo que le precedió en el seguimiento de la vocación amigoniana.

José Manuel Ferrer Jordá ingresa en el noviciado el 21 de junio de 1890 y cambia su nombre de pila por el de Fray Benito M^a de Burriana con el que se le reconocerá en lo sucesivo en religión.

Finalizados los dos años de noviciado, siguiendo la normativa de entonces, Fray Benito M^a de Burriana el 27 de mayo de 1892 hace su profesión religiosa por tres años, la que renovará en el mismo convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent por otros tres años el 3 de mayo de 1895. Durante este tiempo de su vida religiosa se dedica preferentemente al ejercicio de la limosna.

Trasladado por la obediencia a la fraternidad de Santa Rita, en Carabanchel Bajo (Madrid), allí transcurrirá dos años largos iniciándose en el ministerio propio del terciario capuchino, cual es la reforma de la juventud extraviada. En dicha Escuela de Reforma profesará perpetuamente el día 5 de junio de 1898.

Luego de emitir sus votos perpetuos sigue asimismo en la Escuela de Reforma de Santa Rita hasta que, el 14 de febrero de 1909, pasa a formar parte de la Colonia de San Hermenegildo, en Dos Hermanas (Sevilla). En ambas escuelas de reforma, y por espacio de casi veinte años, desarrollo su ministerio con los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien, según el pensamiento de su Venerable Padre Fundador. Todavía la obediencia le llevará, de 1927 hasta 1932, a desarrollar su actividad con chicos jóvenes en el centro que la congregación regentó en la ciudad de Zaragoza.

De 1915 a 1926 forma parte sucesivamente de las fraternidades de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), y del colegio Fundación Caldeiro, de Madrid, en cuya fraternidad le cogerá la guerra el 18 de julio de 1936.

Fray Benito M^a de Burriana, expulsado de la casa Fundación Caldeiro de Madrid, que inme-

diatamente fue convertida en checa, busca amparo entre los familiares de su pueblo natal. Pero con amargura hubo de experimentar en propia carne la cruda realidad que esconde la frase evangélica: *Vino a los suyos y los suyos no le recibieron*. Pues éstos, temiendo represalias, le aconsejan amablemente que busque refugio en otra parte. Se dirige a Torrent, Valencia, en busca de su hermano el padre Laureano M^a de Burriana a quien encuentra, el 14 de agosto del mismo año, refugiado en casa de doña Trinidad Navarro.

A partir de la fecha, juntamente con su doblemente hermano, por lazos de sangre y de religión, sufrirá las dificultades del refugio, la detención, el encarcelamiento, la vida en la prisión y el martirio. Y también en la misma fosa común reposarán los restos mortales de ambos hermanos hasta su exhumación a primeros de noviembre de 1939.

Semblanza

Sus biógrafos nos presentan al Siervo de Dios Fray Benito M^a de Burriana como un religioso bondadoso, sencillo, humilde, fiel cumplidor de sus obligaciones y amante del trabajo pero, por encima de todo, un hombre sumamente silencioso y de gran espíritu de oración.

Un hermano suyo de religión y de fraternidad se pregunta: “¿Qué puedo escribir yo de este hermano, que no sea hablar de su bondad, sencillez, disposición al servicio a favor de sus hermanos, alumnos y familiares?” Y dice que se considera dichoso de haberlo conocido y de que el Señor lo pusiera en su camino, pues era uno de esos religiosos que transmiten bondad, que hacen fraternidad, de amplia sonrisa y disposición a los trabajos humildes.

Y dice que disponer todo lo necesario de la cocina, comedor, ropería, portería y atender a quien necesitara de su persona, y estar todo atendido y bien atendido, y hacerlo todo sin darle ninguna importancia, era la obra del bueno de fray Benito.

Religioso fervoroso, hombre de fe y de oración, no necesitaba de nadie para acudir el primero a la cita de la oración y demás actos de comunidad. Fiel a su vocación, era exigente consigo mismo, austero, pero generoso con la comunidad y los alumnos. Hombre siempre ocupado, y en los ratos libres su visita al Señor, a quien siempre servía a través del prójimo.

Testigos oculares afirman que, durante los días que permaneció oculto, precedentes a su martirio, era punto menos que imposible trabar conversación con fray Benito, pues estaba completamente dedicado a fervorosa oración, asegu-

rando además que el día en que fue apresado había rezado diecinueve veces el Santo Rosario.

Doña Trinidad Navarro, en cuya casa el Siervo de Dios halló piadoso refugio, escribe: “De fray Benito M^a de Burriana le diré que vino a casa el 14 de agosto de 1936, y salió para la cárcel el siguiente 14 de septiembre. Este santo varón, en todo el tiempo, no hablaría ni una docena de palabras. Su conversación era con la Reina de los Cielos. El día 12 de septiembre, festividad del Dulce Nombre de María, rezó diecinueve partes del rosario. Yo le decía:

- *¿Y no le duele la boca de tanto rezar?*

Y él me contestaba:

- *Hay que obligar a la Santísima Virgen María, pues en esta octava habrá grandes cosas.*

Y no se equivocaba, pues en la octava de su natividad, la Santísima Virgen se lo llevó al cielo a gozar de su compañía”.

Y continúa doña Trinidad: “Tengo un santo orgullo de haber constituido en esta casa el asilo de aquellos santos religiosos que, sin duda, no nos olvidarán ante el Señor”.

Por lo demás en el apostolado de la misión específica -y lo ejercitó por más de veinte años- se manifestó siempre como zagal del Buen Pastor,

sencillo y bondadoso, que conseguía más cambios de sus muchachos por el testimonio de su persona que por los conocimientos y enseñanzas que les proporcionaba. Fue un religioso sencillo, austero, de palabra breve, y muy devoto de la Eucaristía y de la Virgen de los Dolores.



9. FRAY BERNARDINO MARÍA DE ANDÚJAR (1879-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Fray Bernardino, en el siglo Pablo Julián Martínez Robles, vino al mundo a orillas del Guadalquivir, en la ciudad de Andújar -provincia de Jaén-, el 28 de enero de 1879. Sus cristianos padres, que lo fueron Bernardino Martínez Bermejo y María Dolores Robles Pontiveros, ambos asimismo oriundos de Andújar, el día 31 del mismo mes y año presentan a su hijo Pablo en la parroquia de Santa María para reci-

bir las aguas bautismales. El presbítero don Manuel Calvo le administra el santo bautismo.

Sus padres, gentes de escasos recursos económicos, no pudieron ofrecer a Pablo Julián la esmerada educación que hubieran deseado para su hijo. Por lo que bien pronto tiene que abandonar la escuela local para ayudar a sus padres, dedicándose al oficio de talabartero que alterna con los trabajos agrícolas. Posteriormente pasa a prestar sus servicios en un cortijo de la comarca hasta que, trasladado a la ciudad de Córdoba, conoce y entabla amistad con el hermano administrador de los Ermitaños de Sierra Morena, quien le invita a probar de cerca su género de vida.

Con los Ermitaños de Sierra Morena inicia el noviciado, que no concluye, pues viendo que aquella no era su vocación, se traslada al Real Monasterio de Yuste, Cáceres, regentado a la sazón los religiosos terciarios capuchinos.

A finales de octubre de 1906 llega Pablo Julián al Real Monasterio de Yuste para iniciar el período de postulante y el 15 de abril del siguiente año 1907 toma el hábito religioso a la vez que trueca su nombre civil por el de Fray Bernardino M^a de Andújar con el que se le conocerá en religión. Finalizados los dos años de noviciado para hermano coadjutor, el 15 de abril de 1909 emite sus votos religiosos en Yuste. Todavía

permanecerá dos años más de fraternidad en el Real Monasterio.

De 1911 a 1914, año éste en que pasará a formar parte de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, ejercita su ministerio en el colegio Fundación Caldeiro, también de la capital de España.

El 15 de abril de 1915 profesa perpetuamente en la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores.

Los casi veinte años siguientes (1914-1933) Fray Bernardino M^a de Andújar los pasa en las fraternidades de la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid, Colonia de San Hermenegildo, Dos Hermanas –Sevilla- y Escuela de Reforma de Zaragoza, colaborando fielmente en los quehaceres de la cocina, el campo y la enfermería.

En junio de 1933 pasa a formar parte de la fraternidad del Convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), donde desempeña su actividad como sacristán de la iglesia del convento. Y, posiblemente en 1936, pasa a formar parte de la fraternidad de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), donde le sorprende la guerra civil.

El martes 22 de julio de 1936 es tomada por los milicianos la casa noviciado de San Jose, de

Godella, y el 25 de julio, viernes, con los Siervos de Dios padres Valentín M^a de Torrent y Laureano M^a de Burriana, y luego de penosas peripecias, es conducido en coche por los milicianos a Torrent, donde encuentra piadosa acogida en la casa paterna del padre Valentín.

El 13 de agosto de 1936 es detenido y llevado a la cárcel del pueblo. Su vida en la cárcel de La Torre, así como su martirio en la Masía de Calabarra, de Turís, y la posterior sepultura de sus restos mortales en el cementerio de Montserrat (Valencia) son comunes con los dos siervos de Dios inmediatamente precedentes.

Semblanza

Los historiadores de la congregación de terciarios capuchinos describen a Fray Bernardino M^a de Andújar como religioso sencillo, obediente, fiel y puntual en el cumplimiento de sus obligaciones, y muy exacto en la guarda de la santa pobreza. Asimismo, dicen, destaca por su intensa vida de oración, cultivada con esmero desde sus años juveniles, y manifiesta especial devoción a la Eucaristía, a la Virgen de los Dolores y al Patriarca San Francisco.

En sus primeros años, y mientras prestaba sus servicios en un cortijo, por la vida alegre y

bullanguera de las gañanías, no se avenía con su carácter tranquilo y reposado y su inclinación a los ejercicios piadosos, lo que a las claras da a entender un espíritu proclive al silencio, al trabajo reposado y a la oración.

Por esto mismo ingresa en los Ermitaños de Córdoba. Pero pronto se da cuenta, a pesar de su buena voluntad, de que aquella vida austera, aquella soledad, aquel silencio casi perpetuo, no rimaban con su temperamento que, si bien era tranquilo y apacible, sin embargo era asimismo propenso a la sociabilidad con sus semejantes.

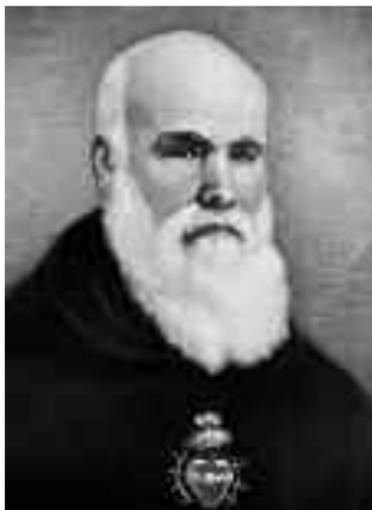
El Siervo de Dios fue un religioso obediente, sumiso, observante, puntual, amante de la santa pobreza. Muy fervoroso, destacaba en él su devoción a la Eucaristía, así como la ternura filial con que invocaba a la Virgen Santísima y al Padre San Francisco. De aquí que el ministerio más grato para él fuera el de sacristán. Adornaba el altar del Santísimo Sacramento, en el que colocaba flores naturales o, en su defecto, artificiales conforme su usaba entonces. E igual obsequio tributaba a la imagen de la Virgen Santísima de Los Dolores.

Fray Bernardino M^a de Andújar era bajito, llonito de carnes, de carácter apacible y acogedor, de temperamento sanguíneo, y con su gracejo andaluz, no exento de la natural gracia de las gentes

de sur, era la imagen del franciscano más orondo que donde quiera estaba era portador de paz y bien y hacía fácil la convivencia y fraternidad conventuales.

Dedicado por largos años a las labores de la cocina, de la enfermería y del campo, pertenece a ese grupo de primeros hermanos terciarios capuchinos que se distinguieron por su amor al trabajo, por su sencillez y humildad y por su talante franciscano bondadoso. Personalmente era de carácter tranquilo y muy habilidoso para atender o cumplir con los servicios domésticos.

El Siervo de Dios, según un su hermano en religión, era observante, puntual, piadoso y devoto.



10. FRAY GABRIEL MARÍA DE BENIFAYÓ (1858-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Fray Gabriel M^a de Benifayó, en el siglo José María Sanchis Mompó, nació el 8 de octubre de 1866 en Banifayó (Valencia) España -según el Padrón Municipal de Yuste de 1901-, si bien los historiadores suelen hacer constar que la fecha no es del todo segura, por cuanto hasta el presente no se ha podido localizar el acta de bautismo, ni la de nacimiento, dado que los archivos fueron destruidos durante la

guerra de 1936. Sus padres fueron Gabriel San-
chis y Vicenta Mompó.

De los años de la juventud escasas noticias
tenemos del Siervo de Dios, salvo que en su pue-
blo natal estudió las primeras letras y aprendió
el oficio de carpintero en el que se ejercitó hasta
los casi treinta años en que se decide a ingresar
en religión.

José María es uno de los primeros jóvenes que
ingresa en la Congregación de Religiosos Tercia-
rios Capuchinos fundada por el Venerable Luis
Amigó el 14 de abril de 1889, pues el 21 de junio
del mismo año 1889 toma el hábito religioso en la
cartuja del Puig (Valencia), recibiendo en religión
el nombre de Fray Gabriel M^a de Benifayó.

Al año siguiente, el 24 de junio de 1890, hace
su primera profesión religiosa en manos del
Padre Fundador en el convento de Nuestra Seño-
ra de Monte Sión de Torrent (Valencia). Y antes
de concluir el año, el 24 de octubre de 1890, pasa
a formar parte de la primitiva fraternidad de la
Escuela de Reforma de Santa Rita, en Caraban-
chel Bajo -Madrid-. Es uno del grupo de herma-
nos elegido para abrir la congregación a la
misión y apostolado específicos.

A los dos años vuelve de nuevo a formar parte
de la fraternidad del convento de Nuestra Señora

de Monte Si3n de Torrent, donde hace la profesi3n perpetua el 15 de agosto de 1896, junto a sus compa1eros de primera profesi3n.

Su vida discurre sucesivamente en las fraternidades de la Escuela de Reforma de Santa Rita -Madrid- Monasterio de Yuste, Colegio Fundaci3n Caldeiro -tambi3n en Madrid- convento de Monte Si3n -Torrent, Valencia-, Dos Hermanas -Sevilla-, Teruel, Godella -Valencia- y Zaragoza. En una palabra, llamado a servir al Se1or desde la primera hora de la Congregaci3n de Terciarios Capuchinos, en su dilatada vida recorri3 la mayor parte de las casas de la misma simultaneando generalmente su ministerio de administrador con el oficio de carpintero.

Fray Gabriel particip3 asimismo en el primer capitulo provincial de la Congregaci3n y m1s tarde -en 1902 y en 1914- en el primer y tercer capitulos generales.

Los ulti3mos trece a1os de su existencia los pasa en la casa noviciado de San Jos3, de Godella (Valencia), donde puso de manifiesto su habilidad como ayudante de administraci3n y su destreza en el trato de la madera. Siguiendo el modelo del Ser1fico Padre San Francisco, sentia una especial devoci3n por sus hermanos religiosos y, particularmente, por los sacerdotes, en quienes veia la persona misma de Jesucristo.

Al iniciarse la Persecución religiosa Fray Gabriel M^a de Benifayó, expulsado de la casa noviciado de San José, de Godella, el 25 de julio de 1936, marcha a su pueblo natal y es acogido benévolamente en la casa de su sobrina Florencia Sanchis.

Martirio

Cuando estalló la revolución Fray Gabriel M^a de Benifayó estaba de fraternidad en Godella. El día 25 de julio los religiosos del noviciado de San José fueron abandonando paulatinamente la casa en busca de lugar más seguro. Cada cual se dirigió a su pueblo natal. A Fray Gabriel lo llevaron en un camión a Benifayó de Espioca y se alojó en la casa de su sobrina Florencia Sanchis, en la plaza de la Estación, 11.

Al hermano Gabriel, que solía venir al pueblo a pasar entre sus sobrinas algunos días, se le veía ante el sagrario orando. Durante los días de la revolución ya no pudo ser por cuanto “el día 21 de julio de 1936 incendiaron la iglesia parroquial, quedando todas las imágenes destruidas. Las imágenes de piedra de la fachada fueron picadas sus cabezas con un martillo. Y el día 2 de agosto fueron por el Santo Sepulcro y lo llevaron delante de la cruz de la fuente, que habían quita-

do unos días antes, y lo quemaron. La Iglesia la dedicaron a casino con bar café. Cogieron los ornamentos y los ponían como arreos de los animales”.

Durante las tres semanas que siguieron al Alzamiento Nacional del 18 de julio de 1936 permitieron a los sacerdotes y religiosos hijos del pueblo que viniesen a refugiarse en él. Y el 14 de agosto siguiente fueron apresando uno por uno a los seis sacerdotes hijos del pueblo y al hermano Fray Gabriel de los domicilios en que se hallaban refugiados y les llevaron en un primer momento, sobre las once, a la Casa del Ayuntamiento. Y el 15 por la mañana los trasladaron al Colegio de las Religiosas de Cristo Rey, que estaba convertido en cárcel. En la sala de visita tenían a los seis sacerdotes y al Hermano Gabriel detenidos y custodiados por guardias. Y allí les llevaron las camas para descansar y la comida del mediodía y de la noche.

Si santas eran las conversaciones en sus casas, continuaron siéndolo en el colegio entre estos siervos de Dios que pasaron por el mundo haciendo el bien. “Permanecieron en dicha prisión dos días y haciendo allí una vida profundamente religiosa”.

“En la madrugada del 16 de agosto, sobre las dos de la mañana, otros dicen sobre las tres, -ase-

gura un testigo de los hechos- llegaron tres coches y, haciéndoles subir, se los llevaron a la *Partida de La Coma*, que se encuentra situada junto a la *Masía de Espioca*, dentro del término de Picassent. Allí les hicieron bajar del coche y, atados, les pusieron en fila para asesinarlos”.

“El primero en subir al coche fue el párroco, el cual, desde arriba y con el rosario en la mano, los animaba diciéndoles: *¡Ánimo, que nos queda un peldaño para llegar a Dios!* Y comenzó las Letanías de Todos los Santos. Recitaba también el acto de consagración al Sagrada Corazón”.

Momentos antes de la ejecución el señor Cura Párroco de Benifayó les dijo a los del Comité, que eran los que iban a matarlos: *Matadme a mí, pero dejad a los otros seis*. A lo que ellos contestaron: *Vamos a matarlos a todos*. Les bendijo y les dio la absolución y, mientras gritaban. *¡Viva Cristo Rey!*, les dispararon. Quedó mal herido el señor cura y un jovenzuelo, con una piedra, le dio en la cabeza dejándole muerto. Los demás, incluido el Siervo de Dios Fray Gabriel, murieron allí mismo.

Doña Clotilde Martínez Rovira, hija del pueblo y testigo del proceso, confirma plenamente el hecho en todos sus términos, pues dice: “Me consta, por lo que refirieron aquellos del Comité que les habían dado muerte que, tanto el Siervo de

Dios Fray Gabriel, como los otros seis sacerdotes se prepararon al martirio, recibieron la absolución del señor párroco y murieron gritando fervorosos: ¡Viva Cristo Rey!”

-¡Si todos fueran como el fraile! ¡Qué valiente ha sido!, decían los asesinos al volver al pueblo.

Apenas regresaron los coches al pueblo y se conoció lo sucedido, el sacristán Vicente Rovira Duarte, un sobrino del Siervo de Dios que estaba esperando la vuelta de los coches, y varios familiares de los ajusticiados fueron a darles sepultura. Cuatro de los sacerdotes fueron depositados en cajas, y a don Eliodoro, don Francisco y Fray Gabriel los dejaron sin cajas, pues el comité ordenó que fueran enterrados prontamente. Fueron sepultados en el cementerio de Picassent, donde permanecieron los restos mortales hasta el día 27 de marzo de 1940 en que son trasladados solemnemente al cementerio de su pueblo natal Banifayó.

Semblanza

Fray Gabriel M^a de Benifayó, junto con su formación religiosa aprendió a amar filial y generosamente a la Congregación y su apostolado a favor de los jóvenes corrigendos. Vivió la vida

religiosa en agradable y fraterna comunidad franciscana de alegría, de pobreza y de trabajo.

El Siervo de Dios fray Gabriel -estando al decir de sus mejores conocedores- era muy afable, bondadoso y servicial. Asimismo se manifestaba muy piadoso. Era la imagen del hermano franciscano más popular. Era el religioso humilde, alegre, amable y trabajador, que creaba fraternidad; varón de silenciosa dulzura, que es don de Dios en la medida que trabajó y se abrió a la gracia que anidó en él.

Era poco agraciado físicamente. Barba abundante. Era el hombre más sencillo del mundo, trabajador incansable. Enamorado de la congregación, y zagal del Buen Pastor, se preocupó por la recuperación de los niños, de forma efectiva cuando lo destinaron a esta misión, y siempre por medio de la oración a que él era habitual. Siempre con los pies en el suelo y el corazón en el cielo, fue un amante de la Eucaristía, de la Virgen de los Dolores y del Patriarca San José.

“Fray Gabriel M^a de Benifayó -así nos lo retrata un alumno suyo- era de complexión fuerte; estatura mediana, grueso y sanguíneo; su mirar, defectuoso, si bien esto mismo le daba a su expresión cierto aire de gracia. Su carácter era enérgico, pero sabía cuando era conveniente oponer a la firmeza la suavidad, de suerte que, quien

no le conocía a fondo, a primera vista le hubiera calificado de bonachón. La nota característica era el cariño, el amor que sentía hacia los niños”.

En la casa madre de Godella era el ayudante de administración. Cuando llegaban las Navidades, y acompañado de uno de los seminaristas seráficos, acudía a Valencia. Se proveía de unas garrafitas de anís y otras dos de coñac. Con una botella de cada una de ellas era capaz de repartir a los ciento treinta de la casa y dejarlos contentos. Dejaba caer unas gotitas de más de licor y decía: *¡Che, ya se m'á escapat!* Y con el turrón: *¡Che quin trós!* ¡Dabo gozo verlo repartir y cómo él disfrutaba!

Era un magnífico maestro carpintero. Dedicaba varias horas al día a la construcción de retablos para los altares laterales de la iglesia nueva. Una vez contruidos se colocaban en el altar correspondiente y, cuando llegaba algún alma buena y generosa, que sufragaba el dorado, entonces se doraba. No faltaron personas devotas que hicieron el regalo del altar entero. La iglesia tenía entonces el altar mayor y doce laterales.

Según un su biógrafo, Fray Gabriel “sentía veneración por sus hermanos en religión, particularmente por los sacerdotes, en quienes -con espíritu franciscano- consideraba la persona de Jesucristo. En cierta ocasión en que partían algu-

nos religiosos para América, arrodillado a sus pies, les besó humildemente sus manos”.

De carácter alegre era, no obstante, muy exacto en el cumplimiento de su deber, que exigía severamente a los demás. Dotado de buenas dotes de pedagogo natural, con las características que le eran propias, fue muy estimado de sus alumnos que, por lo demás, estimaban su proverbial rectitud.

Fray Gabriel M^a de Benifayó, mensajero del evangelio de la paz y testigo de la resurrección de Cristo, en sus últimos momentos no opuso resistencia y aceptó gozoso la gracia del martirio.



11. FRAY JOSÉ LLOSÁ BALAGUER (1901-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Fray José Llosá Balaguer -a quien frecuentemente se le suele llamar padre, si bien sólo recibió el sagrado orden del diaconado- nació el 23 de agosto de 1901 en Benaguasil (Valencia) España. Fueron sus padres Antonio Llosá Castillo y Francisca Balaguer Aparisi.

Aprende las primeras letras en su pueblo natal de Benaguasil y, al cumplir los doce años, ingresa en la escuela apostólica que los terciarios

capuchinos tenían en el convento alcantarino de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia). En ella cursa con éxito cuatro cursos de latín y humanidades, al final de los cuales es admitido a su ingreso al noviciado.

El 15 de octubre de 1917 toma el hábito religioso en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), y dos años más tarde emite sus primeros votos religiosos. Los años de 1919 a 1923 realiza los estudios filosóficos, los dos primeros años en la casa noviciado de Godella (Valencia) y los dos últimos en el colegio San Nicolás de Bari, de Teruel. En fecha 15 de julio de 1923 pasa a formar parte de la fraternidad de la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, donde inicia sus estudios teológicos. En dicha casa, el 15 de septiembre de 1925, emite sus votos perpetuos.

El curso 1926-1927 lo encontramos en la Colonia San Hermenegildo de Dos Hermanas, Sevilla, donde prosigue su ministerio apostólico en la reforma de la juventud extraviada. En este período en la ciudad del Betis presta el servicio militar.

Durante el año académico de 1927-1928 cursa su cuarto año de teología en el Reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid. A principios de 1928 recibe el diaconado y, el 16 de septiembre del mismo año era el día fijado para recibir el sacer-

docio de manos del Padre Fundador, Venerable Padre Luis Amigó. Pero el Siervo de Dios, Fray José Llosá Balaguer, “al no creerse digno para el sacerdocio, cuando ya estaba preparado todo, incluido él en la lista, se negó a ser ordenado”.

“Era su madre -afirma el cuñado- quien quería que su hijo fuera sacerdote. Ella era una persona piadosa y muy devota y deseaba, más bien quería, que uno de sus hijos fuera sacerdote. Pero el padre José no quería serlo, como lo demostró claramente en varias ocasiones”.

Los años que van de 1927 a 1936 el Siervo de Dios está de fraternidad en la Casa Fundación Caldeiro primero, y en el Reformatorio del Príncipe de Asturias después, desde el verano de 1935, ambos centros en Madrid. En este último reside Fray José Llosá cuando es detenido con toda la fraternidad, al comienzo de la guerra española, y conducido a la Dirección General de Seguridad. Pero, merced a los buenos servicios de D. Luis San Martín, consigue ser liberado, recibir el correspondiente pasaporte y trasladarse luego a su pueblo natal de Benaguasil, Valencia.

Martirio

Provisto del correspondiente salvoconducto Fray José Llosá, luego de diversas peripecias,

consigue llegar Meliana (Valencia) con la idea de alojarse en casa de su alumno Vicente Bayarri Ferrando, en calle San Juan 25, pero, dado que en frente estaba el comité local de la villa, decide trasladarse a su pueblo natal donde se refugia en una aceña o molino familiar -El Molino Mojón” de Puebla de Vallbona- regentado por sus hermanos. En él ejerce de contable. Hasta que, ante la inminente persecución de algunos del pueblo que no querían dejar en el mismo *llavors* (simiente) de curas, frailes y monjas hijos del pueblo, en busca de cobijo más seguro se traslada a Valencia. Se refugia en una casita del barrio Velluters, situada muy cerca de las Torres de Quart.

Al anochecer abría la ventana de su alcoba, bien para que se ventilase bien para recibir algo de aire fresco. La noche del 1 de octubre, cuando esto hacía, casualmente acertó a pasar por allí uno del pueblo de Benaguasil, un tal Pitarch, quien fue luego a denunciarlo al comité local.

Enseguida fue detenido y llevado al Gobierno Civil. Hacia la una de la madrugada, luego de prestar declaración ante el Comisario y Miembros del Comité de Salud Pública, en compañía de José Contreras fue conducido al calabozo ocupado por Victoriano Pineda y Luis Payá.

A continuación seguimos literalmente los hechos en el relato que escribió este último, en

religión P. Luis de Orihuela, sacerdote capuchino, quien salvó su vida. Lo hace con estas palabras:

A su ingreso en el calabozo José Contreras sufrió un ataque de nervios tal que parecía poner en peligro su vida. Con un botijo le suministramos un poco de agua y le refrescamos la frente. Luego le cedimos todo el banco para que se tendiera en él, hasta que se le pasara el malestar.

Se maravillaba José Llosá de ver la tranquilidad que teníamos Victoriano Pineda y Luis Payá, pues él tenía la persuasión de que lo iban a fusilar aquella misma madrugada. Fray José Llosá preguntó a Luis Payá si era sacerdote y, al responderle afirmativamente, le dijo:

- “¿Quiere usted hacer el favor de confesarme?”

Y, sentados ambos a los pies de Contreras, en el rincón, se confesó Llosá y quedó tranquilo como estaban los otros compañeros. Cuando ya fue amaneciendo, y la luz del día iluminaba el calabozo, dijo Llosá:

- “Ya no nos fusilan esta mañana”.

De Gobierno Civil dichos cuatro presos, y otros varios más, fueron trasladados a la cárcel celular de Valencia. Allí tenían una hora de recreo por la mañana y otra por la tarde, permaneciendo las horas restantes en las celdas ence-

rrados. Como es natural, los cuatro que habían permanecido juntos en el calabozo se reunían al salir y pasaban la hora de recreo juntos.

Era el cuarto día de cárcel y, al salir a recreo por la tarde, echamos de menos a Llosá. Estábamos los tres compañeros pensando en él y hablando de él, cuando salió al patio con una cara tristísima y blanco como la leche. No se dirigió a nosotros, sino que se fue a un extremo del patio, y permaneció allí él solo. Los otros compañeros, que habían notado su predilección hacia mí, me dijeron: “Vaya usted, señor Payá, a ver qué le pasa a Llosá”; y sin pérdida de tiempo me fui a unir con él. Pero ¿qué es esto? ¿Qué te pasa?, le dije. ¡Ay, don Luis!... ¡Me va a fusilar mañana!, me contestó...”

- “No sucederá así, ya lo verá”.

- “Sé cierto, certísimo, que mañana me fusilarán”.

- “Pero, hombre, ¿es que has tenido una revelación? ¿qué ha pasado? ¿cómo se ha enterado de que lo van a fusilar mañana?”

- “Mire, don Luis, el comité de mi pueblo persigue a muerte a todos los sacerdotes y religiosos del mismo. No sé cómo se han enterado que yo me hallaba aquí preso. Han venido a cerciorarse de si era verdad y, al verme aquí, han quedado en ir a comunicarlo al comité y volver mañana por mí...”

- “No perdamos tiempo, D. Luis, y confiésemme otra vez...”

En esto el cornetín de órdenes dio la señal de fin de recreo y, mientras íbamos a ocupar nuestros sitios, nos dimos buenos apretones de manos y nos despedimos.

Al día siguiente Llosá no salió al recreo, y no lo vimos más. Los amigos me preguntaron por él y yo les referí cuanto me dijo. Poco tiempo después ingresó en la cárcel un vecino de Benaguacil; le pregunté por Llosá; me contestó que los milicianos lo asesinaron en un lugar próximo al cementerio de Benaguacil. R.I.P.”

El Siervo de Dios, Fray José Llosá, fue fusilado entre Benisanó y la Pobla de Vallbona, en cuyo cementerio iba a ser enterrado. Cuando lo estaban bajando ya a la fosa común con otros compañeros mártires se presentó su cuñado Vicente Balaguer Ibáñez, quien consiguió que lo sacasen, lo colocó dentro de un ataúd que llevaba, y allí fue enterrado.

Semblanza

El pueblo valenciano de Benaguasil siempre se ha manifestado como un pueblo levítico y gran amante del arte musical. Por otra parte la madre del Siervo de Dios siempre deseó la gracia de

contar con un hijo sacerdote en la familia. Esto hizo que doña Francisca -madre del biografiado- diese una esmerada educación cultural, religioso y moral a su hijo José con la clara intención de que siguiese la vocación religiosa de tantos otros hijos del pueblo ingresando en el convento amigoniano de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia).

Así pues, apenas el joven cumplió los doce años, la madre lo presenta al convento. En él se perfecciona José en latín, humanidades y demás disciplinas religiosas, durante casi cuatro años como preparación a su ingreso al noviciado, que hará en Godella (Valencia).

Ya en esta etapa de su vida Fray José manifiesta un temperamento fogoso, con una especial vocación para la música y el canto, que ejercitará durante toda su vida. No obstante presentaba ya indicios de ser un espíritu un tanto tímido y pusilánime, lo que tal vez le llevó hasta las puertas del sacerdocio.

Más adelante, en su correspondencia con sus padres, su hermana Rosita y su cuñada, se muestra como un espíritu sensible, muy amante de la familia, y sumamente cordial. Sus biógrafos nos aseguran que el Siervo de Dios se distinguió por su constante entrega a los jóvenes que el Señor le había confiado a su cuidado pastoral y misión

apostólica. Bien dotado por naturaleza, como hemos dicho, para el arte musical, supo poner sus talentos al servicio de los hermanos y de la juventud extraviada.

Un discípulo suyo nos ha dejado el perfil religioso moral del Siervo de Dios en estas palabras: “En el diácono José Llosá Balaguer destacaría el temor de Dios, el cumplimiento de sus diversas actividades y su humildad”. Era un religioso tímido y pusilánime. Mientras quemaban edificios cercanos al reformatorio del Príncipe de Asturias en Carabanchel Bajo (Madrid), al escuchar los gritos de las hordas, le confesó tembloroso al P. Félix Esnaola, con quien se encontraba en la terraza del mismo: “¡Si me dieran un tiro bien dado... Pero, todo esto... me asusta!”

Luego de la última confesión del Siervo de Dios con el P. Luis M^a de Orihuela, dice éste: “Pasamos todo el tiempo restante hablando de cosas espirituales. Yo le animaba mucho a que tuviera una confianza ilimitada en nuestra Madre, la Virgen María, a que la invocase muchas veces por medio de jaculatorias y a que, si llegaba el momento fatal, fuesen sus últimas palabras para Jesús y María. Él me prometió que así lo haría”.

A pesar de no ser una persona fuerte y decidida, no obstante en sus últimos momentos consi-

guió superar sus temores e inseguridades dejándonos una muestra suprema de su profunda fe y serenidad ante el martirio. “Confortado por la fe, su inquietud se transformó en tranquilidad y afrontó con valentía el paso definitivo de esta vida al Padre. Ni los tormentos que sufrió antes de morir lograron quebrantar su entereza”.

El perfil religioso moral que Fray José Llosá Balaguer nos ha transmitido, especialmente desde la perspectiva de sus últimos momentos, es el de un religioso culto y sensible, amante de su tierra y su familia, con gran espíritu de entrega a los jóvenes confiados a la misión específica de la Congregación, que manifestó una gran valentía y fortaleza en sus últimos momentos.



12. P. FLORENTÍN PÉREZ ROMERO (1902-1936)

Biografía

Florentín Pérez Romero nace en Valdecuencia (Teruel) España, el 14 de marzo del año 1902. Son sus padres Francisco Pérez Pradas e Ignacia Romero Blasco. Como era costumbre en las familias de la época enseguida lo presentan al cura del pueblo para recibir las aguas bautismales en la iglesia parroquial de San Nicolás de Bari.

Todavía niño, es internado en el Asilo de San Nicolás de Bari, en Teruel, regentado por los reli-

giosos terciarios capuchinos y fundado por doña Dolores Romero (cuyo padre era originario del pueblo del Siervo de Dios) como establecimiento benéfico o asilo de caridad para niños pobres de la zona, principalmente huérfanos. En tan tierna edad destacó por su dedicación al estudio y por su inclinación a la oración.

Con los religiosos terciarios capuchinos, pues, aprende las primeras letras, recibe su primera comunión y realizará todos sus estudios. Ya desde niño manifestó inclinación por la música, para la que estaba muy bien dotado, siendo a los pocos años un buen organista.

Sintiendo inclinación por el estado religioso, pasado cierto período de prueba impuesto por los superiores, viste el hábito religioso en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), el 15 de septiembre de 1919 y dos años después, el día de la Virgen de los Dolores de 1921, en la casa noviciado emite sus primeros votos religiosos.

Sigue con gran aprovechamiento los cursos de filosofía y teología, de 1921 a 1928, en la casa Fundación Caldeiro de Madrid, donde profesa perpetuamente en la fiesta de la Virgen de los Dolores, 15 de septiembre de 1927. Al año siguiente, el 17 de junio de 1928, es ordenado de presbítero en Segorbe, Castellón de la Plana,

por el Padre Fundador, Venerable Padre Luis Amigó, teniendo su primera misa cantada el 24 de junio en la capilla del Asilo San Nicolás, de Teruel, centro en el que se había formado. En tan solemne acto fue apadrinado por sus hermanos Nicolás Escriche y Manuela Pérez Romero.

El Siervo de Dios da comienzo a su ministerio sacerdotal en la casa reformatorio de Nuestra Señora del Camino, en Pamplona (Navarra), donde llegó procedente de Caldeiro el 6 de marzo de 1929. Aquí entró en contacto directo con la misión específica de la congregación. Transcurrido poco más de un año, en julio del siguiente, recibe obediencia para la fraternidad del Seminario Seráfico de San Antonio, en Pamplona, Navarra.

Pocos días le duró la obediencia, pues el 10 de julio de 1930 pasa a la fraternidad del convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), donde lleva a cabo un hermosísimo apostolado -según el decir de alguno de sus alumnos- durante los cinco cursos que allí residió. Trabajó en el colegio y con los jóvenes de la Pía Unión de San Antonio de Padua. Y bajo su dirección se forma la *Schola Cantorum* que proporcionó magnífica prestancia y dio gran solemnidad a las funciones religiosas.

Del convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, en septiembre de 1935, pasa a formar parte de la fraternidad de la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), en cuya fraternidad le coge la guerra española en julio de 1936.

El día 22 del mismo mes y año un numeroso grupo de milicianos asalta la casa noviciado, siendo los religiosos, entre ellos el Siervo de Dios, Padre Florentín Pérez Romero y Fray Urbano Gil Sáez, objeto de toda clase de insultos y de amenazas. Tanto que, incluso, fueron sometidos repetidamente a un simulacro de fusilamiento. Y lo que entonces fue un simple ensayo de fusilamiento luego se convirtió cruda en realidad, como se verá seguidamente.

Martirio

Para delinear el martirio de los Siervos de Dios Padre Florentín Pérez Romero y Fray Urbano Gil Sáez, seguimos fundamentalmente el testimonio de don Isidoro Subiela Burgos, natural de Benaguasil y compañero de los Siervos de Dios en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), y de doña Concepción Sanz Poveda, en cuya casa de Benaguasil estuvieron refugiados antes de salir para el martirio.

La casa noviciado de San José, de Godella, provincia de Valencia -asegura don Isidoro-, fue invadida el 22 de julio de 1936... Dio la orden de asalto, el que mandaba, a primeras horas de la mañana del día 22. A la salida de la Misa de Comunidad nos reunieron a todos los religiosos.

El objetivo de estos grupos de brigadas o milicianos era descubrir las armas que podía haber ocultas en la finca y edificio y liquidar a los frailes como enemigos. Por esto, desde el principio, quisieron fusilar a los religiosos sin miramiento alguno. En consecuencia, pronto nos pusieron de cara a la pared. Esperábamos la orden de disparar contra nosotros. Teníamos la vista nublada ante la inminente muerte. El que mandaba decía que no dejaran enfriar los cadáveres y los enterrasen todavía calientes.

El padre Francisco de Ayelo, que era el Maestro de Novicios, nos dijo:

- *Hagan el acto de contrición.*

Y nos dio la absolución.

Un día, el tercero -afirma dicho Isidoro Burgos-, nos encerraron en el coro de la iglesia y bajo él iban almacenando colchones. Corrió la voz de que iban a quemar la iglesia. El P. Florentín, que lo supo, no pudo dominarse y, excitado tremendamente, gritaba:

- *¡Nos van a quemar vivos!*

Hubo que calmarlo como se pudo. Después se supo que los colchones almacenados eran para dormir los milicianos.

Los padres Francisco María de Ayelo de Malferit, Antonio María de Massamagrell y Florentín Pérez, con algún novicio, fueron llevados y bajados al patio central para simular su fusilamiento. Formado el pelotón de milicianos, y con las armas dispuestas a disparar, aparecieron los padres quienes mutuamente se dieron la absolución y prepararon para el martirio.

También en alguna ocasión dispararon varias cargas cerradas con el fin de intimidar a los que habían quedado recluidos en celdas, después de haber bajado al patio a varios religiosos.

El cuarto día -siempre según Isidoro Burgos-, el padre Tomás Sanz Poveda, el padre Florentín Pérez Romero, fray Urbano Gil Sáez y servidor, fuimos llevados a Benaguasil. El padre Tomás Sanz acogió en su casa, por no tener donde ir, al padre Florentín y a fray Urbano.

Estuvieron en casa como un mes. Un día por la mañana vinieron a casa -dice doña Concha Sanz- y, con el pretexto de hacerles preguntas en el Comité, se llevaron al padre Florentín y al

Hermano Urbano, pero ya no volvieron. Su intención, como lo mostraron después, era darles muerte. Les retuvieron presos unos tres días. Durante todos estos días yo, por las mañanas les llevaba café con leche con alguna pasta. A mediodía, la comida, y, por la noche, la cena. Quiero testimoniar que el padre Florentín apenas comía; se encontraba muy decaído.

Los sacaron de noche -dice Isidoro Burgos-. La mujer del carcelero, como hacía frío, les entregó una bufanda a cada uno para que se abrigasen. Ellos, de inmediato, se dieron cuenta de que los sacaban para llevarlos a matar. Los fusilaron a la salida de la carretera de la Pobra de Vallbona a la general de Liria-Valencia; aquí pusieron una cruz de mármol blanco, para recuerdo, terminada la guerra.

El Siervo de Dios, padre Florentín Pérez Romero, fue quien, en el asalto de los llamados milicianos a la casa noviciado, viendo inminente su muerte, hizo esta oblación de su vida:

- ¡Señor, si mi vida ha de servir para la salvación de España, desde ahora os la ofrezco!.

Ambos Siervos de Dios fueron martirizados el 23 de agosto de 1936, juntamente con tres caballeros católicos de derechas: Joaquín Bonet Capella, Vicente Montón Gómez y Juan Garrido

Fortea. Sus restos mortales fueron sepultados en el cementerio de Benaguasil.

Semblanza

El Siervo de Dios quedó huérfano enseguida, razón por la que muy pronto fue internado en la casa Asilo de San Nicolás, en Teruel. Por otra parte, la pobreza de la familia y la distancia del pueblo natal no hacían posible las visitas frecuentes de su buena madre a su hijo. Esto, sin duda, hizo que su carácter sensible se acentuara ya desde los primeros años y adoleciera de formación completa en sus primeros años en el seno de la familia, lo que repercutirá en su posterior formación.

De todos modos tanto sus biógrafos, como los diversos testigos del proceso, nos retratan al Siervo de Dios como de carácter alegre y bondadoso, sin hiel ni malicia, que se ganaba con facilidad la simpatía y afecto de todos. Espíritu muy sensible, de artista. De niño sobresalió por su espíritu candoroso y por su devoción a la Virgen de los Dolores, a quien solía entonces llevar la merienda para ofrecérsela inocentemente. Luego, ya religioso, se acrecentó en él su espíritu mariano, el que incansablemente trataba de inculcar en sus alumnos.

Quien le conoció en sus años jóvenes, su hermano en religión, nos ha dejado del Siervo de Dios el siguiente retrato: “Físicamente era un haz de sarmientos, pero lleno de espíritu para la música y para las matemáticas. Yo ya le conocí estudiando filosofía. Era sencillo e inocente. Era muy sensible. Muy bueno y piadoso, cumplidor de sus obligaciones. Se abstraía al vivir dentro de su mundo del arte y de la matemática. Era muy amable y acogedor. Era una criatura de Dios sencilla”.

El P. Florentín Pérez Romero se distinguió, asimismo, por su observancia regular, amor al retiro y preparación de sus clases, generalmente de matemáticas y de música. Seguramente las dotes pedagógicas, sobre todo por lo que se refiere al dominio de los alumnos, no las poseyó, sin embargo su seriedad y responsabilidad en la enseñanza fueron notables. A pesar de su constitución física débil -padeció del estómago- sin embargo estaba sano y fuerte, según el médico de la casa.

En el proceso informativo un testigo dice del Siervo de Dios era todo bondad. Era músico y tenía que luchar entre la seriedad para que cumplieran como estudiantes y la bondad nativa que poseía. Otro testigo asegura que era un ángel, y repite, era un angelito, y este recuerdo lo guardo

hasta hoy. Un tercero lo describe como espíritu sencillo, piadoso, infantil. Otro más hace su perfil religioso espiritual indicando que era muy dulce, amable y paciente. Y otro más asegura que era amable, trabajador y músico. Y quien tan sólo lo conoció en los días precedentes al martirio, en su refugio de Benaguasil, afirma que en aquellos días el carácter del Siervo de Dios era muy apocado y generoso. Parecía que llevaba encima la impresión y certeza de su propio martirio.

No resulta fácil delinear la silueta espiritual del Padre Florentín, pero sí podemos sintetizarla como un espíritu sensible y cultivado, muy amante de la música, de constitución física aparentemente débil, pero no enfermiza, de carácter amable, aunque un tanto apocado, amante de la Virgen de los Dolores y muy entregado al servicio de la juventud.



13. FRAY URBANO GIL SÁEZ (1901-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Fray Urbano Gil Sáez nace en la masada de Colinas (“la cual se encuentra al coger el desvío a Bonchales, a mano izquierda y todavía está en pie”) diócesis de Albarracín y provincia de Teruel, España, el día 9 de marzo de 1901. Y al día siguiente recibe las aguas bautismales en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, de su pueblo natal, de manos de D. Emilio Mascarell, recibiendo el nombre de

Urbano Manuel. Son sus padres Blas Gil Monzón e Ignacia Sáez Pérez, ambos también de Bronchales. Y sus hermanos, Eustaquio, Miguel, Josefa, Cecilio y Pedro; éste último también terciario capuchino.

Al quedarse muy pronto huérfano de padre es internado, junto con su hermano menor Pedro, en el Asilo de San Nicolás de Bari de Teruel, regentado entonces por los religiosos terciarios capuchinos. En dicho centro harás sus estudios primarios y recibirá la primera comunión.

Andando el tiempo manifestará inclinación a la vida religiosa, por lo que en el mismo Asilo San Nicolás de Bari cumplirá el tiempo de postulante prescrito antes de vestir el hábito y hacer su ingreso al noviciado.

En la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), viste el santo hábito el 12 de abril de 1917. Concluido su segundo año de noviciado en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), emite sus primeros votos el 12 de abril de 1919 en Godella.

Apenas profesado, inicia su apostolado en el convento de Monte Sión de Torrent (Valencia) hasta que, en fecha 16 de junio de 1920, pasa a formar parte de la fraternidad de la Escuela de Reforma del Salvador, de Amurrio (Álava), donde

desarrolla un laudable trabajo con los menores. “Su vida -según uno de sus biógrafos- se puede leer e interpretar perfectamente bajo la clave de *la compasión evangélica*”. Fue uno de esos religiosos amigonianos dispuesto siempre *a hacerse todo para todos*, según el lema paulino que el Venerable Luis Amigó proponía a sus hijos

El 23 de julio de 1926 cursa petición para iniciar los estudios eclesiásticos, lo que le es denegado por los superiores mayores. En 1928 profesa perpetuamente en la congregación de religiosos terciarios capuchinos.

En 1922 pasa a prestar su servicio militar en el acuartelamiento de Zaragoza, por lo que es destinado a la fraternidad amigoniana del Buen Pastor de dicha ciudad, concluido el cual nuevamente, en septiembre de 1925, lo encontramos desarrollando su ministerio con los niños de la Casa de Reforma del Salvador de Amurrio, Álava.

Sucesivamente Fray Urbano forma parte de las fraternidades de Santa Rita, Madrid; Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent, Valencia; y Reformatorio del Príncipe de Asturias, también en Madrid. En septiembre de 1935 es trasladado a la casa noviciado de San José de Godella, Valencia, donde, atendida su segunda petición de cursar estudios eclesiásticos, inicia la correspondiente carrera.

Apenas iniciada la guerra, el 18 de julio de 1936, Fray Urbano comparte en todo la suerte y los sufrimientos de los hermanos de la fraternidad de San José, de Godella (Valencia), donde reside. Finalmente, luego de un calvario de interrogatorios y simulaciones de fusilamiento, el 25 de julio de 1936 puede salir para Benaguasil donde, con el Siervo de Dios P. Florentín Pérez Romero, recibe piadosa acogida en la casa paterna del también terciario capuchino padre Tomás Sanz Poveda.

Desde los comienzos de la guerra hasta su muerte comparte avatares, refugio y martirio con el antedicho Siervo de Dios Padre Florentín Pérez Romero.

Semblanza

Los biógrafos son extremadamente parcos al delinear la fisonomía espiritual del Siervo de Dios Fray Urbano Gil Sáez. De todos modos nos dicen que era un religioso ejemplar, señalándose por su afán de prestar ayuda a los hermanos sobrecargados de trabajo. Por su jovialidad era la alegría de la fraternidad donde residía y de los alumnos que reeducaba. Contagiaba su alegría por lo espontánea y sincera. Y su buen decir le daba un encanto especial.

El P. Juan Antonio Vives, en su intento por delinear la fisonomía espiritual del Siervo de Dios dice que “Fray Urbano, con corazón generoso y ensanchado, hizo realidad en sí mismo el ideal amigoniano de la compasión. Ayudado por su carácter jovial estaba siempre cercano a sus muchachos, compartiendo con ellos, no sólo su *tener*, sino también su *ser*. Con una alegría natural, que contagiaba a todos por lo espontánea y sincera, mitigaba sus sufrimientos, y con una sensibilidad *a flor de piel* sabía pararse al lado de quien más lo necesitaba para ofrecerle su compañía y amistad”.

Gran pedagogo, autodidacta y formado en los avatares de la vida, así lo estimaron sus alumnos. Uno de ellos asegura que “Fray Urbano era un gran pedagogo. Yo diría que era el máximo pedagogo que ha pasado por Monte Sión. Y estimo que este amor a los demás lo demostraba en la dedicación a sus alumnos. Entre nosotros había un dicho, que era: *El que no ha ido a las clases de Fray Urbano no sabe nada*”.

Por su parte sus hermanos en religión generalmente delinear su perfil espiritual haciendo hincapié en su faceta de educador y pedagogo. Aseguran que era muy dado al estudio y a la enseñanza. Otro lo ve preocupado por sacar del niño la formación integral. Un tercero indica que

sobresalió en la justicia y la caridad, practicadas especialmente en su ministerio de profesor. Y todos lo destacan como un hermano coadjutor instruido, culto y servicial.

En cambio quienes lo trataron los días de la persecución, especialmente en su refugio de Benaguasil o en la cárcel del pueblo, lo define como muy callado y observante de todas las normas de la Congregación. O también oponiéndolo al P. Florentín Pérez Romero, que era muy apocado y generoso, el Siervo de Dios Urbano Gil Sáez era más comunicativo y jovial. Era más decidido. Y ambos, *durante el mes, poco más o menos, que estuvieron en casa se comportaron mejor que bien.*



14. P. DOMINGO MARÍA DE ALBORAYA (1872-1936)

Biografía

El Siervo de Dios P. Domingo M^a de Alboraya, en el siglo Agustín Hurtado Soler, nació en la villa de Alboraya, diócesis y provincia de Valencia, el 28 de agosto de 1872. De familia profundamente cristiana, al día siguiente de su nacimiento recibió las aguas bautismales en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de su pueblo natal, de manos del coadjutor de la misma D. Vicente Ferrer.

De familia regularmente acomodada y que gozaba de general estimación en la villa, fueron sus padres D. Vicente Hurtado Panach y D^a Antonia Soler Sanmartín, ambos asimismo originarios de Alboraya.

Trasladados sus padres a la ciudad de Valencia, Agustín cursa en dicha ciudad los estudios de primera y segunda enseñanza y, posteriormente, los de latín y filosofía en el Seminario Conciliar.

Apenas fundada la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos, Agustín abandona los estudios eclesiásticos y se presenta en la antigua cartuja del Puig (Valencia) solicitando su ingreso en el Real Monasterio de Nuestra Señora de Ara Christi, que provisionalmente habitaban los religiosos amigonianos. En la tercera vestición, el 21 de junio de 1889, toma el santo hábito trocando su nombre de pila por el de fray Domingo M^a de Alboraya, con el que se conocerá al Siervo de Dios en lo sucesivo.

El 24 de junio de 1890 es uno de los primeros diecinueve primeros religiosos que emite sus votos trienales en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), en manos del padre Fundador Venerable Luis Amigó y Ferrer.

El 15 de agosto de 1896 emite sus votos perpetuos asimismo en Torrent (Valencia) y cuatro

meses más tarde, el 19 de diciembre de 1896, es ordenado sacerdote en Valencia. Durante la carrera alterna sus estudios eclesiásticos y literarios con los de armonía y composición, dado que es muy aficionado a la música. Es su maestro el eminente músico D. José María Úbeda.

De 1899 a 1901 desempeña el cargo de superior en el Real Monasterio de Yuste, en Cáceres; y de 1901 a 1908 en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, el de vicesuperior y superior sucesivamente. Imprime una nueva orientación al centro de reforma, proyectándolo más al exterior, con lo que la Escuela alcanza las mayores cotas de popularidad por su seriedad pedagógica. Participa en el primero y segundo capítulos generales de la Congregación.

Durante el sexenio 1908-1914 es segundo consejero general a la vez que desempeña, de 1910 a 1914, el cargo de superior de la casa Fundación Caldeiro de Madrid. Ejerce su ministerio en el Asilo San Nicolás de Bari, de Teruel, de 1914 hasta el 21 de noviembre de 1916 en que solicita y obtiene indulto de secularización temporal para poder atender a su madre enferma.

El 18 de diciembre de 1922 de nuevo se incardina en la Congregación, que le destina a la Colonia de San Hermenegildo, de Dos Hermanas (Sevilla), donde desarrolla su ministerio pastoral

con jóvenes descarriados hasta el verano de 1932, en que pasa a formar parte de la fraternidad del convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia).

A finales de 1935 nuevamente pasa a formar parte de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, donde le coge la guerra civil. El 21 de julio de 1936 la fraternidad es dispersada y el Siervo de Dios es el primero que abandona la Escuela en busca de seguro refugio en casa de su amigo el abogado D. Francisco Pastor, en Madrid.

Martirio

El 18 de julio de 1936 se inició el llamado Alzamiento Nacional. Fracasado el alzamiento militar en la capital de España, los milicianos de las organizaciones políticas y sindicales de tendencia marxista o anarquista se adueñaron de Madrid, dedicándose al pillaje, al incendio de iglesias y conventos y a la ocupación ilegal de edificios, especialmente de los pertenecientes a entidades culturales y religiosas. De modo particular se ensañaron con los centros educativos de la Iglesia y de las Órdenes y Congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza.

El Siervo de Dios P. Domingo M^a de Alboraya se hallaba de fraternidad en la Escuela de Refor-

ma de Santa Rita, Madrid. Así relata un su compañero el asalto a la Escuela: “El día 20 de julio, a las 8’15 a.m. fuimos sorprendidos por un feroz tiroteo contra el colegio... Los milicianos, fusil al rostro, nos fueron buscando por toda la casa y, siempre apuntándonos, nos obligaron a todos a reunirnos en la dirección... Vale la pena notar aquí que aún llevábamos todos los hábitos puestos y ostentábamos nuestras venerables barbas... Y, cuando estuvimos todos (la comunidad se entiende) nos encerraron y dejaron un nutrido piquete de vigilancia a la puerta por la parte de fuera...

- ¿Sabéis lo que vamos a hacer con éstos?, sugirió sesudamente uno de ellos. Como aquí abajo hay un recibidor le prendemos fuego y, como este piso es de madera en menos de ná los achicharramos a tos. Cuidau que no se tiren por las ventanas. ¡Ale!.

- ¡Eso, eso!... y salieron.

Teníamos razones de sobra para estar seguros de que lo harían. Entonces se nos ocurrió algo que hasta entonces, quizás por la agitación, el barullo, la presteza con que ocurrió todo, no habíamos pensado. Cierto que tampoco habíamos llegado a un trance como éste. HICIMOS UN ACTO DE CONTRICCIÓN COLECTIVO Y NOS DIMOS MUTUAMENTE LA ABSOLUCIÓN. Siguió un

silencio profundo. Y quiero subrayar lo siguiente: Estábamos todos serenos y tranquilos. Ni un solo gemido o suspiro. Ni un solo gesto de intentar huir. Pasaba el tiempo. No estaba en los designios del Señor que le hiciéramos este cruento holocausto.

Apenas el Siervo de Dios P. Francisco Tomás Serer, que se encontraba en la misma finca, pero en una casita aparte, se apercibió de lo que ocurría, avisó al Sr. Alcalde de Carabanchel de la invasión de la Escuela de Reforma por parte de los milicianos.

Merced a la intervención de dicho Sr. Alcalde de Carabanchel, se pudo formar un Comité. Y el 21 de julio, constituido de nuevo el Comité, decidió que, menos el Siervo de Dios Padre Bienvenido M^a de Dos Hermanas, los demás estábamos libres de marcharnos cuando y donde quisiéramos”.

El Siervo de Dios P. Domingo M^a de Alboraya fue el primero en abandonar la Escuela. Huyendo de las hordas marxistas, salió de la Escuela de Reforma de Santa Rita de Carabanchel Bajo y halló piadoso refugio en casa de su amigo el abogado D. Francisco Pastor. Con anterioridad el Comité de Carabanchel lo había llamado por teléfono y le había preguntado si quería recibir en su casa al P. Domingo -que había dado su nombre- a lo que el señor Pastor accedió con mucho gusto.

Unos doce días estuvo refugiado el Siervo de Dios, hasta que un día los milicianos rodearon la casa del abogado, subieron a las habitaciones y se llevaron presos a Bellas Artes tanto al señor Pastor como al Siervo de Dios. Al ser detenidos éste decía:

- “Paciencia. Hágase lo que Dios quiera”.

Allí el señor Pastor se salvó por cuanto le reconoció un miliciano a quien había defendido en un pleito lo mejor que supo. Al ser puesto en libertad preguntó qué harían del P. Domingo. Le dijeron que lo llevarían al hospital. Este hospital debió de ser –según dijo el señor Pastor- la muerte, pues nada más se supo de él.

El cadáver del Siervo de Dios apareció junto a las tapias del Retiro. El acta de defunción de la Causa General dice que “se refugió en casa de un amigo, de donde fue sacado por los rojos el día 15 de agosto de 1936 y llevado a las inmediaciones del Retiro, donde fue asesinado, acribillado a balazos”.

Semblanza

Quienes mejor conocieron al Siervo de Dios nos han dejado de él el siguiente retrato: El P. Domingo era alto y bien parecido. Como toda la familia tenía el pelo rubio. De carácter risueño y

jovial, pero cuando se trataba de su vida de piedad, del cumplimiento de sus deberes religiosos y de sus obras de apostolado, era muy severo y exacto cumplidor. Era un gran aficionado a la música, llegando a componer algunas piezas que todavía se conservan.

Para sus hermanos de religión el P. Domingo M^a de Alboraya era muy alto, robusto y de aspecto patriarcal. De carácter sumamente bondadoso. Su rasgo fundamental, en el orden espiritual, lo centraba en hacer obras de caridad, preocupándose especialmente de los más necesitados y de los jóvenes extraviados.

Tratando de delinear la silueta espiritual del Siervo de Dios, uno de los testigos del proceso, asegura que del P. Domingo M^a de Alboraya cuanto diga de él todo es poco, no obstante, puesto a resaltar algunos rasgos de su persona nos lo describe como sumamente amante de la Congregación, espíritu muy caritativo y laborioso, perfil que también delinea su gran amigo Pepe Serrán cuando asegura que era de gran corazón, bondadoso, acogedor, con gran don de gentes y amante de hacer el bien a todos sin distinción.

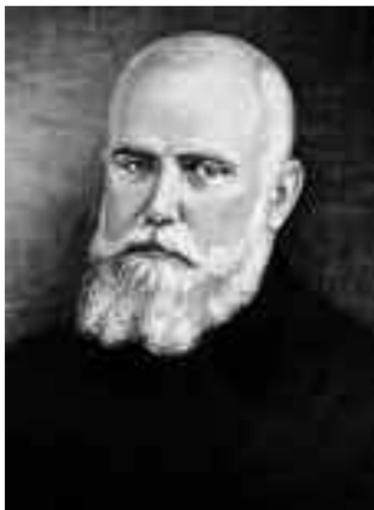
El P. Domingo, hombre de acusada personalidad, su modo de ser y de actuar, salpicado con la creatividad, espontaneidad y libertad del artista,

chocó en no pocas ocasiones con el modo de pensar de otros hermanos. Y ésta fue posiblemente la raíz de sus sufrimientos.

En 1916 recibe indulto de secularización por un año para atender a su madre enferma. Los superiores se opusieron repetidamente a recibirlo nuevamente en la Congregación a pesar de las reiteradas peticiones de éste. Finalmente en 1923 es recibido de nuevo en la Congregación y destinado por diez años a la fraternidad de Dos Hermanas, Sevilla. Durante este período el P. Domingo M^a de Alboraya desempeñó bien su servicio ministerial de director espiritual de los muchachos o jóvenes y de los religiosos, fueran clérigos estudiantes de teología o hermanos coadjutores. Eran sumamente gratas sus homilías y exhortaciones, generalmente hablando, a los jóvenes extraviados.

Quien durante un curso le sirvió diariamente como acólito de su misa matutina dice que “celebraba con tal devoción que todo el canon lo pasaba llorando. Para mí, dice, era de una emoción profunda su demostración de dolor y, a la vez, de gozo en el Santo Sacrificio”. Y perfila su silueta espiritual con estas palabras: “Gran compositor, orador magnífico en forma de charlas, animador de los recreos comunitarios y ejemplo de resignación para todos, mártir de Cristo”.

Hombre de oración, fervoroso en la celebración de la Eucaristía, fiel al rezo diario de la liturgia de las horas, muy devoto de la Virgen de los Dolores y atento siempre a transmitir la fe a los educandos, no sólo con el ejemplo, sino también con la catequesis sencilla, amena y adaptada a la mentalidad de los mismos.



15. P. BIENVENIDO MARÍA DE DOS HERMANAS (1887-1936)

Biografía

El Siervo de Dios P. Bienvenido María de Dos Hermanas, en el siglo José de Miguel Arahál, nace el 17 de junio de 1887, en el pueblo de Dos Hermanas, diócesis y provincia de Sevilla. Y es bautizado por don Manuel López el 24 del mismo mes y año.

Hijo legítimo de José de Miguel Montano y de María Arahál Gómez, es bautizado el 24 de junio de 1887 por el presbítero don Manuel López Cala

en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Dos Hermanas, Sevilla.

“Aún no tenía Pepín cinco años –asegura su hermano Paco- y ya se le veía inclinación grande por las cosas de Dios. Su entretenimiento en aquellos años era hacer altarcitos. Nueve hermanos éramos en casa y él solo era el que sentía predilección por tan piadoso entretenimiento”.

Las primeras letras las aprende en las escuelas del pueblo con D. Francisco Carrasco, que le profesaba gran cariño. Y muy pronto sintió vocación de terciario capuchino, tanto es así que, queriendo acelerar el tiempo de ingreso en la Congregación, le decía a la mamá si no podían ponerle en la partida de bautismo un año más. A los doce años, concretamente el 22 de marzo de 1900, ingresa como aspirante religioso en su pueblo natal.

El 18 de noviembre de 1902 marcha al convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrente (Valencia) para iniciar allí la etapa de postulante. Y el 6 de enero de 1903 ingresa al noviciado en el mismo convento. Al ser presentado al Venerable P. Fundador éste le dijo: *Bienvenido seas, hijo mío*, y Bienvenido sería en lo sucesivo su nombre de religión.

El 15 de abril de 1905 hace su primera profesión religiosa en Monte Sión, de Torrente (Valencia). Los seis años de votos temporales los pasa en Torrent (Valencia), Dos Hermanas (Sevilla) y Madrid. Y el 15 de abril de 1911 emite sus votos perpetuos. De 1912 a 1920, en que es ordenado sacerdote, reside sucesivamente en las fraternidades de San Nicolás de Bari (Teruel) y en el colegio Fundación Caldeiro (Madrid), cursando la carrera eclesiástica. Ordenado de presbítero celebra su primera misa el 6 de junio de dicho año 1920. Forma parte de la fraternidad de la casa Fundación Caldeiro, en Madrid.

El período de 1920 a 1927 desempeña su ministerio en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia), donde los tres primeros años es el maestro de novicios y los cuatro siguientes superior de la numerosa fraternidad.

El 29 de diciembre de 1927, y en calidad de vicario general, preside el sexto capítulo de la Congregación. En él es elegido superior general del Instituto. Durante cerca de cinco años promueve la capacitación científica de la Congregación, la promoción vocacional y la apertura de la obra a la América hispana.

Como superior general se mostró un religioso de espíritu recto y fuerte, exigente consigo mismo

y con los demás, muy amante de la Congregación y de su obra de reeducación de menores, a la que se entregó sin reservas. En el instituto promovió las semanas pedagógicas y reuniones de educadores, impulsó la formación científica de los nuevos religiosos y, acompañado de algunos de ellos, visitó Alemania, Bélgica y Holanda con la noble intención de dotar de mayor base científica el método amigoniano de reeducación de menores. Un discípulo suyo, y buen conocedor de su maestro, afirmaba que el P. Bienvenido era un superior cortado, no para quinientos religiosos, sino para cinco mil.

El 10 de julio de 1932 preside, como superior general el séptimo capítulo. En el curso del mismo el P. Bienvenido es elegido segundo consejero y secretario general, cargos que simultanea con el de superior de la Casa del Salvador, de Amurrio (Álava). En 1934, juntamente con el P. León María de Alacuás, es delegado por el superior general para que en su nombre gire la visita canónica a las fraternidades de América.

El 30 de septiembre de 1935 es nombrado superior de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Carabanchel Bajo (Madrid), fraternidad en la que le sorprende la guerra civil en espera de entregar al nuevo director, P. León María de Alacuás, la dirección de la misma.

Martirio

El 18 de julio de 1936 a primeras horas de la mañana algunos padres de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, fueron a celebrar la santa misa a las diversas capellanías. Todos salieron normalmente, pero ya en la calle se respiraba una atmósfera alarmantemente densa.

El día 19 de julio –relata un testigo de los hechos– los padres capellanes, antes de salir a sus respectivas capellanías, propusieron al P. Bienvenido si no sería más prudente suspender este servicio, en vista del cariz que iban tomando los acontecimientos. El P. Bienvenido, que era de los optimistas, respondió:

- “¡El que tenga miedo que no vaya! Yo iré en su lugar”.

Salieron.

Y regresaron. Pero todos regresaron muy alarmados, pues ya las calles estaban totalmente tomadas por grupos de milicianos armados. Fracasado el Alzamiento Nacional en la capital de España, los milicianos de las organizaciones políticas y sindicales de tendencia marxista o anarquista se adueñaron de Madrid, dedicándose al pillaje, al incendio de iglesias y conventos y a la ocupación ilegal de edificios, especialmente de los pertenecientes a entidades culturales o religiosas.

De modo particular se ensañaron con los centros educativos de la Iglesia y de las órdenes y congregaciones religiosas dedicadas a la enseñanza.

El día 20 de julio, a las ocho y cuarto de la mañana, fuimos sorprendidos por un feroz tiroteo contra la Escuela de Reforma de Santa Rita. Las balas entraban por las ventanas abiertas o perforaban cristales y tableros de las que estaban cerradas. Una horda de milicianos invadió la casa vociferando y amenazando acabar con todos. Fusil al rostro nos fueron buscando por toda la casa y, siempre con la punta del cañón clavada en la espalda, nos obligaron a todos los religiosos a reunirnos en la dirección. Nos encerraron y dejaron un nutrido piquete de vigilancia a la puerta.

Vale la pena anotar que aún llevábamos todos los hábitos puestos y ostentábamos nuestra venerables barbas. Dos días antes le propusimos al P. Bienvenido si no sería prudente afeitarnos para que en el momento oportuno vestirnos de paisano. No fue partidario de la idea. Con todo dijo:

- “El que quiera que se afeite”.

Apenas acomodados, en esto sonó el teléfono. Los del piquete de guardia, de un empujón, abrieron la puerta y se precipitaron alarmados y

coléricos. Un hombretón del mismo con una hoz y de un tajo cortó los hilos del teléfono, diciendo:

- “Como suene otra vez us ametrallamos a tos”.

- “¿Sabís lo que vamos a hacer con éstos? (sugirió sesudamente otro de ellos). Como abajo hay un recibidor le prendemos fuego y, como el piso es de madera, en menos de ná los achicharramos a tos. Cuidiau que no se tiren por las ventanas. ¡Ale!”

- “¡Eso, eso!”... y, salieron.

Entonces se nos ocurrió algo que hasta entonces no habíamos pensado. Cierto que tampoco habíamos llegado a un trance como éste. Hicimos un acto de contrición colectivo y nos dimos mutuamente la absolución. Siguió un silencio profundo. Y quiero subrayar lo siguiente: que estábamos todos serenos y tranquilos. Ni un solo gemido o suspiro. Ni un solo gesto de intentar huir. Pasaba el tiempo...

El 21 de julio, constituido el Comité, éste decidió que, menos el P. Bienvenido y Fray Emilio, los demás estábamos en libertad de marcharnos cuándo y adónde quisiéramos. El 24 el testigo salió de la Escuela y el 29 se refugió en la calle Alcalá 66. Y el 31 de julio, a media mañana, llegaron al mismo refugio los hermanos Tomás

Serer, quienes llevaban también la maleta del P. Bienvenido, a quien esperaban para ese mismo día, o en todo caso al día siguiente.

A Alcalá 66 nunca más llegó el P. Bienvenido. Pues abandonó el último la Escuela de Reforma de Santa Rita, pero la abandonó obligado a la fuerza por dos milicianos quienes lo condujeron al Banco de Vizcaya, y luego al Banco de España, para que sacara el dinero depositado en la cuenta corriente de la Escuela. Se lo entregó D. Eduardo Cazorla. Acto seguido se apoderaron del mismo y en un coche llevaron al P. Bienvenido al Puente de Toledo entregándolo con violencia al Comité de Juventudes Libertarias, milicianos pertenecientes a organizaciones marxistas de aquella barriada. Él se negó a bajar del coche. No obstante le bajaron violentamente y éstos le condujeron a la Pradera de San Isidro donde lo asesinaron bárbaramente.

Según el sargento, lo abrieron en canal y lo expusieron así algún tiempo. A su muerte el P. Bienvenido contaba 49 años de edad y 31 de vida religiosa.

Semblanza

El Siervo de Dios ya desde su infancia manifestó estar dotado de una religiosidad, fuerza de

voluntad y constancia poco comunes. Estas cualidades le permitieron sin duda que, siguiendo inicialmente la vocación de hermano coadjutor, posteriormente siguiese la de clérigo.

En 1920 es ordenado sacerdote y en el curso del año es nombrado ya maestro de novicios. Religioso humilde, su primer acto fue besar los pies de los subordinados. Siendo superior de la casa de Godella, fregaba los platos cuando llegaba el turno establecido. Y, durante el tiempo de la siesta, se quedaba al cargo del salón de estudio de los niños seminaristas, no permitiendo el menor ruido para que descansaran los religiosos.

Elegido superior general de la Congregación, siguió residiendo en la casa noviciado de Godella, donde radicaba la curia generalicia. Durante este período siguió en todo el horario de la casa como un religioso más, cumpliendo las normas y deberes con el detalle del más fervoroso novicio.

Religioso de una acusada personalidad cimentó su vida en una sólida virtud, apoyada en un buen caudal científico adquirido a costa de costosos sacrificios y puesta al servicio de los jóvenes desviados del camino de la verdad y del bien, fin específico de la Congregación.

Un hermano en religión, en el intento de modelar su retrato dice: “El P. Bienvenido de

Dos Hermanas tenía una estatura normal. Carácter afectuoso. Para mí fue como un padre. Se distinguió por su amor a la Congregación. Fue el primero en mandar religiosos a estudiar al extranjero, siendo crecido el número de los mismos que, gracias a este permiso, se capacitaron para cumplir con eficacia la misión propia”.

En la Escuela de Reforma de Santa Rita manifestó una cordial predilección por los niños pobres del barrio. Y, siguiendo los deseos del Venerable P. Fundador, Fray Luis Amigó, creó una escuela, escuela gratuita, para practicar las obras de misericordia con los niños.

En mayo de 1931, cuando acaeció la llamada quema de conventos, desde el Reformatorio del Príncipe de Asturias acudió a la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, para animar a los religiosos. Acudió vestido de hábito, que jamás abandonó. Y les aconsejó que no abandonaran la institución. Asimismo cuando en julio de 1936 los milicianos entraron en la Escuela de Reforma de Santa Rita, el P. Bienvenido no quiso abandonar el establecimiento y dirigiéndose a los milicianos les dijo:

- “Déjenme, pues soy religioso y estoy en mi casa”.

Quienes lo trataron lo consideran varón adornado de grandes virtudes: fe viva, esperanza firme y desbordante caridad manifestada con obras. Servía a todo hermano a quien veía necesitado. Había aprendido bien: *el que quiera ser el mayor, sea el siervo de sus hermanos*, y así lo practicaba. Austero consigo mismo y dispuesto e indulgente ante cualquier necesidad. Hombre de oración, que manifestaba en la participación en los sagrados misterios, fiestas y procesiones, que preparaba con la mayor solemnidad, dentro de la sencillez franciscana. Hombre de carácter fuerte, pero al mismo tiempo bondadoso, muy humano, conector del corazón sabía que somos barro y necesitados de la gracia y del perdón.

Trató siempre de inculcar las devociones que él practicó: a Jesús Sacramentado, a Nuestra Madre de los Dolores, al Seráfico Padre San Francisco y al Sagrado Corazón de Jesús.

Los biógrafos nos trazan una semblanza del P. Bienvenido María de Dos Hermanas como religioso de espíritu recto y fuerte, exigente consigo mismo y con los demás, adornado de grandes dotes de gobierno, muy tenaz en sus propósitos apostólicos, muy amante de la Congregación y de su obra de reeducación de menores, gran promotor de vocaciones religiosas y sacerdotales, y profundamente espiritual.

Éste fue el P. Bienvenido María de Dos Her-
manas. Ésta, su vida; ésta, su muerte; ésta, tam-
bién su semblanza.



16. P. LEÓN MARÍA DE ALACUÁS (1875-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Padre León M^a de Alacuás, en el siglo Manuel Legua Martí, nació el 23 de abril de 1875 en el pueblo de Alacuás, diócesis y provincia de Valencia, España.

Hijo legítimo de Manuel Legua Serrano y de María Martí Ros, el mismo día de su nacimiento fue presentado al sacerdote coadjutor de la iglesia parroquial de la Asunción de Nuestra Señora

de su pueblo natal, quien administró a Manuel las aguas bautismales.

En Alacuás realizó los estudios primeros. Hijo de uno de los primeros bienhechores de la Congregación, se familiarizó desde niño con los hermanos de Torrent, a quienes su buen padre -que por la rapidez y presteza en atender las necesidades de los frailes era conocido como *la bicicleta del convento*- prestó cuantiosos servicios. Este asiduo contacto del joven Manuel con los *frailes del convent* le llevó a que, apenas cumplidos sus quince años, enseguida solicitase su ingreso en religión.

El 21 de julio de 1890 viste el hábito amigoniano, trocando su nombre por el de fray León M^a de Alacuás, y casi dos años más tarde, el 17 de junio de 1892, emite sus primeros votos religiosos en manos del Venerable Padre Fundador.

Finalizado el período de sus votos temporales, abandona la Congregación debido a una grave enfermedad. Restablecido de la misma, en 1897 nuevamente pide su reingreso en la Congregación de Terciarios Capuchinos.

El 2 de febrero de 1898 profesa sus votos temporales en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid. Tres años más tarde, el día de la Candelaria de 1901, renueva sus votos trie-

nales en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia). Y el día 12 de abril de 1904 profesa perpetuamente en el mismo convento.

Durante 1905 el Siervo de Dios es ordenado de diácono y de subdiácono por Mons. Francisco M^a de Orihuela, obispo de Santa Marta, Colombia. Finalmente el 15 de julio de 1906 se ordena de presbítero en la ciudad de Valencia.

El padre León M^a de Alacuás es todo un ejemplo de fidelidad en su ministerio apostólico como servicio a una juventud extraviada del camino de la verdad y del bien, pues siempre lo desarrolló en centros llamados de la *Misión Específica*.

De 1906 a 1911 desempeña su ministerio apostólico en la Colonia de San Hermenegildo, de Dos Hermanas (Sevilla). Luego de un año en el Real Monasterio de Yuste, de 1912 a 1919 desarrolla su apostolado en la casa Fundación Caldeiro, de Madrid. De 1920 a 1924 ejercita su ministerio como presidente de la Casa del Salvador de Amurrio (Álava). De 1924 a 1930 ostenta el cargo de presidente primero, y de superior después, en el Reformatorio del Príncipe de Asturias, Madrid. Y de 1930 a 1932 es director de la Casa Tutelar San Francisco de Paula, de Alcalá de Guadaíra, Sevilla.

De 1932 a 1935 es director de la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid. Pasa de fraternidad al Reformatorio del Príncipe de Asturias y, cuando es destinado nuevamente a dirigir la Escuela de Reforma de Santa Rita, en dicha casa le sorprende la guerra. El 21 de julio de 1936 es disuelta la fraternidad y el Siervo de Dios, juntamente con el padre Domingo M^a de Alboraya, son los primeros en abandonar la institución para buscar refugio en Madrid.

Religioso dotado de grandes dotes de organizador, encauzaba rápidamente la marcha pedagógica en los centros poniendo enseguida en funcionamiento los talleres y escuelas. Asimismo prestó grandes servicios a la Congregación como consejero general de la misma, y, juntamente con el padre Bienvenido M^a de Dos Hermanas, realizó visita canónica a las fraternidades de América.

Martirio

“Hicimos un acto de contrición colectivo y nos dimos mutuamente la absolución. Siguió un silencio profundo. Y quiero subrayar lo siguiente: que estábamos todos serenos y tranquilos. Ni un solo gemido o suspiro. Ni un solo gesto de intentar huir”, según asegura uno de los religiosos

encerrados juntamente con el Siervo de Dios P. León M^a de Alacuás.

Por voluntad de Dios, y merced a los buenos servicios del señor alcalde de Carabanchel, los religiosos enseguida quedaron libres de marchar dónde y cuándo quisieran. Los primeros en abandonar la Escuela de Reforma de Santa Rita de Madrid fueron los Siervos de Dios PP. Domingo M^a de Alboraya y León M^a de Alacuás. Fue durante el día 21 de julio de 1936.

El P. León encontró benévola acogida en casa de D. Ricardo Fernández Hontoria, calle Alcalá 66, de Madrid. No considerándose seguro en dicha residencia el 29 de julio se trasladó a casa de D. Edelmiro Feliu, sita en calle Fernández de la Hoz, 5 – 2^a C.

El día 17 de septiembre de 1936, a las nueve de la mañana nueve milicianos hacen un registro en dicha casa en busca de un sacerdote.

Lo cierto es que los milicianos iban en busca del sacerdote D. Gerardo Peña Arnáiz, quien hacía de ayo de los hijos de D. Ignacio Cohello de Portugal y Bermúdez de Castro, quien con anterioridad se había puesto ya a salvo. De ahí el largo interrogatorio a que fue sometido el Siervo de Dios. “Pues bien -dice la dueña de la casa-, cuando acosaban al padre León a preguntas que

él no acertaba a contestar (yo me parecía que estaba diciéndose la recomendación del alma) mi marido contestaba diciendo que era un tío suyo; que estaba enfermo; que no comprendía bien porque no tenía bien la cabeza; que era faltoso; que estaba casado, que era de México,... ¡qué sé yo!”

“En este trance -dice el hijo de D. Edelmiro Feliu- los demás estábamos como azogados; y, muy en particular el propio padre León, a quien le tiritaban las manos visiblemente”.

A este punto el Siervo de Dios optó por decir la verdad y a ella se atuvo siempre. El Siervo de Dios confesó y no negó. Rectificaba para no mentir. “¡No!, ¡no! Yo no me llamo Pedro, sino Manuel León Legua Martí”, decía.

Hacia las tres y media de la tarde, se llevan detenidos al dueño de la misma y al Siervo de Dios. Uno tras otro, primero al padre León, y cada uno en un choche. Al salir de casa el padre León le dice la dueña de la misma, queriendo darle un pañuelo:

- “Tome este pañuelo”.

A lo que un bestia de aquellos le contestó:

- “No te preocupes, que no le va a hacer falta”.

Se ignora la fecha exacta en que fue fusilado. Lo cierto es que el 29 de septiembre apareció el

cadáver del dueño de la casa en el kilómetro 25 de la carretera de Madrid a Francia.

Finalizada la guerra, y retornada la familia Feliu Gutiérrez a Madrid, prosiguió sus indagaciones con el fin de hallar el cadáver de su marido que encontró enterrado en el cementerio de San Sebastián de los Reyes, Madrid. Y con el cadáver de su marido había otro que no supo de quién podía ser. Pensó sería el del padre León.

“Por esto, al trasladar los restos de su marido al panteón propio, compró también aquella tumba en que se había consumido el cuerpo de su marido, pues no tenía caja, ni tampoco el otro cadáver, y cubrió la tumba con una lápida que lo perpetuara. Bajo esa lápida y sin caja se quedó el otro cadáver al que, sea de quien sea y pensando en el padre León, pongo flores cuando voy o mando ponerlas en el Día de Difuntos”, dice la dueña.

Según la Dirección General el Siervo de Dios fue fusilado el 26 de septiembre de 1936 y la foto de su cadáver aparece en la Causa General, si bien los restos mortales no se han podido localizar, aunque parece lo más probable reposen en el cementerio de San Sebastián de los Reyes, según el decir de la viuda de quien fue fusilado juntamente con el Siervo de Dios y que ha realizado la búsqueda pertinente y oportuna.

Semblanza

“El padre León M^a de Alacuás -según el retrato que de él hace un discípulo suyo- tenía una estatura media. De carácter firme, muy exigente en sus convicciones. Celoso en el cumplimiento de las obligaciones y deberes de los religiosos, tanto para él como para los demás; gran devoto de Nuestra Señora de los Dolores, patrona principal de la Congregación. En el orden apostólico se distinguió porque todos los días celebraba la misa y predicaba a los alumnos, y en sus homilías nunca faltaba la alusión a la Santísima Virgen. Ejerció la misión específica de la Congregación de una manera muy entregada, y tenía un carisma especial para ello”. Por esto, con toda verdad, ha podido ser considerado como el primer director espiritual de la Congregación.

Era el Siervo de Dios de estilo vivaz, emprendedor en su proceder, y sensato en la aplicación de los reglamentos. Como director siempre se manifestó exigente, según el conocido aforismo latino *fortiter in re, suaviter in modo*, lo que por su bondad e interés por los muchachos, recibió de éstos no sólo correspondencia y respeto, sino también afecto por su trato ordenadamente paternal.

Con mayor sobriedad, pero con parecido perfil religioso moral, nos lo ha retratado uno de sus

mejores conocedores. “Era el P. León M^a de Alacuás -dice éste- muy espiritual, de un ardiente celo apostólico y gran promotor de la observancia religiosa”.

Predicaba con frecuencia, siendo su predicación sencilla, persuasiva y llena de unción. Todos los días, después de la celebración de la santa misa, hablaba unos breves minutos sobre diversos temas religiosos adecuándose a la condición de los muchachos. Asimismo fuera de la iglesia regularmente tenía una plática, exhortación o conferencia, a cada uno de los grupos de muchachos.

Este ministerio específico de director espiritual lo siguió ejerciendo aún los días de persecución en su refugio madrileño. Durante los días que permaneció en casa de los señores Feliu siguió recitando el breviario, ejercicio que alternaba con la lectura de la Divina Comedia. Celebraba la Eucaristía, a la que asistían los señores de la casa y algunos hermanos en religión. Servía de capellán a las Siervas de María, a quienes presidió en la renovación de votos y escuchaba en confesión. Dirigía el rezo del rosario, presidía la bendición de la mesa, y recitaba las oraciones luego de las comidas. Incluso llegó a administrar el bautismo a un neófito, hijo de los señores Coelho, quien recibe el nombre de Santiago M^a del Pilar y de Todos los Santos.

Cuando D. Edelmiro se apresta a trazar el perfil espiritual del Siervo de Dios dice: “Si yo tuviera que trazar un retrato espiritual de su vida religiosa pondría como perfiles de la misma la fe, la caridad y la humildad, porque eran virtudes que se le veían”.

En síntesis, fue el Siervo de Dios un religioso sumamente espiritual, entregado en cuerpo y alma a la salvación de los menores extraviados confiados a su cuidado, por lo que se le puede considerar un mártir del apostolado específico de la Congregación a imitación de Cristo Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas.



17. P. FRANCISCO TOMÁS SERER
(1911-1936)

Biografía

El Siervo de Dios nació el 11 de octubre de 1911 en Alcalalí, diócesis de Valencia y provincia de Alicante, España. Hijo legítimo de Antonio Tomás Ferrer y de Dolores Serer Miralles, originarios y vecinos asimismo de Alcalalí. De familia muy cristiana, al día siguiente de nacer presentaron a Francisco a recibir las aguas bautismales, que le fueron administradas por el párroco

don Joaquín Mora, en la iglesia parroquial de la Natividad de dicho pueblo.

El 25 de noviembre de 1915 es confirmado por el Sr. Arzobispo de Valencia, D. Valeriano Menéndez-Conde. En la escuela nacional del pueblo cursó las primeras letras, ocupando siempre entre sus compañeros los puestos más aventajados. El 26 de mayo de 1921 recibe su primera comunión y, a partir de entonces, manifiesta con insistencia sus deseos de ser sacerdote.

A los doce años sus padres le llevaron a Godela, a la escuela seráfica de los RR. Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, donde dio comienzo a sus estudios de latín y humanidades.

Recibió el hábito religioso de dicha Congregación el 15 de septiembre de 1926, en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia). Y dos años más tarde, el 15 de septiembre de 1928, emite sus primeros votos religiosos en la misma casa noviciado. Allí cursó posteriormente la filosofía. La teología la cursaría en Teruel y en Amurrio (Álava).

El 20 de diciembre de 1933 emite sus votos perpetuos en la Casa del Salvador, de Amurrio (Álava); el 28 de abril de 1934 recibe el diaconado y el día 24 de mayo del mismo año recibe la orde-

nación sacerdotal en Vitoria de manos de Mons. Mateo Mújica Urrestarazu.

Canta su primera misa en su pueblo natal en la festividad de san Juan de la Mosquera, el 24 del mes siguiente, acompañado del P. Bienvenido María de Dos Hermanas, numerosos terciarios capuchinos, amén de su familia y pueblo en pleno.

Durante el curso 1934-1935 el Siervo de Dios estuvo en la Casa Reformatorio del Salvador de Amurrio, Álava, iniciándose en las actividades apostólicas. Pero en octubre de 1935 fue trasladado a Carabanchel Bajo (Madrid) a la casita llamada *La Patilla*, dependiente de la fraternidad de la Escuela de Reforma de Santa Rita y situada en la misma finca, para que comenzase a estudiar la carrera de medicina en la Universidad Central de la Capital de España. Y, efectivamente, comenzó con aprovechamiento sobresaliente.

Asimismo durante el verano de 1935 recibe obediencia para realizar un viaje de estudios, juntamente con otros hermanos en religión, por Francia y Bélgica para dotar de solidez científica los métodos pedagógicos de la Congregación y hacer más eficaz su ministerio apostólico de servicio al menor marginado.

A su muerte contaba veinticuatro años de edad y nueve de vida religiosa. Es el benjamín de los religiosos amigonianos muertos violentamente durante la pasada contienda española.

Martirio

En la finca La Patilla tenía desplazada la Escuela de Reforma de Santa Rita una de las secciones de la misma. Pero, en las fechas estivales, en la misma no quedaba ya muchacho alguno.

El día 20 de julio, a las 8'15 de la mañana la Escuela de Reforma se vio sorprendida por el feroz tiroteo de los milicianos. Inmediatamente los milicianos encerraron a los religiosos en la dirección del centro. El Siervo de Dios, apenas se apercibió de lo que estaba ocurriendo, corrió a la Alcaldía de Carabanchel y puso al corriente al Sr. Alcalde de la invasión del centro por parte de los milicianos. Fue el instrumento de que se valió la misericordiosa Providencia de Dios para que los acontecimientos cambiasen totalmente de rumbo.

Diligentemente el Sr. Alcalde toma cartas en el asunto, se presenta en el centro y sube a la dirección del mismo, consiguiendo de los milicianos, luego de sensatas reflexiones, que permitiesen a los religiosos abandonar el mismo.

El 21 de julio quedan los religiosos en libertad para marcharse cuando y donde quisieran. El Siervo de Dios, siguiendo el plan trazado, el 31 de julio, a media mañana y en compañía de su hermano Pedro, con una maleta cada uno, llega a calle Alcalá 66 y en espera de que asimismo acuda su superior el Siervo de Dios P. Bienvenido M^a de Dos Hermanas, de quien era una de las maletas.

Aquella tarde no llegó el P. Bienvenido, ni al día siguiente tampoco. El día dos, al atardecer, el Siervo de Dios llama por teléfono al Alcalde de Carabanchel, quien le informa que el P. Bienvenido hacía ya dos días que no estaba en Santa Rita, con lo que el Siervo de Dios se sobresaltó y casi violentamente le exigió que le dijera qué había sido de él.

- Usted me aseguró que al P. Bienvenido no le pasaría nada. ¿Dónde está? Dígamelo.

- No lo sé. Le aseguro que no lo sé. Ha debido salir ya del colegio y puede que se encuentre en alguna casa de Madrid.

- ¡No es cierto! ¡No es cierto! Voy a ir ahí inmediatamente y le voy a exigir que me diga qué es lo que ha pasado.

- No venga, por Dios, no venga, le dice el señor alcalde. Sería una locura. Yo no sé nada.

Y el Siervo de Dios colgó el teléfono, mientras comentaba: Mañana temprano me voy a Carabanchel. Ese tipo me está mintiendo. Él sabe, él sabe, y no me lo quiere decir. Pero yo le voy a ajustar las cuentas. Estaba pálido. Todos trataron de disuadirle, pues si el Alcalde le había ordenado con tanto énfasis que no fuera, sus razones tendría.

Al día siguiente el Siervo de Dios no fue a Carabanchel. Había cambiado parecer. “Vamos - dijo- a recorrer todas las comisarías. Es posible que esté detenido en alguna. Vamos allá y ¡que sea lo que Dios quiera!”

Pero sólo visitamos una. El Comisario quedó estupefacto ante nuestra pretensión. Y nos dijo:

- “¿Ustedes son sacerdotes? ¿Saben el peligro en que se están metiendo? ¿Se dan cuenta de que pueden llegar a un sitio donde lo más seguro será que no salgan? Poco es lo que les puedo ayudar pero, háganme caso: Váyanse inmediatamente a casa o escóndanse donde nadie les pueda encontrar. Es un consejo leal, créanme”. Y se volvieron al refugio de calle Alcalá, 66.

Pero el Siervo de Dios desafió a la Divina Providencia. Al otro día, sin ni siquiera querer atender a razones y hasta ruegos, fue temprano a la Alcaldía de Carabanchel. Y no volvió. Pasaron las horas, la mañana y la tarde y la noche. Y no vol-

vió. Su hermano Pedro parecía enloquecer. Tampoco atendió a razones. Se fue en su busca. Y tampoco volvió.

Al salir del edificio municipal una patrulla de milicianos le acechaba ya en la puerta, le apresó y se lo llevó despiadadamente. Al amanecer siguiente, 3 de agosto, junto a las tapias del Reformatorio del Príncipe de Asturias, apareció el cadáver del Siervo de Dios acribillado a balazos.

Como *carne de cerdo* -así decía a sus víctimas la barbarie- fue transportado en un carro basure-ro al depósito del cementerio de Carabanchel Alto, donde recibió tierra en una fosa común abierta para todos los asesinados del día. ¡Tan numerosos solían ser! Y en el cementerio de Carabanchel Alto, en lugar indeterminado, esperan sus restos mortales hasta el presente la triunfante resurrección.

La muerte de los dos hijos, Pedro y Francisco, sumió a sus buenos padres en un profundo dolor al que no se pudieron sobreponer, lo que les llevaría, según las gentes de Alcalalí, a morir de tristeza a los pocos años.

Semblanza

Alcalalí, el pueblo natal del Siervo de Dios, siempre fue un pueblo religioso y levítico, y espe-

cialmente en los tiempos de formación del padre Francisco Tomás. El pueblo entero rezumaba religiosidad. Por otro lado, según el decir de sus paisanos, sus padres eran buenos católicos, cumplidores extraordinarios de sus deberes religiosos. Yo, dice una señora del pueblo, recuerdo mucho a su madre, que era muy piadosa. No dejaba de ir a ninguno de los actos religiosos que se celebraban en la parroquia. Por lo que el Siervo de Dios recibió en su casa, ya desde sus primeros años, una exquisita formación cristiana y religiosa.

Otro de los testigos, tratando de transmitirnos su perfil, nos describe al Siervo de Dios como muy elegante, más bien delgado, y de aspecto normal. De carácter dulce y extraordinariamente amable. Era muy piadoso y causaba en el pueblo una impresión ejemplar.

Su mejor conocedor, canónigo e hijo asimismo del pueblo, hace de él la siguiente semblanza: “El Siervo de Dios brilló de manera especialísima por su amor a Dios, practicó una profunda piedad eucarística y mariana. En muchas ocasiones yo le vi permanecer de rodillas ante el sagrario durante largas horas y en tiempo de vacaciones. Era un encanto verle celebrar por su unción y recogimiento. También le vi ayudar a misa al párroco de Alcalalí, que era de edad avanzada. Yo a su

madre le veía todos los días hacer el víacrucis acompañada por el Siervo de Dios, cuando era joven él. No me cabe la menor duda de que vivía constantemente la presencia de Dios”.

Y a continuación describe al Padre Francisco Tomás Serer como un religioso exquisitamente bueno e inteligente. De su bondad daban crédito la laboriosidad, la obediencia, la caridad, la asiduidad en procurar el bien de los otros más que el suyo propio, hasta el extremo final de exponer en serio su vida por prestar un servicio al Padre Bienvenido, que lo podía necesitar.

De su inteligencia privilegiada hablan las calificaciones con que superó todos los exámenes de la carrera eclesiástica y los trabajos que realizó en Madrid en materia de reeducación de menores. Y ciertamente así fue, pues supo hermanar ciencia y piedad como pocos lo han hecho.

Por su parte doña Josefa Mestre resalta en el Siervo de Dios, padre Francisco Tomás Serer, su gran piedad, su humildad y su extraordinaria valentía y fortaleza. Y a renglón seguido añade: “Si yo tuviera que trazar el perfil espiritual sobre el Siervo de Dios, lo haría con los trazos siguientes: una gran fortaleza en su vida, y sobre todo en el momento del martirio; la obediencia a sus padres y superiores, la humildad y sobre todo la caridad que informó todos los actos de su vida”.

Por lo demás, en sus estancias veraniegas en el pueblo de Alcalalí, el Siervo de Dios se mostraba muy prudente, hablaba muy poco y siempre con acierto. El tono de voz era suave y dulce.

Este es su perfil religioso moral, éste su retrato, ésta su semblanza.



**18. P. CRESCENCIO GARCÍA POBO
(1903-1936)**

Biografía

El Siervo de Dios Padre Crescencio García Pobo nace el 15 de abril de 1903, a las cinco de la tarde, en el pueblo de Celadas, Teruel (España). Y es bautizado al día siguiente, en la iglesia parroquial de Santo Domingo de Silos, por el cura párroco don Francisco García. Son sus padres Lorenzo y María asimismo de Celadas.

Fallecido su padre el 6 de abril de 1907, él, de corta edad y el menor de los tres hermanos

supervivientes, es internado en el Asilo San Nicolás de Bari, Teruel, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Andando el tiempo, Crescencio se siente llamado por el Señor a la vida religiosa, por lo que en dicho internado realizará los estudios de latín y humanidades.

En la festividad de la Virgen de los Dolores, 15 de septiembre de 1919, viste el santo hábito en la casa noviciado de San José, de Godella (Valencia). Según la ordenación de entonces cumple sus dos años de noviciado y, el 15 de septiembre de 1921, emite sus primeros votos temporales, pasando a continuación a formar parte de la fraternidad del colegio Fundación Caldeiro, en el Madrid moderno.

Aquí, y durante los siguientes seis años, realiza sus estudios filosóficos y cursa los tres primeros años de sagrada teología. En la Casa Fundación Caldeiro asimismo emite sus votos perpetuos el 15 de septiembre de 1927.

En fecha 16 de Septiembre de 1928, en Godella (Valencia), es ordenado de presbítero por el Venerable Padre Fundador, Mons. Luis Amigó y Ferrer. Y al día siguiente, festividad de las Impresión de las Llagas del Seráfico Padre San Francisco, celebra su primera misa rezada en la casa noviciado.

De 1928 a 1935 ejercitará su ministerio sacerdotal, primero, en la Escuela de Reforma de Santa Rita y posteriormente en el Reformatorio del Príncipe de Asturias, ambos centros en Carabanchel Bajo, Madrid, excepción hecha de un año en Torrente para sustituir al Siervo de Dios, P. Florentín Pérez, enfermo. Pero, al hacerse cargo la congregación en septiembre de 1935 de la Casa Tutelar Nuestra Señora de Covadonga, en Sograndio (Asturias), el Padre Crescencio pasa a formar parte de la fraternidad fundadora. Durante un año, más bien escaso, contribuye eficazmente a que el centro alcance su pleno funcionamiento.

El P. Crescencio, apenas entrado julio de 1936, regresa al Reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid, donde a los pocos días le sorprende la guerra civil española. Ocupado el centro es detenido el Siervo de Dios por primera vez pero, merced a la intervención de D. Luis San Martín, juez del Tribunal Tutelar de Menores, juntamente con los demás religiosos de la fraternidad reciben sus correspondientes salvoconductos.

Martirio

El día 20 de julio de 1936, pues, fue asaltado el Reformatorio del Príncipe de Asturias, de

Madrid, y al día siguiente dispersada la fraternidad, de la que formaba parte el Siervo de Dios Padre Crescencio García Pobo. Y, a pesar de habersele otorgado un salvoconducto, el Padre Crescencio no huyó, sino que prefirió buscar refugio en Madrid.

Halló piadosa acogida en la pensión de doña Pilar Torres, en la plaza del Ángel, número 3 derecha, donde se hace pasar por estudiante de medicina y a quien limpiaba la ropa doña María Rivera, hija del hortelano de la Escuela de Reforma de Santa Rita, Madrid. Apresado, por segunda vez, el 23 de julio cuando marchaba por la calle de la Montera de Madrid acompañado de fray Pedro Gil Sáez, al hallarle sin documentación alguna, el Siervo de Dios fue llevado a la Dirección General de Seguridad, de donde pasó a la cárcel de Ventas -siempre según doña María Rivera- quien lo defendió en el momento mismo de la detención.

“Don Crescencio García Pobo -dice María Rivera- fue detenido en la calle de Carretas el 2 de agosto de 1936 e ingresado ese mismo día en la cárcel de Ventas, donde, después de varios interrogatorios y malos tratos por los rojos, pretendiendo que abjurara de su fe y carácter sacerdotal, fue sacado, en unión de otros presos, el día tres de octubre de ese mismo año y asesi-

nado en las proximidades del Cementerio del Este”.

Cabe decir que en la cárcel de Ventas el P. Crescencio fue destinado al departamento llamado de *intelectuales*, donde tiene ocasión de intimar, entre otros, con el escritor Ramiro de Maeztu, así como también con Federico Santander, periodista del Diario ABC, con quien llegó a intimar.

Efectivamente, en la Causa General de España se halla la fotografía de la saca ordenada por el Comité de Investigación Pública, de Madrid, con fecha tres de octubre de 1936, en cuya lista aparece el nombre del Siervo de Dios y una apostilla que textualmente dice: “Orden de la checa de Fomento para que fuesen entregados a sus agentes varios presos que resultaron inmediatamente asesinados”.

Indudablemente el Siervo de Dios fue una de las muchas víctimas ejecutadas en el lugar conocido como Paracuellos de Jarama, cercano al cementerio del Este, y sepultado después en fosa común.

Semblanza

Tampoco se muestran especialmente largos los biógrafos cuando nos tratan de ofrecer el per-

fil religioso moral del Siervo de Dios. Uno de sus alumnos nos dice que el P. Crescencio sobresalió por el orden en todos sus actos, porque era muy ordenado y metódico. No obstante sí nos han quedado tres retratos del Siervo de Dios realizados por sus mejores biógrafos.

El P. Tomás Roca asegura que “notas destacadas de su carácter fueron la simpatía, la alegría, el agrado, la entrega total a los jóvenes y el interés por conocer todos los avances de la psicología y pedagogía para el tratamiento de alumnos desadaptados”, e indica que “el talante educador lo basó el P. Crescencio en la libertad, en la confianza y en la amistad.”

El P. Joaquín Guillén hace de él el siguiente perfil: “Crescencio García Pobo era de mediana estatura, cara redonda, moreno, joven. Se manifestaba como extrovertido. Sin embargo su interior era sencillo, humilde, mortificado y buen religioso. Parecía superficial, pero era sencillo, sacrificado y fiel cumplidor de sus deberes religiosos”, cosa natural, por lo demás, por la formación religiosa que recibió en sus años de estudiante amigoniano.

Por otra parte, el P. Juan Antonio Vives tc, nos lo presenta como religioso de carácter apacible y risueño. “El Padre Crescencio García Pobo -escribe- fue un religioso sencillo, humilde y sin gran-

des pretensiones, que se distinguió especialmente por su generosa y sacrificada dedicación a nuestra *Misión Específica*".

Toda su vida transcurrió silenciosamente -sin espectaculares alardes- al servicio directo de los jóvenes desadaptados. Con el espíritu propio de la Congregación, se entregó en cuerpo y alma, sin reservar nada, a la educación de nuestros muchachos. Y con su carácter alegre contribuyó eficazmente a su recuperación personal y readaptación social.

El 25 de marzo de 1932 fallece su madre, María Pobo y Pobo. Testigos conocedores de los hechos nos han asegurado que el P. Crescencio gozaba en pasar por Teruel y visitar a su hermana Modesta, la Topeta, y a sus sobrinos José, Pilar, Rafael, Aurora y Desiderio, quienes vivían, saliendo de la ciudad a la derecha en la última casa, antes de tomar la carretera para Celadas.

El P. Crescencio no fue persona de muchos estudios pedagógicos, pero asimiló la ciencia del corazón humano en la convivencia cotidiana con sus alumnos".



19. P. TIMOTEO VALERO PÉREZ
(1901-1936)

Biografía

El Siervo de Dios Timoteo Valero Pérez nació el día 24 de enero de 1901 en Villarejo de Terriente, diócesis de Albarracín y provincia de Teruel. Y el mismo día fue bautizado por don Juan J. García en la parroquia de Santa Ana de su pueblo natal.

Era hijo legítimo de los consortes Jorge Valero Gómez y de María Pérez Pérez ambos, así como

también los abuelos, originarios y residentes en Villarejo de Terriente.

De familia humilde, ingresa de niño en el Asilo de San Nicolás de Bari, fundado por D^a Dolores Romero y Arano -del mismo pueblo del Siervo de Dios- como asilo de caridad para niños pobres y huérfanos, regentado por los religiosos terciarios capuchinos. Allí, pasados algunos años, cursa los estudios de latín y humanidades y prende en él la vocación religiosa amigoniana.

Interesante es la carta que escribe a sus padres antes de su ingreso al noviciado. Entre otras cosas les dice: “Dígoles también que no les apene, aunque algo lo sientan, el que yo les deje, pues entendiendo, según en mi interior siento, que Dios Nuestro Señor me llama al estado religioso, me portaría mal con Él al no seguirlo. Por eso Él mismo dice: “El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí”; además seguro estoy, y muy seguro, de que por haberme consagrado a su servicio no les faltará nada absolutamente, supliendo Él, sin que Vds. lo noten, lo que yo les había de suministrar”. Y a continuación encarga encarecidamente a sus padres manifiesten su gratitud a D^a Dolores Romero, la fundadora del Asilo San Nicolás de Teruel.

El 15 de septiembre de 1917 viste el hábito de terciarios capuchino e ingresa al noviciado en la

Casa Noviciado de San José, de Godella (Valencia). Concluido el bienio, en la festividad de la Virgen de los Dolores -15 de septiembre de 1919- hace su primera profesión religiosa en la misma casa noviciado.

Formando parte de la misma fraternidad, los dos años siguientes realiza sus estudios filosóficos, que finalizará en la casa Fundación Caldeiro, de Madrid, el curso de 1921-1922.

Durante los años de 1922 a 1926 realiza los estudios de sagrada teología en las fraternidades del Reformatorio del Príncipe de Asturias y en la Escuela de Reforma de Santa Rita, ambos centros en Carabanchel Bajo, Madrid. En esta última fraternidad emite su profesión perpetua el 15 de septiembre de 1925.

El 16 de septiembre de 1928 es ordenado de presbítero por el Venerable Padre Fundador Mons. Luis Amigó en la Casa Noviciado de San José, de Godella (Valencia). Y al día siguiente, festividad de la Impresión de las Llagas del Seráfico Padre San Francisco, celebra su primera misa cantada.

La mayor parte de su ministerio pastoral lo desarrolló en la Escuela de Reforma de Santa Rita de Carabanchel Bajo, Madrid, donde dejó una huella imborrable en su servicio de cateque-

sis y sacramentalización a los jóvenes extraviados. Desarrolló asimismo su ministerio pastoral en la Casa Fundación Caldeiro, Madrid.

De su estancia en esta última fraternidad nos ha dejado un alumno suyo -D. Julián Carlos Castillejo de Medina- la siguiente anécdota: “Ya en 1931, al proclamarse la República, era tal el peligro que corríamos que ocultaron las imágenes, y recuerdo perfectamente que el Siervo de Dios, P. Timoteo Valero, me condujo hasta el sagrario, lo abrió y me dijo: *Tenemos que consumir las Sagradas Formas, para que no las profanen...* y, después de abrir el sagrario y destapar varios copones que había, las consumimos entre las dos todas, hasta incluso la que había para la Exposición”.

De nuevo en la Escuela de Reforma de Santa Rita -Carabanchel Bajo, Madrid-, en esta fraternidad le coge la guerra española hasta que, disuelta la fraternidad y perseguidos sus miembros, el Siervo de Dios consiguió encontrar piadoso refugio en la ciudad.

Martirio

El 17 de julio de 1936 el P. Timoteo Valero acompaña una excursión, con los jóvenes que mayormente habían aprovechado durante el

curso en los estudios, a la Granja de San Ildefonso de Segovia, pasando a continuación a visitar la ciudad del Acueducto Romano. Pero los excursionistas hubieron de volver ya más presto que de costumbre, por cuanto los acontecimientos no presagiaban nada bueno.

Ocupada la Escuela de Reforma de Santa Rita el 20 de julio de 1936 por los milicianos, y convertida en checa, al día siguiente los religiosos se disperdigaron por Madrid en busca de cobijo. El Siervo de Dios P. Timoteo Valero -según su discípulo señor Castillejo- se refugió en casa de una costurera del colegio, llamada doña Laura; pero allí estuvo muy poco tiempo, seguramente tan sólo unas horas, para dirigirse luego a casa de su hermano Roberto. En casa de su hermano fue detenido, según dijo la misma doña Laura, que conocía de las interioridades del colegio.

Posiblemente lo delató Agustina, hermana de la mujer de Roberto y con quien no estaba en buenas relaciones. Hicieron los milicianos un minucioso registro que resultó frustrado. Salían ya de la casa los agentes convencidos de que no había en ella sospechoso alguno. Pero, como el Siervo de Dios era tan chirigotero, cuando su cuñada cerró la puerta, él, yendo de puntillas sobre el pasillo, por el agujero de la cerradura hizo una de tantas llamando la atención. Dándo-

se cuenta los milicianos volvieron sobre sus pasos, obligando a su cuñada a sacarlo, siendo prisionero desde ese momento.

Así pues, fue detenido en el domicilio de su hermano Roberto, calle Silvela 92 entonces, y luego 104, el día 14 de septiembre de 1936, siendo conducido a la calle Lista, número 65, de donde pasó a la checa de Fomento. El Siervo de Dios fue sacado para el martirio y ejecutado, según consta por testigos y documentos, en el pueblo de Vicálvaro, Madrid, el 17 de septiembre de 1936, sabiendo los malhechores que era sacerdote y religioso.

Su mismo hermano Roberto, que compareció para el reconocimiento del cadáver, reconoció el de su hermano en la fotografía nº 92. Había sido enterrado en el cementerio de Vicálvaro en fosa común.

Semblanza

Los superiores mayores apreciaron en el Siervo de Dios dotes especiales para el desarrollo de la misión específica de la Congregación, es decir, para la reforma de la juventud extraviada, razón por la que con muy buen criterio siempre lo destinaron a escuelas de reforma o de protección paternal. Y hay que decir -según aseguran sus

biógrafos- que acertaron plenamente, pues todos ellos sostienen que el P. Timoteo Valero era un joven sacerdote, alegre, músico, jovial, bromista, que conectaba mucho con los jóvenes, que se distinguía por su laboriosidad y por sus aciertos en la educación de la juventud descarriada.

El P. Tomás Roca, historiador del instituto amigoniano, destaca en el Siervo de Dios su alegría con los jóvenes. Pretendía -dice- que estuviesen todos contentos. Y otro hermano en religión certifica que el P. Timoteo Valero se cuidaba mucho del estudio psicológico de cada uno de los alumnos para, de esta forma, llevarlos con mayor eficacia a una buena educación.

De todas formas quienes mejor conocieron al Siervo de Dios, como ocurre casi siempre, fueron sin duda sus compañeros de estudios y de hábito. Suelen ser ellos quienes mejor delinean su retrato físico y espiritual, es decir, quienes mejor suelen trazar su semblanza. Uno de ellos lo hace con estas palabras: “El P. Timoteo Valero era guapo y de aspecto agradable. Carácter alegre, jovial y bromista. Realizó una gran labor con la juventud, sobre la que tenía un especial ascendiente. Era organista. Fiel cumplidor de sus deberes religiosos. En su época era general la fiel observancia del reglamento. Teníamos ocupadas todas las horas en las cuales no faltaban las abundantes

prácticas piadosas. No se concebía que nadie faltara a estas prácticas”.

Finalmente el P. Juan A. Vives Aguilera te nos ha dejado el siguiente perfil religioso moral del Siervo de Dios: “El P. Timoteo Valero -de inteligencia despierta y de ánimo emprendedor e inquieto- sobresalió por su entrega generosa, sacrificada y callada a los jóvenes confiados al cuidado pastoral de la Congregación...”

En la Escuela de Reforma de Santa Rita –donde estuvo un total de doce años– llevó a cabo una eficaz labor pedagógica con los menores. Su carácter abierto y expansivo le ayudó mucho a ganarse el afecto de sus alumnos”.



20. CARMEN GARCÍA MOYON (1888-1937)

Biografía

Carmen García Moyon, penúltima de cinco hermanos, nace el 13 de septiembre de 1888 en la ciudad francesa de Nantes. A los diez días, el 23 del mismo mes y año, recibió las aguas bautismales en la iglesia de Notre-Dame de Bon Port, también de la ciudad de Nantes.

Es hija de padre español, exiliado en aquellas tierras por haber luchado en las filas carlistas, y de madre francesa. De aquí que, cuando pasó a

esta parte de los Pirineos, se la conociera con el apelativo cariñoso de *la francesita*.

A su debido tiempo recibió la confirmación, y poco más tarde la primera comunión. Luego de una prolongada catequesis, por supuesto. Pues se estaba en la creencia entonces de que para recibir el Pan de los Ángeles, o el Pan de los Fuertes, que también con este nombre se conocía la Eucaristía, era preciso que los niños tuvieran mucho juicio y conocimiento.

Educada religiosamente en el seno de una familia muy católica –dicen que su padre era un carlista a machamartillo y su madre una mujer de fina sensibilidad-, Carmen da muy pronto muestras de sus verdaderos sentimientos cristianos, que posteriormente defenderá con todas sus fuerzas.

Mujer de temperamento heroico y de una amabilidad sin límites, se revolvía valientemente, sintiendo en sí hervir la ira de Dios, cual otro san Juan Eudes ante un hereje, para defender sus derechos y los de la Iglesia.

Posiblemente a principios del presente siglo XX la familia volvió a España, instalándose en la ciudad de Segorbe, patria del padre y donde todavía quedaban algunos de sus familiares más cercanos. Pues, dicen, “vivía de joven en Segorbe con

sus padres y era conocida por ser llamada “la francesita”. Seguramente que el contacto con las hijas del Venerable Padre Luis Amigó que, desde 1898, regían el Asilo de Nuestra Señora de la Resurrección cautivó su vocación.

El 11 de enero de 1918, junto con su amiga Asunción Fernández, ingresa en el noviciado de las Hermanas Terciarias Capuchinas, en Altura (Castellón), trocando su nombre de pila por el de Esperanza de Nantes. Y dos años más tarde, en la misma fecha, emite sus primeros votos temporales. Posteriormente, comprendiendo que su espíritu es más proclive a una mayor actividad apostólica, ambas amigas no renuevan sus votos, por lo que abandonan la congregación que fundara el Venerable Luis Amigó.

En el año 1924 las encontramos en Manises (Valencia), donde han fijado su residencia y, a la vez que trabajan, dan muestras de su acendrada religiosidad. Dos años más tarde se trasladan a Torrent (Valencia), y se instalan en la calle Santa Ana 35, calle paralela a la del Convent. Carmen instala un taller de modista donde se ejercita en todas las virtudes, lo que la hace acreedora al cariño y respeto de cuantos la conocen.

Desde los primeros momentos se puso al servicio de Dios, sirviendo a la fraternidad de Terciarios Capuchinos del convento alcantarino de

Nuestra Señora de Monte Sión. Cooperadora parroquial colabora tanto en la reparación de ornamentos sagrados, cuanto en el cuidado y decencia de la iglesia del convento. Testigos de su abnegación y desprendimiento es la fraternidad de Monte Sión, que tenía en Carmen su más fiel colaboradora.

Defensora ardiente de sus creencias religiosas en los años de la República, no dudó en proclamar por calles y plazas el santo nombre de Dios. En 1931, y con motivo de haber derribado la cruz que campeaba en el calvario del convento, organizó una gran manifestación que, llevando al frente *una cruz de caña*, se presentó ante el ayuntamiento para protestar de tamaño ultraje.

El año 1934, cuando el presidente de la Real Pía Unión de San Antonio de Padua funda la sección femenina, fue una de las primeras mujeres en acudir a su llamamiento, siendo siempre una de las más fieles colaboradoras en la organización de la sección femenina. En la primera junta directiva es nombrada tesorera.

Llevada de su celo apostólico, y fruto de su iniciativa, organiza la catequesis para niñas, a quienes enseña los rudimentos de la religión, primero en su propio domicilio y luego en los locales de la Real Pía Unión de San Antonio.

Iniciada la guerra de 1936, juntamente con otras antonianas, se dedica a visitar y socorrer a los católicos que estaban escondidos, llevándoles no sólo alimentos para sus cuerpos, sino también la Eucaristía para fortalecer sus espíritus hasta que, finalmente, el día 30 de enero de 1937, en una tarde fría y desapacible, es arrancada de su domicilio y llevada camino de Montserrat. Allí, de forma violenta, concluiría su cristiana existencia.

Martirio

El 14 de abril de 1931 triunfaron las izquierdas. Y se proclamó la II República. Y tiempo faltó para iniciar la quema de conventos. En Torrent una de las primeras acciones fue la de subir al convento y derribar la cruz que campeaba en el calvario. Carmen y compañeras organizan una gran manifestación ante el Ayuntamiento para protestar de tamaño ultraje. Posiblemente desde entonces fue fichada por los integrantes del llamado Frente Popular.

Pero es que, días después, también en Torrent, un grupo de exaltados subió nuevamente al convento y, por su cuenta y riesgo, comenzó a demoler los casalicios del calvario. Pero Carmen, y compañeras del Real Pía Unión de San Antonio,

no estaban dispuestas a permitirlo. E inmediatamente subieron al convento. Al rumor de lo que sucedía el superior que se asoma al pequeño balcón de la fachada:

- “¿Ha dado usted, padre, permiso para derruir el calvario?”, preguntó Carmen.

- “No sólo no he dado permiso, sino que me opongo a ello”, replicó éste.

Fue lo suficiente para que Carmen y compañeras indicasen al piquete informativo el camino del regreso al ayuntamiento, a cuyo cabecilla zarandearon bien a su gusto y placer. Seguramente que este incidente vino a aumentar aún más la inquina contra Carmen.

Pero lo que vino a precipitar los hechos fue la denuncia que formuló una joven que iba a casarse. Apenas entrado el 1937, una chica del pueblo, de nombre María Vilata, y de apodo la Boua, acudió a Carmen para que le confeccionase el vestido de novia. Se iba a casar con uno, sino del comité sí, por lo menos, muy adicto al mismo. La boda, naturalmente, no se podía hacer sino por lo civil. Y a Carmen no se le ocurre otra cosa sino aconsejar a la chica en cuestión:

- “Espera un poco a que termine esta situación de persecución y te podrás casar por la Iglesia”.

Faltó tiempo a la chica para contárselo a su novio, el novio al comité, y venir los del Comité con dos coches a casa de Carmen para darle *el paseillo*.

Al anochecer del 30 de enero de 1937 dos coches se pararon en calle Santa Ana frente al número 35. Lllaman a la puerta. Carmen, que lleva de la mano a un pequeño de apenas cuatro años, hijo de su amiga, indica al niño que abra. Apenas abrió el niño, la conminan a subir a uno de los coches. Carmen inmediatamente se supuso que era para el consabido *paseillo* sin retorno. Ya había dicho ella muchas veces a sus amigas:

-“A nosotras será a las primeras que nos arreglarán, porque somos católicas de cuerpo entero”.

Efectivamente, así fue. Carmen, mujer fuerte de cuerpo y de espíritu, se resistió lo indecible, al tiempo que el niño se aferraba a su falda. En su ayuda acudió Consuelo Vilarroya, que vivía en la casa de al lado. Pero un miliciano le colocó un pistolón ante el pecho. Ante media docena de hombres fornidos hubo de acomodarse por la fuerza en uno de los coches. Y ambos vehículo partieron por la carretera hacia Monserrat.

Apenas traspusieron el cerrillo del alto la carretera desciende levemente hacia un valle apenas insinuado. Es la llamada partida del

Tollo, camino de Morredondo y término municipal todavía de Torrent. Allí los asesinos, a la altura del *Barranc de les Canyes* y frente a la casa de camineros, hacen bajar del coche a Carmen e intentan abusar de ella, quien se resiste valientemente diciendo:

- “Me mataréis, pero no abusaréis de mí”.

Finalmente, vista la inutilidad de sus deseos, le rocian con gasolina y le prenden fuego. El espectáculo es dantesco, tanto que les llega incluso a horrorizar, puesto que es una tea ardiente vagando por el campo, hasta que se desploma por el suelo y allí se va consumiendo lentamente.

Antes de morir, según los mismos asesinos contaron luego en el bar de Lluiset, en la Plaza, grita: *¡Viva Cristo Rey!*, lo cual repite varias veces.

Semblanza

Los diversos testigos del proceso informativo son concordes en afirmar que la Sierva de Dios, en el aspecto humano, era muy cariñosa y comprensiva; en el aspecto físico, era de pequeña estatura, llenita, la cara bien parecida, de carácter acogedor y de mirada serena y penetrante; y en el aspecto moral nos la describen como una persona muy religiosa y muy piadosa, que apro-

vechaba cualquier motivo y cualquier momento para la enseñanza de la religión, ya que vivía intensamente su cristianismo.

Indudablemente, y ateniéndonos a las informaciones de que disponemos, sin duda Carmen heredó de su buen padre el carácter franco y honrado de todo buen carlista, pues “recibió una formación religiosa según las enseñanzas del padre, buen católico y defensor de los ideales, inicialmente, de Dios y patria”. Por parte de su madre recibió esa fina sensibilidad femenina y sentimientos misericordiosos. Y de ambos, un espíritu franco, serio, altruista y desinteresado.

Por esto, quien bien le conoció en su primera época dice que Carmen era de carácter vivaz, festivo, de mirada abierta. Que sintió revivir en sí misma la fe y el valor paternos para defender el ideal católico que había recibido de su padre antes de ingresar en religión. Y que, comunicativa como era, manifestó luego su ideal católico.

Con el tiempo, y ya en la casa noviciado de las Terciarias Capuchinas, sin duda recibió ese espíritu franciscano y amigoniano, tan sacrificado y desprendido, hecho de minoridad y fraternidad, profundamente misericordioso y redentor, y tan dado a la amistad y hospitalidad, obediente, pobre, sencillo y acogedor.

El perfil espiritual de Carmen está recogido, a mi ver, en lo que la misma regla les decía: “los hermanos y hermanas sean mansos, pacíficos y modestos, apacibles y humildes, hablando con todos dignamente, como conviene. Y dondequiera que estén y a cualquier parte que vayan por el mundo, no litiguen ni se traben en discusiones, ni juzguen a los demás, sino que han de mostrarse gozosos en el Señor, alegres y convenientemente agradables. Y saluden diciendo: El Señor te dé la paz”.

En el tramo final de su vida su amiga Consuelo Villarroya delinea su silueta espiritual con estas palabras: “Carmen era una persona excelente, muy buena amiga, muy católica y muy valiente, era muy piadosa y frecuentaba diariamente el *Convent*, siempre dispuesta al servicio de los padres bajo los diferentes aspectos, particularmente como costurera o modista en aquellos tiempos. Verdaderamente practicaba las obras de misericordia con los pobres y enfermos y también era muy dada a hacer de catequista”.

Un asistente a sus catequesis decía ya en su madurez: “A la Sierva de Dios Carmen García Moyon yo la admiré desde niño como una auténtica líder del pensamiento cristiano femenino. Hoy la hubiese calificado de feminista en el auténtico y buen sentido de la palabra. Era de

una vida de piedad intensa, que no solamente se limitaba a realizar actos de piedad normales de meditación, vida eucarística, devoción a María, sino que después lo llevaba a la práctica en un apostolado muy sentido y atrayente. Solía repetir, y así lo hacía, que había que introducir la religión en todas partes”.

Por lo demás la Sierva de Dios tenía un carácter enérgico, fuerte en sus convicciones, capaz de todo sacrificio para transmitir sus ideales, pero hay que advertir que el que fuera una mujer ardorosa y viva, en la vivencia y defensa de su fe, no era obstáculo para que fuera una mujer tremendamente humana, sencilla, respetuosa con todos, y siempre de una educación exquisita.

Desde luego el testimonio de Carmen García Moyon, como cooperadora parroquial, como catequista, y como miembro de la Real Pía Unión de San Antonio, rubricado con la gracia del martirio es, para la mujer cristiana, todo un modelo de belleza extraordinaria.





**1. HNA. ROSARIO DE SOANO
(1866-1936)**

Biografía

Soano es un delicioso pueblecillo de Cantabria, frente al mar. En él vio la luz Petra María Victoria el 13 de mayo de 1866. A las tres de la mañana. Momentos antes del primer canto de los gallos. Es hija de Antonio Quintana de la Cuesta, natural de Soano, y de Luisa de Argos Cabanzón, oriunda de Yola.

A los apenas dos días del nacimiento recibe las aguas bautismales en la parroquia de Soano,

aneja a la de Noja. Le administra el bautismo don Antonio María de la Torre, párroco del lugar. Su familia, de corte tradicional, muy religiosa y ejemplar, vivía los preceptos y enseñanzas de la Iglesia.

Los domingos y días festivos, dice un testigo, se asistía a la santa misa y, cada día, se rezaba el rosario en familia, se tenían las oraciones de la mañana y se bendecía la mesa. Los padres capuchinos de Montehano, convento cercano del lugar, cultivaban espiritualmente Soano desde los años en que se restauró el convento. Y el Venerable Luis Amigó dio allí comienzo a sus ministerios sacerdotales. Petra María Victoria, en religión Madre Rosario de Soano, le oyó predicar en más de una ocasión.

El pueblecillo únicamente disponía de una escuelita para niños. A las niñas, pues, no se les ofrecía la posibilidad de aprender a leer, escribir y números, por lo que generalmente permanecían analfabetas. No obstante, Petra María Victoria se cultivaba espiritualmente.

A la edad de trece años -otros dicen catorce- quedó huérfana de madre, por lo que se vio en la necesidad de suplirla en la atención a sus tres hermanos menores: Feliciano, Juan y Eleuterio. ¡Ah! y sin olvidar por ello de ayudar a su padre en las labores del campo. Por eso durante su

juventud Rosario “supo de vacas, cuabras y piosos, de campos de heno y de pastoreo, de ordeño, leche y queso, de cultivo de hortalizas y de recolección y desgrane de maíz”.

Muy pronto siente la vocación a la vida consagrada. Ella, con otras jóvenes de Soano, deposita su confianza en los capuchinos de Montehano. En aquel entonces conoció el P. Luis de Masamagrell, bien por las visitas que el P. Luis hacía a Soano, bien por las que Rosario regularmente hacía a Montehano para su confesión y dirección espiritual.

Pronto su padre contrae segundas nupcias, por lo que Petra María Victoria tiene que salir del hogar a servir. Se puso a trabajar en casa de los señores Galán por un duro al mes. Experimentó la pobreza y dureza de la vida. Y a los 23 años, aún no cumplidos, emprende viaje para ingresar en la congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Era el 8 de mayo de 1889.

El 14 de mayo de 1890 viste el santo hábito religioso, cambiando su nombre civil por el de Rosario de Soano. Y, terminado el noviciado, el 14 de mayo de 1891 emite sus primeros votos religiosos.

Comprendiendo la necesidad y el valor de la cultura, trabajó con tesón y constancia en la

adquisición de unos conocimientos adecuados y, ciertamente, lo consiguió, como lo manifestará luego en el desempeño de sus cargos. Transcurrido el quinquenio de votos temporales, el 14 de mayo de 1896 emite sus votos perpetuos.

Con el transcurrir de los años es elegida superiora local de las casas de Segorbe, Altura, Mas-samagrell, Meliana y Ollería. Maestra de novicias de 1905 a 1908. Consejera general de 1896 a 1914. Consejera general y vicaria de 1926 a 1936. Y, superiora general de 1914 a 1926, dos sexenios, en cuyo período giró la visita canónica a las hermanas de Colombia.

Luego de 33 años de vida religiosa, sin ver a su familia, con autorización expresa de su P. Fundador y costeándole el viaje Mons. Atanasio Soler, Vicario Apostólico de la Goagira, fue a visitar a su anciano padre. El pueblo de Soano le preparó un gran recibimiento. Causó enorme emoción el gesto del padre, ya octogenario, arrodillándose a la entrada del pueblo, sin que ella pudiera evitarlo, para pedir perdón a su hija por el disgusto que le dio cuando se casó por segunda vez. Padre e hija se abrazaron, arrodillados, dando rienda suelta a las lágrimas.

Al partir en visita canónica la superiora general a Venezuela y Colombia, la madre Rosario de Soano quedó como responsable del gobierno de la

Congregación en España. Así es cómo le tocó afrontar la terrible situación creada por la revolución que siguió al 18 de julio de 1936.

Martirio

El 18 de julio de 1936, pues, se produjo el Alzamiento Nacional. Y dos días más tarde el señor alcalde de Massamagrell dio ya a las Hermanas Terciarias Capuchinas la orden de desalojar el convento. Estaba compuesta la fraternidad de 43 hermanas, entre profesas, novicias y postulantes. Las últimas en abandonar la casa fueron la madre superiora, Serafina de Ochovi, y la madre vicaria, Rosario de Soano.

La primera noche la pasaron en casa del tío Juan, un huertano generoso del pueblo de Massamagrell, en una especie de desván o granero en la parte superior de la casa, situada ya en la huerta. Los días siguientes se fueron dispersando en busca de refugio en casa de los propios familiares y amigos. Y el día 26 acabaron de dispersarse las religiosas alojándose en casas de personas piadosas de distintas poblaciones.

Las madres Rosario de Soano y Serafina de Ochovi hallaron provisional cobijo en la casita de Carmen dels Mudets, situada en la plaza de la

Iglesia. No creyendo conveniente continuar juntas ambas religiosas en la misma casa, para no comprometer a la familia, la madre Rosario de Soano encontró amparo en casa de una pobrecita viuda, sita en la calle Sati 18, hoy calle San Juan. En esta situación de catacumbas pasaron ambas hermanas casi un mes.

Enterado el Comité de Puzol, Valencia, dónde se encontraban refugiadas ambas madres, fueron en su busca acompañados de unos rojos de Mas-samagrell, el Cacahuero, el Músic y el Furo, con algunos otros del Grao de Valencia.

“El día 21 de agosto de 1936 -dice sor Benjamina de Gama-, a las seis de la tarde, me detuvieron con la madre Serafina; me encontraron en el sitio donde estaba escondida, me dijeron que a quien tenía miedo y les dije que a ellos; me hicieron bajar de muy malas maneras a donde estaba la madre”.

A las ocho de la tarde llegó a la puerta el coche de la calavera, llamado Fantasma, que no era sino el coche del señor Arzobispo de Valencia, requisado y pintado de negro y con una calavera encima. Con la madre Rosario de Soano, que detuvieron en otro refugio diferente, nos hacen subir entre gritos e insultos. Nos tuvieron detenidas en la calle Mayor, frente al Sindicato. La gente decía:

- “¿Ya os las lleváis?”

En Rafelbuñol les pararon en el Sindicato para recoger al P. Leandro de Losa del Obispo, capuchino. Y, alrededor de las once, llegaron a Puzol. Entraron en el Comité, que era el convento de las Hermanitas de los Pobres.

“Al bajar del coche -dice Benjamina de Gama- de miedo que tenía, pues nos pensábamos que nos dejaban por el camino, yo iba en medio de las madres. Nos pasaron a una habitación. Ellas se sentaron en dos sillas y yo en un colchón en el suelo. Las tres rezábamos y nos preparábamos para morir”.

Les llevaron algo de cena pero, como era tarde, les dijeron que al día siguiente les juzgarían. A la hermana Benjamina le pasaron a otra habitación contigua. Ella, sin decir nada y sin saber cómo, se fue. Había en esta habitación dos milicianas en una cama, y en un colchón en el suelo estaba Asunción Izquierdo, de Massamagrell, a quien conocía Benjamina. Le dijeron que se acostase con ella. Ésta, viendo que llevaba aún el anillo, le dijo que se lo quitara, ya que la comprometía. Y así lo hizo, colocándoselo en uno de los dedos del pie.

Al día siguiente, lo mismo a Asunción que a las madres les hicieron trabajar mucho. A eso de

las nueve le llamaron para desayunar. Acudió a una habitación donde estaban las madres sentadas a una mesa y un miliciano a cada lado. Había mucho desorden de cosas, que habían requisado, tiradas por el suelo. Benjamina, ya desde la noche anterior, no pudo hablar con las madres ni una palabra. El café con leche que les llevaron no lo querían tomar. Seguramente debía tener coñac o alguna cosa para embriagarlas, pues lo que querían era dinero y quería declarasen dónde lo tenían para robarles. Por eso todo su afán era buscar las cabezas.

Las madres llevaban un pañuelo negro a la cabeza y un miliciano les dijo que para qué lo querían, que se lo quitasen... Las trataron muy mal y les hicieron trabajar mucho. Tenían las manos quemadas de limpiar somieres y de fregar.

Las mataron esa misma noche del día 22. Al día siguiente, Carmen la miliciana, también llamada la Homenca por su aspecto varonil, dijo a sor Benjamina:

- Ya he matado a tus compañeras.

- Y sor Benjamina le preguntó: ¿Cómo tienes valor para eso?

- Y ésta respondió: ¡Tengo unas ganas de matar...!

Dicha miliciana era, según consta en los sumarios, la que daba el tiro de gracia a los ajusticiados. Tenía entonces veinte años.

Benjamina, que salvó su vida por ser joven y porque le creyeron una infeliz, le dedicaron a enseñar a los niños. Cuando pasaron dos años fue a visitarla un miliciano a la escuela en que ejercitaba dicho ministerio. Se quitó su anillo y le dijo:

- ¿Conoces este anillo?

Benjamina dijo que sí, que era de una de las madres.

Y el miliciano le dijo que, cuando la iban a matar, se lo quitó y le dijo:

- Toma, te lo entrego en señal de mi perdón.

Sus restos mortales aparecieron en Mas Maciá, en el Camino de Tránsitos de Puçol, en cuyo cementerio, y por el momento en lugar desconocido, reposan.

El capuchino P. Ludovico de Castellón, director espiritual que era de la madre Rosario de Soano, asegura que dicha madre le había pedido permiso para ofrecerse a Dios como víctima de expiación por los pecadores, por la Iglesia y por la Congregación y morir mártir, si llegase el caso.

El P. Ludovico le concedió el permiso y el Señor, sin duda, le otorgó la gracia.

Semblanza

La dureza e inclemencias de la vida y el trabajo responsable en el seno de una familia honrada y piadosa, suelen ser instrumentos para formar caracteres amables y sacrificados, sencillos y cumplidores. ¡Ah!, y de una inmensa bondad, misericordiosos y compasivos. En este sentido no hay universidad que iguale la influencia formativa, en la niñez de sus vástagos, de una familia honrada y religiosa.

Este fue el caso de Rosario de Soano. Ya desde sus años jóvenes se vio obligada a atender a sus hermanos menores, a la vez que ayudaba a sus padres en las faenas del campo. Por otro lado los capuchinos del cercano convento de Montehano, donde tenía su director espiritual y en cuya orden tercera ingresó Rosario, fueron modelando su alma en ese espíritu franciscano ascético y piadoso, pobre y sacrificado, humilde, providencialista y gozoso.

Cuando quienes mejor le conocieron intentan esbozar su retrato aseguran que la madre Rosario era alta y llenita, en una palabra, una mujeron. Tenía un carácter muy atrayente. Poseía

verdadero don de gentes. Y era buenísima espiritualmente. Una hermana en religión la describe como una religiosa alta y gruesa, muy amable, con quien todas las hermanas estaban muy contentas. No era de las que suelen corregir mucho, sino que más bien se mostraba acogedora,

Cuando se trata de delinear su perfil espiritual, lo hacen con las siguientes pinceladas: Era un alma de profunda oración y de una austeridad manifiesta. Se distinguió por su humildad, pobreza y sencillez de vida. Y era de una extraordinaria bondad para con todos y de una profunda piedad para con Dios.

Sus cargos de consejera general, vicaria o superiora general durante la mayor parte de su vida religiosa, contribuyeron a modelar en ella un carácter muy humano, misericordioso, maternal y compasivo. Un su biógrafo, en un intento por transmitirnos su perfil espiritual, lo hace con estas palabras: “La bondad de su carácter se complementaba con la entereza de su espíritu mortificado y con su acendrada vida de oración. Mujer de honda vida espiritual, contemplativa y emprendedora al estilo de Teresa de Jesús, sentía franciscana devoción por el misterio de la Pasión el Señor y, siguiendo el ejemplo del P. Amigó, cada día la meditaba en el Vía Crucis. Sentía también gran devoción a la Virgen del Rosario y

cada día pedía con insistencia la venida del Espíritu Santo”.

Este es en breve pincelada el perfil religioso de quien, cuando las hermanas, elogiando sus buenas cualidades, le decían: “¡Qué gitana!” Ella respondía: “¡Soy la gitana de Jesús!” Ésta, su silueta espiritual.



2. HNA. SERAFINA MARÍA DE OCHOVI (1872-1936)

Biografía

Ochovi, pueblecillo navarro de la cuenca de Pamplona, de cuya ciudad dista 15 kilómetros, está recostado a la falda de una verde colina. El censo de 1986 le otorga 26 habitantes de hecho y 31 de derecho.

En esta aldea del valle de Iza nace Manuela Justa, que este el nombre civil de la madre Serafina María de Ochovi, el 6 de agosto de 1872. Es la penúltima de ocho hijos del matrimonio for-

mado por Hilarión Casimiro Fernández, pamplonés, y Juana Francisca Ibero, natural de Ochovi. Al día siguiente de nacer recibió el bautismo en la iglesia parroquial de San Juan Bautista, de dicha población, de manos de don Esteban Esparza.

La niñez de Manuela Justa transcurrió feliz y tranquila, rodeada del cariño de todos los suyos. Hija de una familia buena, patriarcal, de Navarra, frecuentaba la escuelita del pueblo, menester que alternaba con los trabajos domésticos y los juegos propios de su edad. También asistía a las ceremonias parroquiales, pues vivía en la plazuela de la iglesia en una casa que está frente a la del párroco, quien recuerda que las chicas salían por la parte de atrás de la casa por una escalera de madera, apoyada en una amplia ventana, para ir a la iglesia, de la que distaba muy pocos metros, diez o doce, o poco más.

Sus padres eran buenos cristianos, a la antigua, piadosos y trabajadores, que vivían pobremente. De hecho dos de sus hijos, fray Bernardo y fray Otón, fueron hermanos legos capuchinos, y otras dos de sus hijas, las hermanas Serafina y Bernarda, terciarias capuchinas.

Tampoco es de extrañar esta eclosión de vocaciones en la familia Fernández-Ibero, pues la campana de la iglesia marcaba el horario de vida

de Ochovi y el párroco acomodaba el horario de la misa y rosario a las necesidades de los feligreses, todos ellos labradores, lo que hizo de Ochovi un pueblo levítico.

A los quince años de edad Manuela Justa ingresa en religión, animada sin duda por sus hermanos capuchinos. Era el 8 de mayo de 1887, en el Santuario de Montiel, en Benaguasil –Valencia–, en la recién fundada congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia.

El 14 de mayo de 1890 toma el santo hábito de manos del ya Venerable P. Fundador, Fray Luis de Massamagrell, cambiando su nombre de pila por el de Serafina María de Ochovi, en religión. Y, luego del año de noviciado, emite sus primeros votos.

Después de un quinquenio de votos temporales emite los perpetuos el 14 de mayo de 1896. En este tiempo se manifestó como religiosa piadosa, observante y muy amante de la pobreza. Era, por su carácter, muy formal, seria y responsable.

En el tercer capítulo general de la congregación, que se celebró en 1902, fue elegida ya consejera general, cargo para el que fue reelegida en los cinco capítulos generales siguientes. Su vida religiosa se deslizó pacífica y normal, cumpliendo ejemplarmente los oficios que la obediencia le

sañalaba, ya en la enseñanza de niñas huérfanas, ya en la postulación para el sostenimiento de las mismas o en cualquier faena doméstica.

Hizo compatible su cargo de consejera general con el de superiora, sucesivamente, de las fraternidades de Segorbe, Massamagrell, Altura, L'Ollería, Carcaixent, Valencia (Seminario) y nuevamente Massamagrell, en cuya fraternidad le cogió la guerra, y de cuyo pueblo la madre Serafina salió para el martirio.

Martirio

Iniciada la guerra inmediatamente comenzó en Massamagrell, Valencia, la persecución religiosa. Don Enrique Sancho Piquer así relata lo sucedido en el convento capuchino de La Magdalena, en dicho pueblo de la Huerta Levantina, el 18 de julio de 1936, fecha en que se inicia el Alzamiento Nacional o da comienzo la guerra:

“Yo me encontraba en el seminario seráfico de Massamagrell -manifiesta - y los superiores nos dijeron que teníamos que salir inmediatamente, porque habían avisado de Valencia que estaban quemando la parroquia de Los Santos Juanes y a continuación vendrían a quemar el edificio de La Magdalena. Para mí fue una tragedia que, a mis once años, a las diez de la noche nos hicieran

salir, de cualquier manera vestidos, para no ser sorprendidos en el momento de la quema”.

La imagen de unos seminaristas de once años, que huyen despavoridos en medio de la noche entre naranjales porque les han dicho que vienen a incendiar el seminario el mismo día que da comienzo a la guerra, es la imagen más patética y viva de que en Massamagrell se trataba de una verdadera persecución religiosa, no ya sólo contra personas o cosas, sino contra la misma religión.

Otro testigo de los hechos, en aquel entonces novicia terciaria capuchina, ha asegurado: “A mí me tocó sacar la imagen de la Inmaculada Concepción. Es indescriptible lo que sentía al ver que sacaba la imagen para que ellos la quemaran. A continuación nos obligaron a desalojar nuestra casa y catorce nos refugiamos en un salón de una casa de enfrente, de una persona religiosa”.

El día 26 acabaron de dispersarse las hermanas alojándose en casas de personas piadosas en distintas poblaciones. Precisamente la última en abandonar el convento fue la madre Serafina, que era la superiora del convento. La Sierva de Dios halló piadoso cobijo en casa de Carmen dels Mudets, situada en la plaza de la iglesia y desde la que seguramente pudo contemplar en la misma la quema de las imágenes y objetos de

culto tanto de la parroquia, como también del propio convento.

Cerca de un mes pasó escondida la madre Serafina de Ochovi, juntamente con la hermana Benjamina de Gama, en dicho refugio. Hasta que, por fin, enterado el Comité de Puzol dónde estaban refugiadas, fueron a buscarlas acompañados de milicianos de Massamagrell, alias el Cacahuero, el Músic y el Furo, a más de otros del Grao de Valencia.

El día 21 de agosto, viernes, a las seis de la tarde fueron detenidas ambas religiosas. A la hermana Benjamina le hicieron bajar de muy malas maneras, según asegura, donde se encontraba la madre Serafina. Un miliciano estaba con la pistola en el pecho haciéndole declarar. A Benjamina otro miliciano la arrastró hasta un rincón de la casa para lo mismo. Ésta a todo les decía que no sabía nada. Hasta la creyeron una infeliz.

Al salir la madre Serafina les pidió que la dejaran coger unos pañuelos. Ellos le dijeron:

- No le hacen falta.

Y se fue sin ellos.

Les tuvieron parados más de una hora en la Calle Mayor, frente al Sindicato. Finalmente partieron para Rafelbuñol. En uno de los coches iban las madres Rosario, Serafina y Benjamina y

algunos milicianos. En otro iba Asunción Ramos Izquierdo, acompañada también de varios milicianos. Y les seguían algunos camiones con hombres armados. En Rafelbuñol también se pararon en el Sindicato para recoger al P. Leandro, capuchino, y bien entrada la noche llegaron al Sindicato de Puzol, situado en el convento de las Hermanitas de los Pobres.

Tarde y mal les llevaron algo de cenar, de lo que había sobrado a los milicianos y mujeres en una tasca cercana. Y el día siguiente, 22 de agosto, que en circunstancias parecidas hubiera sido el día del juicio sumarísimo, les tuvieron limpiando y fregando el Sindicato. La madre Serafina llevaba un pañuelo negro a la cabeza, como se usa en Navarra. Un miliciano le dijo:

- “¿Para qué se pone eso? Quíteselo”.

En un momento en que estaba barriendo las escaleras, otro miliciano que pasó por allí le dio un empujón con la culata del fusil y le dijo:

- “¡Aún no sabe coger la *granera* (escoba)!”

El 22 de agosto, bien entrada la noche, con la madre Rosario de Soano le sacaron para darles el llamado *paseillo*. La madre Rosario de Soano o Serafina de Ochovi -pues la testigo no precisa-, animosa hasta el martirio, dirigiéndose al verdugo le dijo, sacándose el anillo del dedo y deposi-

tándolo en la mano asesina: “Toma, te lo doy en señal de que te perdono”.

Les hicieron dar unos pasos y les dispararon a quemarropa. Ambas religiosas cayeron al grito de ¡Viva Cristo Rey!

El miliciano que recibió el anillo volvió a Puçol impresionado y sólo decía:

- “¡Hemos matado a una santa! ¡Hemos matado a una santa!”

Lo decía con pena. Era del Grao de Valencia. Dicho miliciano así lo contó, años después, a la hermana Benjamina de Gama, única superviviente de las tres religiosas terciarias capuchinas.

Sus restos mortales, junto con los de la Hna. Rosario de Soano, aparecieron en Mas Maciá, en el Camino de Tránsitos de Puçol, en cuyo cementerio, y por el momento en lugar desconocido, reposan.

Semblanza

Por las declaraciones recibidas, uno se imagina el pueblecillo de Ochovi, en la época de que tratamos, como una aldea con estructura monástica. Y se acrecienta esta impresión si sabe que párroco hubo, como don Máximo Rodicio, que a

golpe de campana gobernó dicha aldea durante 57 largos años. Por eso Felisa, sobrina de la madre Serafina, ha podido decir:

-“La campana de la iglesia marcaba el horario de vida del pequeño pueblo. Por la mañana, el toque de oración invitaba a todos a levantarse. Seguía el nuevo toque para la celebración de la santa misa, a la que asistíamos tantas personas. A mediodía sentíamos de nuevo el toque de la campana para la oración del ángelus. Y lo mismo a la tarde para el rezo del rosario, para quienes lo decían en la iglesia y no en casa. Los jóvenes, muchachos y muchachas, nos reuníamos en la iglesia para rezar y cantar. Esto se hacía de ordinario”.

Por otra parte la vida pobre de una familia numerosa se organizaba en la honradez y el santo temor de Dios. Esto, sin duda, completado con la responsabilidad de consejera general que desempeñó, prácticamente de por vida, hizo de la madre Serafina de Ochovi un carácter franco, como el del Natanael del evangelio, a quien Jesús alabó: “He aquí un verdadero israelita, un corazón leal y sin engaño”.

La madre Serafina era una persona de buena voluntad, con un corazón noble. Era también muy caritativa y humilde. Eso sí, tenía un carác-

ter un poco fuerte, pero se lo sabía dominar y trataba con caridad a las demás.

Tratando de perfilar su retrato una su hermana en religión, María Eugenia Galarza, lo hace con estas palabras: “La madre Serafina de Ochovi era también alta y gruesa, quizás mejor parecida que la madre Rosario. De carácter firme, pero era pronta a reconocer este carácter lamentándose de tenerlo. Su carácter era de rectitud para ella y para las demás”.

Otra de sus hermanas en religión perfila así su silueta espiritual: “La Sierva de Dios era una religiosa de las que no hay, ni buscándola con un candil. No hay, ni habrá: caritativa, generosa, amante de la pobreza. Una verdadera franciscana por su amor a esta virtud y por su dedicación al trabajo. La primera en el lavadero, en el planchadero, en el costurero a componer ropa, en todo trabajo y oficio en general. La madre Serafina, como la madre Rosario, hacían todos los días el ejercicio del víacrucis. Si no se encontraba en otra parte, estaba en la capilla orando ante el Santísimo Sacramento”.

Otra de las hermanas delinea así su perfil espiritual: “La madre Serafina de Ochovi, durante el tiempo que fue superiora, fue realmente muy exigente, pero en buen sentido, y quería que todas cumpliésemos con nuestro deber, desde la

limpieza y orden exterior, hasta nuestra entrega total a Dios. Tenía un carácter fuerte, pero sabía dominárselo. Yo considero que era una buena superiora. Era muy fervorosa y cumplidora de la Regla, hasta en sus más pequeños detalles”.

Por ello, tratando de precisar la silueta espiritual de la Sierva de Dios, podemos decir que era de carácter serio, firme, pero a la vez franco, sin rodeos ni doblez. Sabía compaginar su carácter, en apariencia seco, con la humildad en el trato con las hermanas. Era exigente para consigo misma, caritativa y humilde, fervorosa, amante del trabajo, en especial de más modesto, y era ejemplar en el cumplimiento de sus obligaciones hasta los más mínimos detalles.

La madre Serafina tenía, en verdad el genio pronto, pero era muy noble. Era una persona entera, maja. Hablando con ella en particular era afectuosa y cariñosa. Era todo corazón.



3. HNA. FRANCISCA JAVIER DE RAFELBUÑOL (1901-1936).

Rafelbunyol es un pueblecito de la Huerta Norte de Valencia, de la que dista 17 kilómetros. Se yergue entre verdes naranjales, que no mucho ha fueron arrozales, frente al azul Mediterráneo. En dicho pueblo, edificado sobre la antigua calzada romana de Sagunto a Valencia, nació María, que este era su nombre de pila, el 24 de mayo de 1901. Era la mayor de doce vástagos de los esposos José Fenollosa Alcaina y María Rosa Alcaina Borrás.

Al día siguiente de su nacimiento recibe solemnemente las aguas bautismales de manos de su tío, don Juan Bautista Fenollosa, adscrito a la iglesia de la Compañía, en la parroquia de San Antonio Abad de dicho pueblo.

Los esposos José y María Rosa eran sencillos agricultores y pertenecían ambos a la Tercera Orden de San Francisco, que con gran acierto dirigían los capuchinos del convento de La Magdalena, de Massamagrell. Era una familia numerosa, patriarcal, y muy bien avenida. La paz y la concordia la caracterizaban.

Los padres de María -así lo refiere una compañera suya- eran unos buenos cristianos, cumplidores de sus deberes religiosos y de una intensa piedad. Asistían a misa los días de precepto, rezaban diariamente el rosario, y bendecían la mesa. La madre de la Sierva de Dios se cuidaba de la limpieza y arreglo del sagrario. La madre iba a misa diariamente. Era un modelo de madre y se preocupaba de educar cristianamente a sus hijas e hijos.

María recibió la primera instrucción cristiana e intelectual en la escuela del pueblo, sobresaliendo entre sus compañeras. Y, apenas pudo trabajar, pasó a prestar sus servicios a casa de don Andrés Gargallo, como haya o niñera de los niños. Luego, ya un poco mayor, pasó a trabajar

con las muchachas que diariamente se desplazaban en cuadrillas a bregar en los almacenes de naranjas y cebollas en Rafelbunyol, Foios o Museros. Incluso a veces se iban lejos y se pasaban de lunes a sábado fuera de casa.

Otra compañera del pueblo, y como ella Hija de María, cuenta que tenían la costumbre de acudir al convento capuchino a confesarse cada ocho días. Que hacían el mes de María y el del Sagrado Corazón. Y que María se distinguió por su devoción a la Madre de Dios del Milagro, patrona de Rafelbunyol.

Ya en este tiempo, al finalizar el trabajo, se retiraba para tener el cuarto de hora de oración de Santa Teresa. En todo caso diariamente leía los evangelios, que todavía su hermana Rosario conserva como valiosa reliquia.

Cuando María quiso ingresar en religión, la madre se opuso porque veía que ella era su brazo derecho en las muchas labores de la casa. Solamente cedió cuando el director espiritual, don Enrique Ferris, le indicó la obligación que tenía de no oponerse a la vocación de su hija. Cuando María estaba para cumplir sus veintiún años de edad, tercer domingo de octubre de 1921, tomó el trenet de las siete de la mañana camino del convento de las Terciarias Capuchinas, en Massamagrell (Valencia). Ese domingo ya no asistió en

familia a la misa mayor del pueblo. Dio así comienzo al postulante, primera etapa de su vocación religiosa.

El 15 de noviembre de 1921, día de san Alberto, pasó al noviciado de Altura (Castellón) en el que vistió el hábito religioso el 11 de mayo de 1922, trocando su nombre de pila por el de Francisca Javier de Rafelbunyol.

Luego de dos años de noviciado canónico, el 11 de mayo de 1924, hizo la primera profesión temporal. Finalmente el 30 de agosto de 1928 profesó perpetuamente. El corto decurso de su vida religiosa lo recorrió a perfección en las fraternidades de Altura (Castellón), Meliana, Benaguasil y Massamagrell (Valencia).

La hermana Francisca tenía una gran habilidad. Pero para lo que manifestaba verdadera vocación era para la atención y educación a las niñas internas. Servía a la mesa o a lo que fuese necesario acudir. Servía para todo. Era buena de veras. Siempre contenta y afable.

Las chicas, viéndola tan joven le decían:

- ¿Cuántos años tiene? ¡Debió entrar religiosa muy joven!

Y ella, bromeando, repetía:

- ¡Eso no se pregunta! ¡Es pecado!

Los avatares de la guerra la cogen en la última fraternidad, es decir, en Massamagrell ejerciendo el ministerio de ayudante de la maestra de novicias del numeroso noviciado.

Martirio

En esta situación se encontraba cuando el 20 de julio de 1936 el señor alcalde del pueblo da la orden de desalojar el convento. La noche siguiente la madre maestra, la hermana Francisca Javier y las novicias la pasaron en casa del *Tío Chuán*. “Estábamos a oscuras -dice una de ellas-, acostándonos en los colchones que habían traído del convento, cuando aparece sor Francisca Javier, con una candela en la mano, exclamando”

-“Nosotras, ¿no vamos a tener la dicha de morir mártires?”

Y añade la misma novicia:

- “Estaba, a pesar del peligro que podíamos correr, alegre y de buen humor”.

¡Ah!, pero sabemos no obstante, por confesión de otra novicia, que “ella tenía mucho miedo a padecer el martirio, es decir, a la suerte de peligros y tormentos que podía suponerla”.

Pronto vino su madre María Rosa de Rafelbunyol a recogerla y llevársela al pueblo. Al lle-

gar a Rafelbunyol encontró piadoso refugio en casa de una amiga de la familia, donde estuvo algunos días, pero enseguida pasó, como es lógico, a casa de sus padres. Y en ella permaneció escasamente dos meses.

A finales de agosto el Comité Local, temiendo que pudieran venir gentes de otros pueblos a imponer su ley de atropellos y terror, decidió reunir y esconder a los sacerdotes y religiosas, hijos del pueblo, en la bóveda de la iglesia parroquial. Los días que permaneció en el refugio su padre, y sobre todo su hermano Antonio, con gran dificultad, le llevaban la comida a pesar de lo escabroso del acceso.

Pocos días pasó la Sierva de Dios en esta especie de prisión refugio, pues llegaron rumores al pueblo de que los anarquistas iban a venir para ejecutar lo que se tenía que hacer con los sacerdotes y religiosas. Salió, pues, del escondite y halló refugio en una casa humilde de la calle San Francisco, pero fue muy breve por cierto. Pues el Comité de la FAI dio un bando por el que ordenaba que se presentaran en su sede los sacerdotes, religiosos y religiosas que hubiere en el pueblo.

Localizados y, en la práctica, en las manos y a merced del Comité, la hermana Francisca Javier quedó recluida en la casa paterna. Por la noche

volvía a casa, pero durante el día tenía que trabajar a las órdenes del Comité de Rafelbunyol, que estaba en la casa abadía. Limpiaba, fregaba, lavaba, cocinaba y hacía todos los servicios a los milicianos, que habitaban allí con sus mujeres.

El 27 de septiembre, fiesta de la Virgen del Milagro, patrona del pueblo, a las cuatro de la tarde los milicianos la arrancaron de la casa paterna –poco antes lo habían hecho ya con su tío Juan Bautista y con su hermano José sacerdote- y la llevaron al Sindicato. “Cuando los milicianos fueron a llevársela -dice una testigo- yo estaba allí. Al pronunciar el miliciano su nombre y apellidos ella, con rapidez y naturalidad, respondió: *Voy*. A su madre ni siquiera la besó, sino que le dijo: *Adeu, mare* (adiós, madre).

Ella estaba convencida adónde la llevaban.

Permanecieron unas horas en el Sindicato. Bien entrada la noche dos cochecitos o tres, y dos camiones abarrotados de milicianos, partían raudos por las calles de Rafelbunyol. Uno de los cochecitos, no se sabe aún bien si por despiste o porqué, enfila el Camino Hondo, y se dirige al cementerio del cercano pueblo de Gilet. En dicho cementerio es ejecutada la hermana Francisca Javier, junto con la monja de Gascó, agustina, el hijo de la Tita y el chico de Ximo. Les ejecutaron los componentes del grupo “Doñate”.

La hermana Francisca quiso recibir la descarga de fusil fuera del cementerio, pero los milicianos no se lo permitieron. Todos fueron ejecutados dentro, contra las tapias del camposanto que dan a la carretera.

La miliciana Julieta, Emilia Icardo Bellver, que dio el tiro de gracia a algunas de las víctimas, refirió luego en el pueblo que Francisca Javier pronunció, antes de morir, estas palabras:

- “Que Dios os perdone, como yo os perdono”.

Del resto de las víctimas aseguró haber oído un:

- “¡Viva Cristo Rey!”, al sonar la orden de *¡fuego!*

La noche de la Virgen del Remedio, segunda noche de ejecuciones, en los cementerios de Gilet y de Sagunto concluyeron de martirizar las treinta y nueve personas de Rafelbunyol, entre las que se cuentan los nueve hermanos, hijos de la familia Mestre-Iborra.

Semblanza

Desde luego el martirio no se improvisa. Es la conclusión lógica y natural de toda una vida santa, cuyo colofón o acto final violento lo reclama el Señor de ciertas almas escogidas. La Sier-

va de Dios Francisca Javier de Rafelbunyol fue preparada a su ingreso en religión por los capuchinos de La Magdalena y, especialmente, por su tío y hermano sacerdotes. Y por su tío y hermano sacerdotes fue preparada asimismo al martirio en los diálogos largos, entrecortados de amplios silencios, que mantuvieron en la casa paterna los días que precedieron a su muerte. Los tres recibieron la gracia del martirio.

El convento capuchino de la Magdalena irradiaba espiritualidad en la huerta norte de Valencia. A él acudían infinidad de jóvenes y mayores los cuartos domingos de mes, y en él halló María sus confesores y director espiritual.

De carácter alegre y simpático, era alta, elegante; fina y educada en el trato con los demás. Ni ella ni su hermano José, el sacerdote, eran habladores, pero su trato resultaba agradable, dadas las buenas cualidades de que estaban adornados.

Una hermana suya en religión, Francisca Soler, traza así el retrato de sor Francisca Javier de Rafelbunyol: “Era una religiosa joven, muy alegre, jovial y buena. Una morena muy simpática, con unos ojos negros que hablaban. Era muy sociable con la gente y con las chicas a las que trataba en plan de suscitar vocaciones religiosas. Alternaba mucho con todos. Estudiaba música y

tocaba piano. Ensayaba a las niñas los cánticos para la iglesia y para las veladas literarias. Cantaba muy bien y con voz bonita”.

Su hermana Rosario, tratando de delinear el perfil espiritual de la Sierva de Dios, dice de ella: “Si yo tuviese que trazar la silueta espiritual de mi hermana María diría, en primer lugar, que era muy piadosa; después, que era amiga del silencio; y, en tercer lugar, muy amable, pues siempre tenía la sonrisa en los labios”.

Desde luego quienes mejor le conocieron nos delinear la silueta espiritual de la Sierva de Dios como una religiosa muy bien parecida, afable, de carácter alegre y muy piadosa. Amante del silencio y cumplidora de su misión. De carácter callado y muy devota de la Eucaristía y de Nuestra Señora, la Virgen del Milagro, patrona de su pueblo natal. Cuando estaba en el pueblo de vacaciones reunía a las jóvenes para hablarles de la importancia de la oración y de la práctica de la misma.

Varias de sus hermanas religiosas dicen que a la hermana Francisca de Rafelbunyol daba gusto verla en la capilla, por lo fervorosa y recogida que estaba. Era muy cumplidora de sus deberes. Ellas la consideran una buena terciaria capuchina...

Si la muerte generalmente no avisa, el martirio aún es más imprevisible. A la hermana Fran-

cisca Javier de Rafelbunyol le sobrevino a sus treinta y cinco años apenas cumplidos. ¡Sea por el amor de Dios!

TERCIARIOS CAPUCHINOS NO BEATIFICADOS

Toda beatificación es realizada por la Iglesia y tiene un significado dentro de un contexto de fe eclesial, es decir, toda beatificación es un ejercicio de la autoridad eclesial y recibe su significación en un contexto eclesial. Por otra parte, y así lo quiere la Iglesia hoy, una beatificación se ejecuta dentro de un marco jurídico y adquiere su significado en un contexto de fe, dentro de una comunidad de fe.

Durante la persecución española en la contienda de 1936-1939 la Familia Amigoniana pagó el tributo de al menos 33 de sus miembros más ilustres, a todos los cuales pudiéramos extender el calificativo de *mártires* teológicamente hablando, y de los cuales tan sólo de 23 de ellos hemos podido probar jurídicamente su martirio.

Por otra parte la Iglesia eleva al honor de los altares a miembros cuya santidad de vida o martirio se ha podido probar en proceso jurídico, lo que no significa que no se puedan hallar otros miembros, incluso no pertenecientes a la Iglesia Católica, como modelos más creíbles por su santidad, por su testimonio o por su martirio.

Por esta razón nos permitimos añadir al *Martirologio Amigoniano* los siguientes hermanos y hermanas que, teológicamente considerados, podemos asimismo considerar testigos de la fe, mártires de la fe, pero cuyo martirio creemos que no podrá ser fácilmente probado por vía jurídica, proceso que la Iglesia exige hoy para su beatificación. Indudablemente pueden ser objeto de nuestra veneración, incluso mayor aún que los mismos beatificados, pero la Iglesia no nos permite que les rindamos culto público. Son los siguientes:

1. P. EZEQUIEL GIL GIL (1908-1938)

Nació el P. Ezequiel en Villarquemado (Teruel), el 1 de julio de 1908. Y son sus padres Cristóbal y María. A los ocho años de edad ingresa en el Asilo San Nicolás de Bari de Teruel.

El 15 de Septiembre de 1923 ingresa al noviciado y en la misma fecha, dos años más tarde, emite sus votos temporales. El 15-09-1931 profesa perpetuamente y el 12 de marzo del siguiente año 1932 es ordenado sacerdote.

Desarrolló su apostolado en el colegio de San Hermenegildo, en Dos Hermanas (Sevilla). Tras-

ladado al Reformatorio Príncipe de Asturias, de Madrid, no llegó a ir, sorprendiéndole la guerra en su pueblo natal. El 18 de septiembre de 1938, juntamente con un doctor, intentan pasarse a zona nacional. Sorprendidos en el intento es detenido en el paraje denominado *Masia Los Paraísos*, término de Manzanera, y muere al día siguiente a causa de los malos tratos que le infligieron los milicianos en su intento de obligarle a declarar. Sus restos mortales descansan en la casa Seminario San José, de Godella (Valencia).

El P. Ezequiel Gil, religioso alegre y simpático, jovial y campechano, y dotado de un gran amor y dedicación a los jóvenes extraviados, desarrolló todo su ministerio en contacto directo con estos chicos.

2. P. TOMÁS SANZ POVEDA (1910-1937)

El P. Tomás, hijo de Luis y Dolores, nace en Benaguasil (Valencia), el 14 de junio de 1910. El 20-12-1925 ingresa al noviciado y en la misma fecha de 1927 hace su profesión religiosa. El 20-12-1933 emite sus votos perpetuos en Amurrio (Álava) y es ordenado presbítero en Vitoria el 17 de marzo del año siguiente.

Desarrolla su ministerio en la casa Seminario San José de Godella (Valencia), donde le sorprende la guerra civil. Al ser expulsados los hermanos de la casa religiosa halla refugio en el hogar paterno. Pero, no sintiéndose seguro a causa de la persecución religiosa, se traslada a casa de su prima Palmira, en Barcelona. Finalmente decide irse voluntario, juntamente con un médico, al frente republicano de Lérida. Parece ser que en el intento de pasarse ambos al frente nacional encuentra la muerte, sin saberse lugar, modo y circunstancias de la misma. Se ignora asimismo el lugar de su sepultura.

El P. Tomás Sanz sobresalió por su gran amor al Venerable P. Fundador y por su dedicación y entrega al servicio de los jóvenes seráficos. Asimismo había recibido esmerada formación en el campo de la pedagogía correccional.

3. FRAY DIEGO M^a DE ALACUÁS (1872-1936)

Miguel Sanz Usedo nace en Alacuás, Valencia (España), el 13 de noviembre de 1872, siendo sus padres Pascual y Teresa.

El 17 de mayo de 1891 ingresa al noviciado, en Torrent, y al año siguiente emite sus primeros votos, en manos del Venerable P. Fundador, trocando su nombre de pila por el de Fray Diego M^a de Alacuás. Y en mayo de 1901 emite sus votos perpetuos en el Monasterio de Yuste. Desarrolla su ministerio en las fraternidades de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, y de San Hermenegildo, en Dos Hermanas (Sevilla), así como en Yuste, Godella y Torrent, pasando los doce últimos años de su vida en la Escuela de Reforma de Madrid.

Precisamente en esta última fraternidad le sorprende la persecución religiosa. Expulsado de Santa Rita halla piadosa acogida en Madrid, en casa de D. Inocencio Pérez. Mas pronto se le despertaron las ganas de ir a su pueblo de Alacuás (Valencia). Preparada la documentación necesaria, le llevó su amigo a la estación del ferrocarril. Allí unos milicianos le requisaron, hallándole en la maleta algunos rosarios. Fue suficiente para detenerle y, probablemente, conducirlo a alguna de las varias checas de los alrededores. Al día de hoy se ignora cuándo, dónde y cómo murió, así como también el lugar de su sepultura.

Fray Pascual se comportó siempre como un religioso ejemplar. De carácter sencillo y alegre,

fue extremado en la puntualidad. En su vida supo compaginar el trabajo manual y el educativo.

4. FRAY PASCUAL M^a DE CUACOS (1883-1936)

Hipólito Sánchez Moreno, que este es el nombre civil de Fray Pascual, nace en Cuacos, Cáceres (España), el 13 de agosto de 1883. Son sus padres Bernardo y Rosa. En sus años jóvenes se dedica al pastoreo por los alrededores del Monasterio de Yuste.

El 27 de mayo de 1901 ingresa al noviciado y el 11 de octubre de 1903 hace su profesión religiosa. Y el 15 de octubre de 1909 emite sus votos perpetuos en Dos Hermanas (Sevilla). Desarrolló su ministerio en las fraternidades de Dos Hermanas, Godella, Zaragoza y Madrid. Precisamente en la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, le sorprende la persecución religiosa en su trabajo de cultivar la granja y jardines de la finca llamada *La Patilla*.

Desalojados los religiosos de Santa Rita, Fray Pascual halla refugio en casa de unos paisanos, quienes le pagan el traslado a su Cuacos natal.

Con su paisano Primitivo llega hasta Talavera de la Reina, pero áquel se vuelve a Madrid. Fray Pascual quiso continuar viaje. Se dice que murió de resultas de algún bombardeo de los Nacionales o en acción de guerra de los Regulares y el Tercio que avanzaban hacia Talavera. Actualmente se ignora lugar, fecha, y modo de muerte, así como también el lugar de su sepultura.

Fray Pascual M^a de Cuacos brilló por su sencillez, austeridad y espíritu de pobreza típicamente franciscanos. Fue un buen maestro albañil y religioso ejemplar y edificante.

5. FRAY LORENZO M^a DE ALQUERÍA DE LA CONDESA (1876-1936)

Enrique González Femenía, que éste es su nombre de pila, nace en Alquería de la Condesa, Valencia (España), el 27 de febrero de 1876. Es hijo de Enrique y de Rosa.

El 21 de junio de 1890 viste el hábito religioso, cambiando su nombre por el el Fray Lorenzo M^a de Alquería de la Condesa, y el 17 de mayo de 1892 emite sus primeros votos religiosos en manos del Venerable P. Fundador. El 22 de mayo

de 1898 hace su profesión perpetua en la Escuela de Reforma de santa Rita, Madrid.

Su vida religiosa transcurre en las Escuelas de Reforma de Madrid (1892-1918) y de Dos Hermanas, Sevilla (1918-1936). La guerra le sorprende en el Reformatorio del Príncipe de Asturias, Madrid. Consigue trasladarse a su pueblo natal y halla piadosa acogida en casa de su sobrino Juan González primero y en casa de su hermano Salvador después, C/ de La Pelota 13, de donde el 30 de septiembre de 1936 es arrancado para el martirio.

Varón fuerte física y moralmente se aferra a los barrotes de la ventana, tanto que el miliciano Ber. Escribá Lorente le tiene que romper los brazos con la culata del fusil. Entonces exclama: *Cobardes, matadme aquí mismo ¡Tantas fieras que he dominado y a éstas no las puedo dominar!* Pasadas las once de la noche del 30 de septiembre, con otros cuatro religiosos más, fue fusilado en la carretera de Oliva a Denia en el sitio llamado *Seqüia del Vedat*. Enterrado en fosa común en el cementerio de Oliva, con muchos otros ejecutados el mismo día, sus restos mortales no han podido ser identificados.

Fray Lorenzo es el modelo del religioso amigo-niano voluntarioso, autodidacta y plenamente entregado a la obra de la misión específica de la

juventud extraviada. Fue condecorado con la Gran Cruz de la Beneficencia.

6. FRAY ENRIQUE GÓMEZ TARÍN (1906-1936)

Enrique Gómez nace en El Pobo, Teruel (España), el 12 de julio de 1906. Son sus padres Pedro y Asunción. En su adolescencia es internado en la Casa Asilo San Nicolás de Bari, en Teruel.

El 15 de septiembre de 1922 viste el hábito religioso amigoniano y en dicha fecha, dos años después, emite sus primeros votos. El 15 de septiembre de 1930 profesa perpetuamente en Santafé de Bogotá, Colombia. Tras permanecer cuatro años en tierras colombianas en julio de 1932 es destinado a la Escuela de Reforma de Dos Hermanas, Sevilla. Y posteriormente al convento de Nuestra Señora de Monte Sión, de Torrent (Valencia), donde le sorprende la guerra.

Durante casi dos meses fray Enrique halla piadoso acomodo en dicho pueblo, y en casa de unos familiares del P. Ambrosio, hasta que el 11

de septiembre es requerido a los locales del comité.

- “¿Estás dispuesto -le pregunta el presidente del comité- a salvar tu vida defendiendo con armas la causa del pueblo, que es la causa de la República?

- En caso de luchar -responde- lo haría de parte de los que defienden la causa de Dios.

- Síguenos, ordena entonces uno de los presentes”.

Poco después Fr. Enrique sufría muerte violenta en el llamado *paseillo*. Sus restos mortales reposan en el cementerio del Seminario San José, de Godella (Valencia).

Fray Enrique Gómez Tarín, de carácter apacible y muy amante del silencio, se distinguió por su sencillez y disponibilidad.

7. FRAY PEDRO GIL SÁEZ (1907-1936)

Nace en una masía de Bronchales, Teruel (España), el 13 de mayo de 1907. Son sus padres Blas e Ignacia. Con su hermano mayor Urbano, ambos huérfanos de padre, es internado en la Casa Asilo San Nicolás de Bari, de Teruel. El

amable trato de los religiosos suscita en los dos la vocación religiosa amigoniana.

El 15 de septiembre de 1922 ingresa en el noviciado y dos años más tarde, en dicha festividad de Nuestra Madre de los Dolores, emite sus primeros votos religiosos. La profesión perpetua la hará en la Casa de Observación de Sevilla el 15-09-1930.

En junio de 1933 es destinado al Reformatorio del Príncipe de Asturias, en Madrid, en cuya fraternidad se encuentra al comenzar la guerra española. Expulsados los religiosos fray Pedro es apresado cuando caminaba por la calle Montera y llevado a la Dirección General de Sanidad, de donde consigue salir en libertad por la intercesión de D^a María Rivera.

Luego de diversas dificultades consigue llegar a Benaguasil, Valencia, donde puede saludar a su hermano Urbano, pero debe abandonar rápidamente la población para trasladarse a Torrent (Valencia), donde halla piadosa acogida en casa de D. Mariano Gozalvo, donde permanece casi dos meses.

El 25 de septiembre de 1936 decide dirigirse a Valencia ciudad, donde es detenido y encarcelado en las Torres de Quart. A finales de septiembre o primeros de octubre fue sacado de la cárcel una

noche, posiblemente para fusilarle. Se ignora lugar, cómo y cuándo fue ejecutado, así como también dónde reposan sus restos mortales.

Fray Pedro Gil fue un religioso sencillo, trabajador, hombre de oración y muy obediente. Varón ecuánime, se entregó desde principio sacrificada y generosamente a la misión específica de la juventud extraviada.

8. FRAY FRANCISCO FERRER MOLINA (1903-1938)

Era natural de Alcalalí, Alicante (España), donde nació el 5 de marzo de 1903. Fueron sus padres José y Catalina. Los numerosos terciarios capuchinos hijos de Alcalalí despiertan en él la vocación religiosa amigoniana.

El 12 abril de 1919 ingresa en el noviciado y dos años después, en dicha fecha, hace su primera profesión religiosa. Desempeña su ministerio sucesivamente en Torrent (Valencia), Zaragoza, Santa Rita (Madrid), Godella (Valencia) y Colegio-Hogar Príncipe de Asturias (Madrid) donde emite sus votos perpetuos el 12 de abril de 1927.

Posteriormente desarrolla su apostolado en las escuelas de reforma de Amurrio (Álava), Alcalá de Guadaíra (Sevilla), Colegio-Hogar Príncipe de Asturias (Madrid) y Santa Rita, también Madrid, donde le coge la guerra civil preparando sus papeles para trasladarse a la Argentina.

Incautada la Escuela de Reforma de Santa Rita, fray Francisco halla piadosa acogida en casa de un amigo de la institución, y consigue llegar a su pueblo natal. En un riu-rau de los que abundan en la comarca pasa dos años ayudando a la familia en las tareas agrícolas. Finalmente se alista en el ejército republicano y parte para el frente de Extremadura. Parece ser que fue sorprendido en su intento de pasarse a los nacionales por lo que posiblemente fuese fusilado. Se ignora la fecha, lugar y circunstancias de su muerte, así como también lugar de reposo de sus restos mortales.

Fue fray Francisco Ferrer Molina de carácter tranquilo, apacible y alegre. Ejerció su ministerio pastoral en casas destinadas a la misión específica donde se manifestó siempre como un buen zagal en el difícil arte de *ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen Pastor*.

9. FRAY ANGEL PRADO ANDRÉS (1906?-1933)

Nacido hacia 1906 -dice un historiador- Ángel Prado Andrés viene a la Congregación cuando cuenta ya unos treinta años de edad. Se desconoce fecha y lugar de nacimiento, así como también quiénes fueron sus padres.

Hace el postulante en el convento de Monte Sión de Torrent, Valencia (España), donde toma el hábito religioso el 14 de junio de 1936. A continuación pasa a la casa noviciado de san José de Godella, Valencia, donde le sorprende la guerra civil. El 21 de julio los milicianos ocupan la casa noviciado. Fray Ángel, entre los días 23 y 25, juntamente con Fray Enrique Faus parten para Lugar Nuevo de San Jerónimo, Valencia, en busca de seguro refugio en la casa paterna de éste.

Pasados los primeros momentos de zozobra consigue trabajo en el cercano hospital de Gandía. Parece ser que, a causa de su defensa de los valores religiosos, es detenido y ajusticiado. Se ignora asimismo la fecha, lugar y circunstancias que rodearon su muerte, así como también el lugar de su sepultura.

Fray Ángel Prado poseyó una buena cultura, especialmente en idiomas, cuando ingresó en la

Congregación. En el escaso tiempo que pasó con nosotros en Torrent y Godella (Valencia) se manifestó una persona humilde, obediente y cumplidora.

TERCIARIAS CAPUCHINAS NO BEATIFICADAS

1. AURELIA DE VALENCIA (1884-1936)

María de los Ángeles, Francisca de Asís, Manuela Casanova Soler -que éste es el nombre de pila de la Hna. Aurelia de Valencia- nació en la Ciudad del Turia el 7 de agosto de 1884. Fueron sus padres Roberto, abogado, y Salvadora.

Sintiendo la llamada del Señor el 3 de marzo de 1910 ingresa en el noviciado de las HH. Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia en Altura, Castellón (España). Inviestió el hábito religioso el 8 de octubre de 1910 y dos años más tarde, en la misma fecha, emite sus primeros votos religiosos. Profesa perpetuamente el 8 de octubre de 1917.

Desarrolló su ministerio en las fraternidades de Paterna, Albalat de la Ribera, Meliana y Mas-samagrell, pueblos todos de la provincia de Valencia (España). En la última población le sorprende la guerra civil. Expulsadas del convento las religiosas el 20 de julio de 1936, buscan seguro refugio en casas de familiares o amigos. La

Hna. Aurelia de Valencia se traslada a la ciudad hallando piadoso refugio en una pensión de personas piadosas y bienhechoras de la Comunidad..

Uno de los días sale de casa, bien a interesarse por la suerte de su hermana, religiosa agustina recoleta, bien para recuperar sus pertenencias que tenía en una maleta. A partir de aquí se pierde el rastro de la hermana Aurelia. Se desconoce por lo tanto cuándo, cómo y dónde murió, así como también el lugar de reposo de sus restos mortales.

La Hna. Aurelia de Valencia sobresalió por su profunda humildad, sencillez y espíritu de pobreza evangélica.

EPÍLOGO

“El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza”, según se expresa el Catecismo de la Iglesia Católica. Y asegura a continuación: “Con el más exquisito cuidado, la Iglesia ha recogido los recuerdos de quienes llegaron hasta el extremo para dar testimonio de su fe. Son las Actas de los Mártires, que constituyen los archivos de la Verdad escritos con letras de sangre”.

Efectivamente, esto es un martirologio: “un archivo de la Verdad escrito con letras de sangre”, éste es el Martirologio Amigoniano. La stampa de 23 Mártires Terciarios Capuchinos, con las actas martiriales y el reconocimiento explícito de su santidad por parte de la Iglesia, constituyen uno de los mayores timbres de gloria para toda la Familia Amigoniana y rubrican -y nunca mejor dicho- con letras de sangre la espiritualidad del Venerable Luis Amigó y la bondad de su ministerio y del de sus hijos de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco del Buen

Pastor. Son el testimonio más precioso y por lo tanto el más creíble ante los hermanos en religión, ante la iglesia de Valencia y ante la Iglesia Católica.

Veintitrés miembros de la Familia Amigonianna han rubricado su fe con letras de sangre y la Iglesia Santa de Dios así lo ha reconocido. Esta es, para los nuevos beatos, su grandeza; y éste es, para su hermanos en religión, un motivo de orgullo.

Fr. Agripino G.

ÍNDICE GENERAL

Presentación	7
Sentido teológico del martirio	13
Sentido religioso del martirio.....	23
Sentido eclesial del martirio.....	33
Espiritualidad del martirio	45
Enseñanzas de los Mártires	57
RR. Terciarios Capuchinos:	
P. Vicente Cabanes Badenas.....	69
P. Ambrosio M ^a de Torrent	83
P. Valentín M ^a de Torrent.....	93
Fray Recaredo M ^a de Torrent	103
Fray Modesto M ^a de Torrent.....	111
Fray Francisco M ^a de Torrent.....	119
P. Laureano M ^a de Burriana.....	127
Fray Benito M ^a de Burriana.....	137
Fray Bernardino M ^a de Andújar	145
Fray Gabriel M ^a de Benifayó.....	151
Fray José Llosá Balaguer	161
P. Florentín Pérez Romero.....	171
Fray Urbano Gil Sáez	181
P. Domingo M ^a de Alboraya	187
P. Bienvenido M ^a de Dos Hermanas.....	197
P. León M ^a de Alacuás	209
P. Francisco Tomás Serer.....	219
P. Crescencio García Pobo.....	229

P. Timoteo Valero Pérez	237
Carmen García Moyon, laica	245

HH. Terciarias Capuchinas:

Hna. Rosario de Soano.....	259
Hna. Serafina de Ochovi.....	271
Hna. Francisca J. de Rafelbunyol.....	283

RR. Terciarios Capuchinos

no beatificados.....	295
-----------------------------	------------

HH. Terciarias Capuchinas

no beatificadas.....	311
-----------------------------	------------

Epílogo	313
----------------------	------------

*"TRASLACIÓN A LA CAPILLA DE LOS MÁRTIRES
DE LOS RESTOS MORTALES DE LOS BEATOS"*

PARROQUIA
DE N. S. DE
MONTE SION

